

GERALD DURRELL

Filetes de LENGUADO



Lectulandia

Algunas de las narraciones de este libro se sitúan en la época en la que la familia Durrell se había trasladado a la isla griega de Corfú. Protagonista de todos sus relatos, el autor aparece en ellos como narrador, irónico y algo distante, de las muchas aventuras que vivió de niño, recreadas ahora a la luz de su maestría literaria.

Lectulandia

Gerald Durrell

Filetes de lenguado

ePub r1.0

Titivillus 21.03.2018

Título original: *Fillets of plaice*

Gerald Durrell, 1971

Traducción: Marta Sánchez Martín

Ilustraciones: Gerardo R. Amechazurra

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

GERALD DURRELL

Filetes de LENGUADO

Ilustraciones de
Gerardo R. Amechazurra



Este libro es para mi hermano Larry que siempre me ha animado a escribir y ha disfrutado más que nadie con mis éxitos

«El niño está loco, ¡caracoles en los bolsillos!»

LAWRENCE DURRELL, hacia 1931

«El niño está loco, ¡escorpiones en cajas de cerillas!»

LAWRENCE DURRELL, hacia 1935

«El chaval está loco, ¡quiere ser guardián de zoo!»

LAWRENCE DURRELL, hacia 1945

«El hombre está loco, ¡se arrastra por junglas infestadas, de serpientes!»

LAWRENCE DURRELL, hacia 1952

«El hombre está loco, ¡quiere tener un zoo!»

LAWRENCE DURRELL, hacia 1958

«El hombre está loco, ¡lo invitas a cenar y te mete un águila en la bodega!»

LAWRENCE DURRELL, hacia 1967

«El hombre está loco.»

LAWRENCE DURRELL, hacia 1972

1. EL NACIMIENTO DE UN TÍTULO

Era un día claro, azul y sofocante, de esos que sólo pueden darse en Grecia. Las cigarras cantaban en los olivos y el mar era un reflejo oscuro y móvil del azul del cielo. Acabábamos de terminar una comida larga y pausada bajo los rugosos y retorcidos olivos que crecían casi hasta el borde del mar en una de las playas más bonitas de Corfú. Las mujeres habían bajado a bañarse y nos habían dejado solos a Larry y a mí. Nos quedamos allí tumbados indolentemente, pasándonos una enorme botella, recubierta de mimbre, de una resina que parecía trementina. Bebíamos y meditábamos en silencio. El que crea que cuando dos escritores están juntos se dedican de lleno a intercambiar frases ingeniosas y agudas chanzas se equivoca lamentablemente.

—Es buena esta resina —dijo Larry por fin, llenando su vaso cuidadosamente—, ¿de dónde la has sacado?

—Se la compré a un hombrecillo que tiene una tienda en una de esas callejas que salen de la plaza de San Spiridion. Es buena, ¿verdad?

—Muy buena —dijo Larry levantando hacia la luz el vaso que brilló con un pálido resplandor de oro viejo—. La última botella que compré en la ciudad sabía a orina de mula, y probablemente lo sería.

—Voy a volver por allí mañana —dije—, si quieres te traigo una garrafa.

—Mmmm —dijo Larry—, tráeme dos.

Exhaustos por el intercambio intelectual, llenamos los vasos y nos sumergimos de nuevo en el silencio. Las hormigas estaban husmeando en los restos de nuestra comida. Unas eran negras, delgadas y hacendosas; otras rojas, gordas y patilargas, con el trasero levantado como un arma antiaérea. Sobre la corteza del olivo en el que yo me apoyaba, unas extrañas larvas corrían en tropel. Minúsculas criaturas peludas que parecían osos polares deformes y notablemente sucios.

—¿En qué estás trabajando ahora? —me preguntó Larry.

Le miré sorprendido. Teníamos una ley implícita en virtud de la cual no discutíamos jamás uno con otro acerca de lo que llamábamos «Nuestro Arte», por miedo a caer en la discordia o en el abuso vulgar.

—Por el momento no estoy trabajando en nada, pero tengo una vaga idea de algo. En realidad, la idea me ha surgido leyendo *El alma del lugar*.

Larry dio un bufido burlón. *El alma del lugar* era una recopilación de cartas a sus amigos, esmeradamente recogidas y editadas por nuestro viejo amigo Alan Thomas.

—Me sorprende que eso haya podido darte alguna idea —dijo Larry.

—Pues sí, ya ves. He pensado en hacer una especie de recopilación. Tengo mucho material que no he podido meter en ninguna obra, y se me ha ocurrido juntarlo y hacer un libro con él.

—No es mala idea —dijo Larry, sirviéndose otro vaso de retsina—, no hay que desaprovechar nunca el buen material.

2. LA FIESTA DE CUMPLEAÑOS

Había sido un larguísimo y cálido verano, incluso para Corfú. Durante varios meses no había llovido ni una gota, y del alba al ocaso el sol brillaba sobre la isla desde un cielo azul purísimo. Todo estaba reseco y sediento y el calor era intenso. Había sido un verano bastante agotador para nosotros. Larry, con la generosidad que le caracterizaba, había invitado a un numeroso grupo de sus amigos artistas, y llegaron en tales oleadas que mamá se vio obligada a echar mano de dos criadas extra y a pasar la mayor parte del tiempo en nuestra enorme y lóbrega cocina subterránea, yendo de un hornillo a otro para hacer comida suficiente y poder así mantener contento y bien alimentado a aquel ejército de artistas, poetas y escritores de teatro. Ahora acabábamos de ver marcharse al último de ellos y estábamos toda la familia descansando en la terraza, mientras sorbíamos té helado y mirábamos al mar todavía azul.

—Bueno, gracias a Dios que se acabó —dijo mamá, sorbiendo su té y ajustándose las gafas—. Larry, no sabes cómo me gustaría que no invitaras a tanta gente. Ha sido verdaderamente agotador.

Levantó el vaso hacia la luz y admiró el color. Después me miró con un destello malicioso en los ojos.

—Te diré una cosa —dijo—, puedes llamarlo *Filetes de lenguado*^[1]

Y eso es exactamente lo que he hecho.



—Si te hubieras organizado como Dios manda no habría sido agotador —dijo Larry—, al fin y al cabo todos te querían ayudar.

Mamá le miró de soslayo.

—¿Te imaginas a toda esa multitud ayudando en mi cocina? Bastante he tenido ya con soportarlos allí a las horas de comer, pisándome los talones. No, ya está bien, quiero terminar el verano en paz. No tengo ganas de hacer nada. Estoy absolutamente exhausta.

—Bueno, mamá, nadie te está pidiendo que hagas nada —dijo Larry.

—¿Estás seguro de que no has invitado a nadie más? —preguntó mamá.

—Que yo recuerde, a nadie más —dijo Larry con muy poco tacto.

—Bueno, pues si viene alguien puede perfectamente quedarse en un hotel —dijo mamá—, ya he tenido bastante.

—No sé por qué te pones así —dijo Larry, dolido—, creí que eran una gente encantadora.

—Tú no tuviste que hacerles la comida —dijo mamá—, no tengo ganas de volver a ver esa cocina en mi vida. Me gustaría irme a algún sitio y alejarme de todo esto.

—Es una idea estupenda —dijo Larry.

—¿Cuál? —preguntó mamá.

—La de alejarse de aquí.

—¿Y a dónde? —preguntó mamá con recelo.

—Bueno, pues, por ejemplo, podríamos hacer un viaje en barco a tierra firme —sugirió Larry.

—¡Caramba, eso sí que es una idea! —dijo Leslie,

—¡Y tan buena! —dijo Margo—. ¡Vamos a hacer eso, mamá! Ya está, podemos ir allí a celebrar tu cumpleaños.

—Bueno —dijo mamá sin convicción—, no lo veo muy claro. ¿A qué parte de tierra firme?

—A ninguna en especial —dijo Larry sin darle importancia— alquilamos el barco y vamos a lo largo de la costa, parándonos donde nos apetezca. Podemos llevamos comida para dos o tres días y flotar sin rumbo fijo, pasárnoslo bien y relajamos.

—Bueno, sonar, suena muy bien —dijo mamá—, supongo que Spiro podrá arreglar lo del barco.

—Sí, claro —dijo Leslie—. Spiro se encargará de eso.

—Por lo menos será un cambio, ¿no? —dijo mamá.

—No hay nada como el aire del mar para el cansancio —dijo Larry—. Te espabila increíblemente. Y quizá podamos invitar a alguien para que nos anime un poco y nos alegre la vida.

—Se acabó la gente por ahora —dijo mamá.

—Bueno, no me refería a gente nueva —explicó Larry—, decía Theodore, por ejemplo.

—Theodore no querrá venir —dijo Margo—, se marea en barco.

—A lo mejor sí que quiere —dijo Larry—, y además están Donald y Max.

Mamá empezó a ablandarse. Donald y Max le gustaban mucho.

—Bueno..., supongo que ellos sí pueden venir —dijo.

—Y a Sven, que habrá vuelto por entonces, seguro que le gustará venir también —dijo Larry.

—Sven tampoco me molesta —dijo mamá—, me gusta Sven.

—Y yo puedo invitar a Mactavish —dijo Leslie.

—Dios mío, ese hombre tan horrible, no —dijo Larry despectivo.

—No sé por qué le llamas hombre horrible —dijo Leslie ofendido—, si nosotros tenemos que aguantar a tus horribles amigos, no sé por qué no vas a aguantar tú a los míos.

—Ya está bien, hijos —dijo mamá con paciencia—, no discutáis, si queréis que venga Mactavish, le invitaremos; pero realmente, Leslie, no sé qué es lo que le has visto a ese hombre.

—Es un tirador de primera —dijo Leslie, como si eso fuera suficiente explicación.

—Y yo puedo invitar a Leonora —dijo Margo muy excitada.

—¡Basta ya! ¿Por qué no os calláis todos? —dijo mamá—. Si seguís así vais a hundir el barco con tanta gente. Creí que precisamente se trataba de alejarnos de la gente.

—Pero es que no son gente —dijo Larry—, son amigos. Hay una diferencia abismal.

—Bueno, así queda y ni uno más —dijo mamá—. Si tengo que hacer comida para tres días, creo que ya hay gente de sobra.

—Cuando venga Spiro le diré lo del barco —dijo Leslie.

—¿Y si nos llevásemos la nevera? —propuso Larry.

Mamá volvió a ponerse las gafas y le miró.

—¿Llevamos la nevera? —preguntó—, ¿estás hablando en serio?

—Completamente en serio —dijo Larry—, necesitaremos bebidas frías, mantequilla, en fin, esas cosas.

—Pero Larry, hijo mío —dijo mamá—, no seas absurdo. Sabes de sobra el desbarajuste que supuso meterla en casa. No hay quien la mueva.

—No veo por qué no —dijo Larry—, si nos empeñamos en ello es perfectamente posible.

—Lo cual suele querer decir —dijo Leslie— que tú das órdenes y los demás a trabajar.

—No digas tonterías —dijo Larry—, si es facilísimo. Si pudo entrar en casa, no sé por qué no va a poder salir.

La nevera de la que estaban hablando era la alegría y el orgullo de mamá. Por aquella época, en Corfú, ninguna de las villas de los alrededores podía jactarse de tener electricidad y, caso de haberse inventado algo parecido a una nevera de keroseno, no había llegado hasta Corfú. Mamá, después de considerar que era antihigiénico vivir sin una nevera, había hecho un proyecto bastante confuso de una, basándose en las que ella había visto en la India cuando era pequeña. Le había dado el plano a Spiro y le había preguntado si creía posible hacer algo parecido a aquello.

Spiro lo había mirado, frunciendo el ceño y había dicho:

«Déjelo de mi cuenta, señora Durrell^[2]».

Y se había marchado parruleando a la ciudad.

Al cabo de dos semanas, una mañana, de repente, se vio llegar por el camino un gran carro tirado por cuatro caballos con seis hombres al pescante. En la trasera del carro venía una nevera gigantesca. Medía seis pies de largo, cuatro de ancho y cuatro de alto. Y estaba hecha de gruesos tablones recubiertos de zinc y rellena de serrín entre el zinc y la madera. A pesar de lo fornidos que eran, a los seis hombres les llevó toda la mañana meterla en la despensa. Finalmente hubo que quitar las ventanas francesas del salón y meterla por allí. Una vez instalada, todo se empequeñeció a su lado. Spiro traía periódicamente de la ciudad, para alimentarla, gruesas y largas barras de hielo chorreante. Así podíamos tener mantequilla, leche y huevos frescos durante un período de tiempo considerablemente largo.

—No —dijo mamá, tajante—, no pienso mover la nevera. Aparte de todo, se le podría echar a perder el mecanismo.

—No tiene mecanismo alguno —puntualizó Larry.

—Bueno, pues se podría estropear —dijo mamá—. Está decidido. No se moverá de su sitio. Podemos llevar hielo en cantidad y meterlo en bolsas o algo por el estilo para que se conserve.

Larry no dijo nada, pero noté el destello de sus ojos.

Como era el cumpleaños de mamá lo que íbamos a celebrar, y siendo en pleno océano como iba a ser, estábamos todos ocupados en buscar regalos para ella. Después de darle algunas vueltas, yo había decidido regalarle un cazamariposas, ya que se interesaba tanto por mi colección. Margo le compró un corte de vestido que más bien quería para sí misma. Larry le compró un libro que él tenía ganas de leer, y Leslie un pequeño revólver con las cachas de nácar. Según la versión que él me dio, eso la haría sentirse segura cuando la dejáramos sola en casa. Pero como el cuarto de Leslie era ya un arsenal atiborrado de pistolas de varias formas y tamaños, ninguna de las cuales mamá sabía manejar, la elección de aquel regalo me pareció un tanto curiosa; pero no dije nada.

Los planes para nuestra gran aventura siguieron adelante. Se encargaron las cosas, se preparó la comida y se avisó a Sven, Donald, Max, Leonora y Mactavish. Theodore, como habíamos supuesto, dijo al principio que no podía venir, por lo propenso que era al mareo; pero cuando le dijimos que a lo largo de la costa se encontraban varias pequeñas rías e interesantes viveros donde podía uno pararse, cambió de idea. La tentación de explorarlos, le hizo ceder, aún a riesgo de marearse, ya que la biología de agua dulce era su pasión.

Habíamos quedado en que el barco viniera hasta casa para que lo cargáramos allí y que luego volviera a la ciudad, hasta donde lo seguiríamos en coche, recogiendo de paso a todos los demás invitados, para zarpar finalmente desde allí.

La mañana en que había quedado en venir el barco, mamá y Margo habían ido con Spiro a la ciudad para hacer unas compras de última hora. Yo estaba arriba, metiendo en alcohol una culebra muerta, cuando oí un insólito estruendo de golpes en el piso de abajo. Corrí escaleras abajo preguntándome de qué diablos podría tratarse.

El ruido parecía provenir de la despensa; y cuando entré allí me encontré con seis fornidos mozos que, dirigidos por Larry y Leslie, estaban intentando mover la monstruosa nevera. Habían conseguido desplazarla un trecho considerable, no sin haber descascarillado media pared, y a Yani se le había caído encima uno de los extremos y andaba cojeando de un lado para otro con un pañuelo manchado de sangre atado al pie.

—¿Pero qué demonios estáis haciendo? —pregunté—. ¿No habéis oído que mamá no quiere que se mueva?

—Mejor será que te calles y que no te metas —dijo Leslie—. Está todo bien previsto.

—¡Qué te largues! —dijo Larry—. Lárgate, anda, y no vuelvas a aparecer. ¿Por qué no bajas al embarcadero a mirar si llega el barco?

Los dejé allí sudando y cargando con la nevera gigante y bajé por la colina, cruzando la carretera, hasta nuestro embarcadero. Desde él me puse a mirar ansioso hacia Corfú y vi que de allí venía una motora, dirigiéndose sin lugar a dudas hacia la costa. La seguí mirando a medida que se aproximaba más y más y me extrañó que no se acercase a la orilla al llegar a la altura de nuestro embarcadero. Parecía bastante evidente que iba a pasar de largo. Pensé que Spiro no le habría dado bien las instrucciones. Me puse a dar saltos en la punta del embarcadero, al tiempo que gritaba y agitaba los brazos, y por fin logré llamar la atención del hombre de la motora.

Viró con suavidad y puso proa hacia el embarcadero, luego echó el ancla y dejó que la proa chocase levemente contra los tablones.

—Buenos días —dije—. ¿Es usted Taki?



Era un hombrecillo gordo, moreno y con unos ojos pálidos y dorados de color crisantemo. Sacudió la cabeza.

—No —dijo—, soy el primo de Taki.

—Ah, bueno —dije—, da igual. No tardarán nada. Están bajando la nevera.

—¿La nevera? —preguntó.

—Sí, la nevera. Es más bien grande —dije—; pero creo que cabrá ahí dentro.

—Bueno —dijo con resignación.

En aquel instante, apareció en la cumbre de la colina el grupo sudoroso y jadeante de los mozos que, sin dejar de discutir, acarreaban la nevera con Larry y Leslie danzando a su alrededor. Parecían un grupo de escarabajos peloteros borrachos transportando una monstruosa bola de estiércol. Avanzaban despacio por el camino, tropezándose, resbalando y casi cayéndose; en un determinado momento estuvo a punto de írseles de las manos la nevera, que habría rodado colina abajo; pero finalmente, tras descansar un rato, lograron llegar hasta nosotros.

El embarcadero estaba construido con planchas de madera curtida y los pilares eran de ciprés. Era un embarcadero bastante resistente para sus dimensiones; pero muy baqueteado por el largo uso. Además no estaba pensado para soportar neveras de aquel calibre, así que cuando el jadeante y sudoroso enjambre de mozos se encontraba justo en la mitad, se oyó un estruendoso crujido y tanto ellos como la nevera cayeron al mar.

—¡Desgraciados! —gritó Larry—. ¿Qué habéis hecho, malditos desgraciados? ¿Cómo no habéis mirado por dónde pisabais?

—Ellos no tienen la culpa —dijo Leslie—. Han cedido las planchas.

Yani había caído de tan mala manera que la nevera le había pillado debajo los pies, menos mal que el fondo era muy arenoso en aquel punto, con lo cual las piernas se le hundieron en aquella suave base, en vez de rompersele.

A base de esfuerzos considerables y tras mucho gritar y alborotar, consiguieron subir nuevamente la nevera al embarcadero, y aprovechando como rodillos los troncos de ciprés que se habían roto con el boquete, la condujeron rodando, con gran fatiga y sofoco, a bordo de la motora.

—Ponedla ahí —dijo Larry—. Ya os lo decía yo, ¿veis lo fácil que era? Ya está; ahora tú, Gerry, quédate aquí, que nosotros volvemos a casa para traer lo que queda.

Los mozos subieron la colina con Larry y Leslie, riéndose triunfantes, a buscar el resto del equipaje. Yo, como me estaba fijando en ellos, no le prestaba mucha atención a la motora. Pero de repente oí un traqueteo, me di la vuelta y me encontré con que el hombre había separado el barco un buen trecho y en aquel momento estaba colocando el ancla sobre cubierta.

—¡Eh! —grité—. ¿Pero qué está usted haciendo?

—Levando el ancla —dijo.

Parecía ser un tipo bastante literal.

—¿Pero adónde va? —pregunté.

—A Gouvia —dijo, al tiempo que ponía el motor en marcha.

—Pero no puede ir a Gouvia —grité—, no puede hacer eso. Tiene que llevarnos a tierra firme. ¡Y además tiene usted nuestra nevera!

Pero el ruido del motor era demasiado fuerte y de todos modos, caso de que me hubiera oído, me ignoró.

Viró la proa hacia el mar y se largó traqueteando a lo largo de la costa. Yo le miraba consternado. ¿Qué demonios íbamos a hacer ahora?

Salté por encima del boquete del embarcadero y me planté en la carretera. Tenía que subir a casa cuanto antes para contarle a Larry lo que había pasado. En ese preciso instante, aparecieron en lo alto de la colina trayendo cestas de merienda y otros muchos bultos; y casi al mismo tiempo llegaba por la carretera el coche de Spiro con mamá y Margo en los asientos de atrás. Larry, Leslie y su cortejo de mozos alcanzaron la carretera y se encontraron con el coche.

—¿Qué estás haciendo, hijo? —dijo mamá, saliendo de él.

—Estamos bajando las cosas para cargarlas en la motora —contestó Larry, dirigiendo la mirada hacia el embarcadero.

—¿Pero qué diablos ha pasado? —preguntó.

—Eso es lo que estoy tratando de contarte —dije—; que se ha largado.

—¿Cómo que se ha largado? —dijo Leslie—. ¿Cómo se va a haber largado?

—Pues sí, ya ves, se ha largado —dije—; mírala, por allí va.

Otearon y vieron cómo la motora desaparecía a lo largo de la costa.

—¿Pero adónde ha ido? —preguntó Larry.

—Dijo que a Gouvia.

—¿Y a qué va a Gouvia? Había quedado en llevarnos a tierra firme.

—Ya, eso es lo que yo le dije. Pero no me hizo ni caso.

—Pero además se lleva la nevera —dijo Leslie.

—¿Qué se lleva qué? —preguntó mamá.

—La nevera —contestó Larry irritado—. Metimos a bordo la maldita nevera, y ahora se la ha llevado.

—Os dije que no tocarais esa nevera —dijo mamá—, os dije que la nevera no se movía. Larry, me estoy hartando.

—Mamá, por favor, no empieces a hacer aspavientos —dijo Larry—. Ahora lo que importa es recuperar el condenado trasto ese. Spiro, ¿qué crees que pretende? Tú lo alquilaste.

—Ése no es el barco de Taki —dijo Spiro, frunciendo el ceño.

—No, no era Taki —dije—. Era su primo.

—Pero bueno, ¿y qué vamos a hacer ahora? —preguntó mamá alterada.

—Vamos a perseguirle —dijo Larry.

—Llevo a su madre a casa —dijo Spiro— y en seguida salgo para Gouvia.

—Pero la nevera no la puedes traer en el coche —dijo Larry.

En aquel momento se oyó sonar otro motor y vimos aproximarse una segunda motora que venía de la ciudad.

—Ah, menos mal —dijo Spiro—. Esa sí que es la motora de Taki.

—Pues nada, le decimos que persiga a la otra —dijo Larry—, hasta que la alcance. En cuanto llegue aquí le decís que salga en su persecución y que recupere la maldita nevera. No sé a qué estaría jugando el tipo ese, al largarse con semejante trasto.

—¿No se sorprendió —me preguntó Leslie— cuando le pediste que subiera la nevera a bordo?

—No —contesté—. Nada más me miró atónito.

—Razones no le faltaban —dijo mamá—. Yo en una circunstancia semejante también me habría quedado atónita.

Cuando el barco de Taki llegó por fin al embarcadero, le explicamos la situación. Era un hombre agradable, delgado y pequeño, que sonrió amablemente, mostrando al hacerlo numerosos dientes de oro.

—Conviene que estos chicos vayan con él —dijo Larry—, porque si no, jamás logrará trasladar la nevera de una motora a otra.

Los seis mozos, encantados con la idea de darse una vuelta en barco, treparon a bordo, mientras charlaban y se reían muy excitados.

—Mejor será que los acompañes también tú, Leslie —dijo Larry.

—Sí —dijo Leslie—, creo que será mejor.

Saltó a bordo del barco, que se lanzó en persecución del primero.

—No logro entenderlo —dijo mamá—, ¿qué es lo que pretendía ese hombre?

—Pero, mamá, déjalo —dijo Margo—, ya sabes cómo son aquí en Corfú. Están todos locos.

—Bueno, pero no hasta ese punto —dijo mamá—. No se le ocurre a nadie traer hasta aquí una motora para cargar la nevera de unos completos desconocidos y luego largarse con ella, porque sí.

—Puede que viniera de Zante —dijo Spiro—, como si aquello lo explicase todo.

—No sé, no sé —dijo mamá—. Desde luego, ¡vaya un comienzo de viaje! Estoy harta de vosotros.

—Creo que eres injusta, mamá —dijo Margo—, después de todo, ¿cómo iban a saber Larry y Leslie que esa motora no era la nuestra?

—Pues que se lo hubieran preguntado —dijo mamá—. A lo mejor ya no la recuperamos nunca.

—No se preocupe, señora Durrell —dijo Spiro frunciendo el ceño—, que yo se la recupero. Suba usted a casa.

Subimos todos y nos dispusimos a esperar en casa. Al cabo de unas tres horas y media, mamá ya tenía los nervios de punta.

—Seguro que se les ha caído al mar —dijo—. Nunca te lo perdonaré, Larry. Mira que te dije bien claro que no la movieras.

En ese momento oímos el lejano y débil traqueteo de una motora. Corrí afuera con los prismáticos y los enfoqué hacia el mar. Era evidente que la motora de Taki se acercaba hacia el embarcadero con la nevera cuidadosamente instalada dentro. Volví a darle la noticia a mamá.

—Bueno —dijo— algo es algo. Ahora quizá podamos marcharnos ya. Me parece como si hubiera envejecido un año, y eso que mi cumpleaños no ha llegado.

Así que volvimos a llevar una vez más las cosas al embarcadero y las apilamos en la motora. Después nos acomodamos nosotros en el coche y nos dirigimos a la ciudad.

En la ciudad encontramos a nuestros amigos tomándose una copa bajo la fresca sombra de las columnas de la Explanada. Sven, que parecía un enorme bebé de cara de luna con la calva cubierta por una despeluchada y delgada franja de pelo canoso, agarrado a su precioso acordeón, instrumento del que jamás se desprendía. Theodore, enfundado en un immaculado traje, con un sombrero de panamá y la barba y el bigote brillando, como de oro, a la luz del sol. Apoyado contra la silla tenía su bastón que llevaba una redecilla en la punta y la caja con sus preciados tubos de ensayo y sus botellitas para muestras. Donald, pálido y aristocrático; Max, alto y desgarrado, con el pelo rizado y un bigote castaño colgando como una mariposa de su labio superior; Leonora, la rubia, hermosa y adolescente Leonora; y Mactavish, un hombre fuerte y rechoncho, de cara arrugada y ralo pelo gris.

Les pedimos disculpas por nuestro retraso, del que nadie parecía haberse dado

cuenta, nos tomamos una copa mientras Spiro compraba los alimentos más delicados, y nos encaminamos por fin hacia el lugar donde la motora nos estaba esperando.

Trepamos a bordo, metimos en la nevera los últimos paquetes de comida y en cuanto el motor se puso en marcha, nos dispusimos a surcar las plácidas aguas.

—He comprado una especie de pastillas contra el mareo, ¿sabéis? —dijo Theodore, lanzando una mirada recelosa hacia el agua que parecía pintada—. Pensé que a lo mejor había algo de marejada, y como soy tan mal marinero, creí conveniente prevenirme.

—Pues como haya marejada —dijo mamá—, tendrás que darme una de esas pastillas, porque yo también soy un marinero fatal.

—Mamá no se va a marear —dijo Max, dándole un golpecito en el hombro—, ¡yo no lo permitiré!

—¿Y cómo vas a impedirlo? —preguntó mamá.

—Con ajo —dijo Max—, con ajo. Es un viejo remedio austríaco. Un excelente remedio.

—¿Quieres decir ajo a secas? —dijo Margo—. ¡Qué porquería!

—No, querida Margo, no es ninguna porquería —dijo Marx—, es muy sano, realmente sano.

—No puedo soportar a un hombre oliendo a ajo —dijo Margo—, te echan para atrás en cuanto te acercas.

—Basta con que lo tomes tú también —dijo Max— y serás tú la que los eches para atrás a ellos.

—Pues sí que es una solución comer ajo —dijo Donald—. Valiente solución. En el Continente se les tenía que haber ocurrido.

—Según los médicos, el ajo parece ser excelente para la salud —dijo Theodore.

—Yo siempre se lo echo a las comidas —dijo mamá—, les da muy buen sabor.

—Pero tiene un olor tan nauseabundo —dijo Leonora, acurrucándose en la cubierta como un gato persa—. El otro día fui a Perema en autobús y, ¡qué horror, por poco me ahogo! Todo el mundo iba masticando enormes dientes de ajo y echándome el aliento encima. Creí que me desmayaba antes de llegar.

Sven desplegó el acordeón y se lo colocó alrededor de la cintura.

—Querida señora Durrell, ¿qué quiere usted que le toque? —preguntó.

—Pues no sé, Sven, lo que tú quieras, algo alegre.

—¿Qué te parece *Hay una taberna en la ciudad*? —sugirió Theodore.

Era la única canción que podía oír una y otra vez con el mismo placer.

—De acuerdo —dijo Sven; y empezó a tocar.

Leslie y Mactavish estaban arriba, en la proa. De vez en cuando, Mactavish hacía flexiones y otros ejercicios de gimnasia. Entre otras cosas, era un fanático de la salud. Había estado en la Real Policía Montada del Canadá, en cierto momento de su carrera, y raras veces se permitía olvidarlo. Siempre se estaba esforzando en ser el alma de las fiestas y de lo que más se enorgullecía era de su excelente forma física...

Era de esos que se golpean el estómago y te dicen: «Mira, mira esto, no está mal para cuarenta y cinco años, ¿verdad?»



Así que la motora prosiguió su ruta, a través del canal que separaba Corfú de tierra firme, animada por la voz de Theodore que cantaba vigorosamente *Hay una taberna en la ciudad*.

El viaje de ida se me hizo cortísimo. Había tantas cosas que mirar —los peces voladores, las gaviotas—, y yo estaba tratando constantemente de raptar a Theodore de la compañía de los mayores para que, con su erudición, me informara acerca de los trozos de algas y otras cosas fascinantes que íbamos encontrando a nuestro paso.

Y por fin llegamos a la magnífica y erosionada costa que hay entre Albania y Corfú, que se extiende hasta Grecia, y a medida que nos acercábamos a ella, íbamos pasando al lado de pináculos de roca que parecían restos retorcidos y entremezclados de un millón de candelabros multicolores. Al fin, al caer la tarde, descubrimos una bahía que parecía un mordisco dado en la roca por algún gigantesco monstruo marino. Era una media luna perfecta, y allí fue donde pensamos atracar. Tenía arena blanca y altos acantilados protectores y la motora se acercó suavemente, echó el ancla

a un lado e hicimos un alto.

Fue entonces cuando la nevera se hizo dueña de la situación. Mamá y Spiro sacaron de su interior un increíble surtido de viandas: piernas de cordero estofadas con ajo, langostas y otras muchas cosas extraordinarias preparadas por mamá y a las que llamaba «delicias de curry». Algunas, efectivamente, estaban hechas con curry; pero otras las había guisado con diversas exquisiteces. Así que nos instalamos en cubierta y nos pusimos a engullir. En las dependencias de proa teníamos una enorme pila de sandías como una colección de mofletudos balones de fútbol verdes con rayas blancas. De vez en cuando, metíamos una de estas sandías dentro de la nevera y luego la sacábamos para abrirla. La maravillosa y rosada carne era tan tersa y apetecible como el más delicioso de los helados. Yo me divertía escupiendo por la borda las pepitas negras de la sandía y mirando cómo los peces se dirigían ávidos hacia ellos para engullirlas y luego, a su vez, volverlas a escupir. Había, en cambio, otros de tamaño mayor, los cuales, con gran asombro por mi parte, subían y las absorbían como enormes aspiradoras^[3].

Después nos bañamos todos menos mamá, Theodore y Sven que se quedaron manteniendo una conversación muy esotérica sobre brujería, casas encantadas y vampiros, mientras que Spiro y Taki se dedicaban a lavar los platos.

Era maravilloso lanzarse desde el barco a las aguas oscuras, porque en el momento de penetrar en ellas estallaban, como fuegos artificiales, en un despliegue de fosforescencia verdosa que te daba la impresión de estar atravesando un fuego. La gente, al bucear, dejaba detrás de sí un rastro fosforescente, igual que miles de estrellitas, y cuando Leonora, que fue la última en volver al barco, surgió al fin del agua, todo su cuerpo, durante unos instantes, pareció bañado en oro.

—¡Qué guapa es! —dijo Larry admirado—. Pero estoy seguro de que es lesbiana. Se resiste a todos mis avances.

—Larry, querido —dijo mamá—, no debías decir esas cosas de la gente.

—Realmente es guapísima —dijo Sven—, tanto que me da pena ser homosexual. Claro que serlo tiene sus ventajas.

—Yo creo que lo mejor es ser bisexual —dijo Larry—, es sacar ventaja de los dos campos.

—Larry cariño —dijo mamá—, no pongo en duda que encuentres fascinante esta conversación, pero yo no, y preferiría que no hablaras de esas cosas delante de Gerry.

Mactavish estaba delante del barco haciendo una serie de ejercicios para mantenerse en forma.

—¡Cómo me irrita ese hombre, Dios mío! —dijo Larry, echándose otro trago de vino—. ¿Para qué tanto mantenerse en forma? Luego nunca parece hacer nada.

—Larry —dijo mamá—, me gustaría que dejaras de hacer ese tipo de comentarios sobre la gente. Resulta muy incómodo en un barco tan pequeño. Te va a oír.

—Me parecería bien que se mantuviera en forma si fuera para poder perseguir a las chicas de Corfú —dijo Larry—. Pero es que nunca hace nada.

Mientras practicaba sus ejercicios, Mactavish le estaba contando por ochentava vez a Leslie, que estaba haciendo el vago cerca de él, sus experiencias como policía montada. Todas ellas eran muy emocionantes y se remataban siempre con Mactavish atrapando a su hombre.

—¡Ooooooh! —gritó Margo de repente, con tal vehemencia que todos pegamos un respingo y Larry derramó el vaso de vino.

—Me gustaría que no pegaras esos inesperados gritos de gaviota —dijo irritado.

—Pero si es que me acabo de acordar —dijo Margo— de que mañana es el cumpleaños de mamá.

—¿Mamá celebra mañana su cumpleaños? —dijo Max—. ¿Pero y cómo no nos lo han dicho?

—Claro, para eso hemos venido aquí —dijo Margo—, para celebrar el cumpleaños de mamá, para darle una fiesta.

—Pero si mamá tiene un cumpleaños, nosotros no tenemos regalo para ella —dijo Max.

—No te preocupes por eso —dijo mamá—, a mi edad no tendría que seguir celebrándolo.

—Bonita manera de venir a un cumpleaños, con las manos vacías —dijo Donald—. Bonita manera.

—Venga, dejad ya de decir tonterías —dijo mamá—, me vais a avergonzar.

—Yo tocaré sin tregua para usted durante todo el día, señora Durrell —dijo Sven—, el mío será un regalo musical.

Aunque Sven sabía tocar cosas como *Hay una taberna en la ciudad*, su verdadera predilección era Bach, y pude advertir cómo mamá se estremecía visiblemente ante la idea de pasar un día entero oyendo a Sven tocar a Bach.

—No, no —dijo apresuradamente—, no tienes por qué molestarte.

—Bueno, mañana lo celebraremos por todo lo alto —dijo Max—, encontraremos un lugar especial y celebraremos el cumpleaños de mamá al auténtico estilo del Continente.

Habíamos desenrollado ya los sacos de dormir y nos fuimos durmiendo poco a poco, mientras una luna colorada como el pecho de un petirrojo se abría camino sobre las montañas, por encima de nosotros, y su color se iba tornando gradualmente amarillo hasta volverse de plata.

A la mañana siguiente nos despertamos —lógicamente de mal humor— al son de la música de Sven que tocaba *Happy birthday to you* al acordeón.

Estaba agazapado de rodillas, espiando absorto la cara de mamá para observar su reacción. Mamá, que no tenía la costumbre de tener un acordeón a veinte centímetros de la oreja, se despertó pegando un grito:

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa? ¿Nos hundimos? —gritó sofocada.

—Sven, por amor de Dios —dijo Larry— son las cinco de la madrugada.

—Ah —dijo Max con voz de sueño—, pero es el cumpleaños de mamá. Tenemos

que empezar a celebrarlo ahora. Venga, vamos a cantar todos juntos.

Se puso en pie de un salto, se dio con la cabeza contra el mástil, sacudió sus largos brazos y dijo:

—Venga Sven, otra vez. ¡Ahora todos a una!

Muertos de sueño y sin gana ninguna, tuvimos que cantar *Happy birthday to you*, mientras mamá permanecía sentada haciendo desesperados esfuerzos para no volver a quedarse dormida.

—¿Quiere que haga un poco de té, señora Durrell? —preguntó Spiro.

—Me parece una idea excelente —contestó mamá.

Sacamos todos los regalos y se los dimos; se mostró muy complacida con todos ellos, incluyendo el revólver con cachas de nácar, aunque dijo que sería mejor que lo guardara Leslie en su cuarto porque allí estaría más seguro. Si lo metía debajo de la almohada por las noches, como él le había sugerido, podría dispararse de repente en plena noche y causarle un serio perjuicio.

El efecto del té y un baño rápido nos hizo revivir a todos. Estaba saliendo el sol y la niebla nocturna se levantaba del agua en pálidas madejas. Era como si el mar fuese una enorme oveja azul delicadamente trasquilada por el sol. Después de desayunar a base de fruta y huevos duros, se puso en marcha el motor y nos alejamos de allí costa adelante.

—Tenemos que encontrar el manjar más delicioso para la comida de mamá —dijo Max—, tiene que ser Placer de Dioses.

—Desde luego —dijo Donald— hay que encontrar algo excepcional.

—Y mientras, yo le canto, querida señora Durrell —dijo Sven.

Luego seguimos lentamente nuestro camino rodeando un saliente de tierra que parecía construido con inmensos ladrillos de roca blanca, roja y dorada, con un enorme pino-paraguas encaramado en la cumbre, que se adhería precariamente al borde y se inclinaba peligrosamente hacia el mar. Mientras lo rodeábamos nos dimos cuenta de que servía de protección a una pequeña bahía donde había un pueblecito, y en las lomas de las montañas que respaldaban el pueblo se encontraban los restos de un antiguo fuerte veneciano.

—Eso parece interesante —dijo Larry—, vamos hacia allá a echar un vistazo.

—Yo no iría, señorito Larry —dijo Spiro frunciendo el ceño.

—¿Y por qué razón? —preguntó Larry—. Parece un pueblecito fascinante y ese fuerte debe ser algo increíble.

—Son turcos prácticamente —dijo Spiro.

—¿Qué quieres decir con «prácticamente»? —dijo Larry—. O se es turco o no se es turco.

—Bueno, se portan como turcos —dijo Spiro—, no como griegos, así que son turcos.

Todos se quedaron algo confundidos ante tan extraña lógica.

—Pero aunque sean turcos —dijo Larry—. ¿Qué más da?

—Alguno de estos..., de estos pueblos remotos tienen una influencia turca muy fuerte desde la invasión de Grecia por los turcos —dijo Theodore muy erudito—. Han adoptado muchas de las costumbres turcas, así que en algunos de estos sitios perdidos, como bien señala Spiro, son realmente más turcos que griegos.

—¿Pero eso qué narices nos importa, pregunto yo? —dijo exasperado Larry—. Y de todos modos, el pueblo es tan pequeño que les aventajamos en número en proporción de tres a uno. Y además, aunque se pusieran agresivos, siempre podemos mandarles a mamá con su revólver de nácar. Eso es lo ideal para acallarlos.

—¿De verdad quiere usted ir? —preguntó Spiro.

—Sí —dijo Larry—. ¿Tienes miedo de un puñado de turcos?

La cara de Spiro se congestionó de tal modo que creí que iba a darle un ataque.

—No debería decir esas cosas, señorito Larry —dijo Spiro—. Yo no tengo miedo de ningún maldito turco hijo de puta.

Se dio la vuelta y se fue pisando fuerte hacia el otro extremo del barco para darle a Taki instrucciones de cómo llegar al embarcadero.

—Larry —dijo mamá—, no debías decir esas cosas, le has herido en su amor propio. Ya sabes lo que sienten por los turcos y qué intensamente.



—Pero si no son turcos —dijo Larry—, son griegos.

—Técnicamente hablando tal vez se les pueda llamar griegos —dijo Theodore—, pero en estos lugares perdidos se han vuelto tan parecidos a los turcos que ya casi no se les distingue. Es como una curiosa amalgama.

Mientras enfilábamos el embarcadero, un chiquillo que había estado allí pescando recogió el carrete y el sedal y echó a correr hacia el pueblo.

—¿Crees que habrá ido a avisarles? —dijo nerviosa Leonora—. Quiero decir que igual vienen con pistolas y esas cosas, ¿no?

—Pero no seas idiota —dijo Larry.

—Dejadme ir a mí primero —dijo Mactavish—. Estoy acostumbrado a estas situaciones. Las he vivido muchas veces con aisladas tribus indias cuando estaba siguiéndole el rastro a alguien. Tengo muy buena mano para tratar con la gente

primitiva.

Larry gruñó y estaba a punto de hacer un comentario sarcástico cuando se vio reprimido por la mirada asesina de mamá.

—Ahora —dijo Mactavish, erigiéndose en jefe de operaciones— lo mejor es que lleguemos al embarcadero y deambulemos un poco por allí como si..., como si...

—¿Como si fuéramos turistas? —sugirió inocentemente Larry.

—Eso es lo que iba a decir —dijo Mactavish—, como si no lleváramos malas intenciones.

—Dios mío —dijo Larry—, ni que esto fuera el África Negra.

—Larry, cállate —dijo mamá—, estoy segura de que el señor Mactavish sabe lo que hace. Y además, después de todo, es mi cumpleaños.

Así que saltamos al embarcadero y permanecemos allí algunos minutos señalando en diferentes direcciones y manteniendo conversaciones ridículas.

—Ahora —dijo Mactavish— vamos al pueblo.

Dejamos a Spiro y Taki al cuidado del barco y avanzamos en tropel.

El pueblo estaba formado por unas treinta o cuarenta casas, todas pequeñas, todas blanquísimas y relucientes; algunas tenían emparrado y otras estaban envueltas en un enorme manto de buganvillas color púrpura.

Mactavish iba en cabeza con paso brusco y militar, como un intrépido soldado de la Legión Extranjera Francesa a punto de conquistar un núcleo árabe rebelde, y todos le seguíamos obedientes.

El pueblo sólo tenía una calle principal, si es que puede dársele tan digno nombre, y a lo largo de ella salían varias callejuelas por entre las casas. Cuando cruzábamos por delante de una de ellas, una mujer con un velo salió corriendo de una casa, nos lanzó una mirada de horror y desapareció por una de las callejas con paso apresurado. Yo nunca había visto un velo, así que me quedé muy intrigado.



—¿Qué llevaba en la cara? —pregunté—. ¿Va vendada por algo?

—No, no —dijo Theodore—, lo que lleva es un velo. Si son muy turcos aquí, verás cómo la mayoría de las mujeres lo llevan para cubrirse el rostro.

—Siempre me ha parecido una idea muy estúpida —dijo Larry—. Si una mujer tiene una cara bonita, debe enseñarla. Lo único que admitiría es una mordaza si hablara demasiado.

La calle conducía inevitablemente a lo que podría haber sido el centro de cualquier pueblo, una placita dominada por un enorme y hermosísimo pino-paraguas, a cuya sombra se protegían unas cuantas mesas y sillas. Allí estaba ese pequeño café que, como el *pub* de un pueblo inglés, sirve no sólo para despachar comidas, sino también vino, chismorreo y difamación en iguales cantidades. A mí me había sorprendido bastante que, mientras desfilábamos por el pueblo, no hubiéramos visto otro ser viviente aparte de la mujer. Si hubiera sido uno de los pueblecitos perdidos de Corfú, a estas alturas estaríamos ya rodeados por una vociferante y fascinada multitud de nativos. Sin embargo, cuando llegamos a la plaza comprendimos —o al menos creímos comprender— cuál era la razón, ya que la mayoría de las mesitas que había bajo el pino estaban ocupadas por hombres, casi todos mayores, con impresionantes y luengas barbas blancas, pantalones bombachos, camisas andrajosas y «charukias», y esos curiosos zapatos de cuero rojo con la punta vuelta hacia arriba y adornada con pompones de colorines. Nos dieron la bienvenida con un absoluto silencio. Se limitaron a seguir sentados y a mirarnos.

—¡Ahá! —dijo Mactavish en voz alta y acogedora—. ¡*Kalimera, kalimera, kalimera!*

Si hubiese sido un pueblo griego, habría habido una respuesta inmediata a su grito

de «buenos días». Algunos habrían dicho: «nos alegramos de que hayan venido», otros: «gherete», que quiere decir: «que sean felices», y otros habrían contestado: «kalimera». Sin embargo, no hubo reacción alguna salvo que uno o dos de los hombres más viejos inclinaron la cabeza gravemente en nuestra dirección.

—Bueno, y ahora —dijo Mactavish— vamos a juntar unas cuantas mesas, a tomar unas copas, y en cuanto se acostumbren a nosotros estoy seguro de que se nos unirán.

—No sé si me encantaría —dijo mamá nerviosa—. ¿No os parece que Margo, Leonora y yo debíamos volver al barco? Quiero decir que son todos hombres y ninguna mujer.

—¡Qué tontería, mamá! Deja de protestar —dijo Larry.

—Yo creo —dijo Theodore, mirando encantado hacia el enorme pino-paraguas que nos cubría—, yo creo que ésa es la razón por la que el chiquillo vino corriendo al pueblo. En algunos de estos pueblos perdidos las mujeres tienen que quedarse en casa, ¿sabéis? Así que debió venir para advertirles. Y también la presencia de las mujeres de nuestro grupo, no sé, tal vez les parezca chocante.

Puesto que ni mamá, ni Margo, ni Leonora llevaban velo, y Margo y Leonora llevaban puestos unos vestidos de algodón bastante atrevidos que dejaban al descubierto una generosa parte de su anatomía, su sorpresa no era de extrañar.

Juntamos varias mesas, colocamos las sillas alrededor y nos sentamos. Los grupos de hombres que, contra las expectativas de Larry, nos aventajaban en número, en proporción de cinco a uno, seguían allí sentados en silencio, mirándonos, impasibles como lagartos.

Después de esperar un rato largo y de entretenernos con conversaciones forzadas, un hombre viejo salió del café arrastrando los pies y se dirigió a nuestra mesa con evidente mala gana. Ya definitivamente acobardados, dijimos «kalimera» todos al unísono con diferentes grados de nervioso entusiasmo. Para nuestro infinito alivio, nos contestó «kalimera».

—Tomaremos todos una copa y un poco de *meze* —dijo Mactavish, que se enorgullecía muchísimo de su dominio del griego.

No habría sido necesario añadir lo del «meze», ya que tal palabra incluye cosas como aceitunas, nueces, huevos duros, calabaza, queso y tapitas similares, que en Grecia se sirven automáticamente al pedir una copa. Pero parecía ser que en aquellas circunstancias incluso un ex policía montada estaba empezando a ponerse ligeramente nervioso.

—Sí —dijo gravemente el dueño del café—. ¿Qué bebida quieren?

Mactavish encargó nuestras bebidas que variaban desde la cerveza sin alcohol hasta el coñac, pasando por el ouzo^[4] y la retsina. Se lo tradujo todo al dueño del café.

—Sólo tengo vino tinto —dijo el dueño.

Una mirada de exasperación cruzó el rostro de Mactavish.

—Bueno, pues entonces tráiganos vino tinto y «meze» —dijo.

El dueño asintió levemente y volvió arrastrándose hacia el interior de su lóbrega taberna.

—Lo que no entiendo —dijo Mactavish— es para qué tiene que preguntarme qué queremos beber si sabe perfectamente que sólo hay vino tinto.

Mactavish quería a los griegos entrañablemente y se había tomado la molestia de hablar su idioma con bastante soltura, pero nunca podría llegar a entender su lógica.

—Está perfectamente claro —dijo Larry exasperado—. Quería saber qué es lo que querías beber, y si hubieras querido vino tinto, habría ido a por él y te lo habría traído.

—Sí, pero ¿por qué no decir desde el principio que sólo tenía vino tinto y ya está?

—Pero eso no pasa en Grecia —explicó Larry con paciencia—, es demasiado lógico.

Nos quedamos sentados en nuestra mesa con todos aquellos ojos enemigos clavados en nosotros, sintiéndonos más que nada como un grupo de actores en escena que hubiesen olvidado simultáneamente sus papeles. De repente el viejo salió arrastrándose y trayendo una magullada bandeja de hojalata que por alguna oscura razón llevaba estampado un retrato de la reina Victoria. Colocó sobre la mesa unos platitos con aceitunas negras y trozos de queso blanco de cabra, dos jarras de vino y unos cuantos vasos que, aunque limpios estaban tan descascarillados y gastados por el uso que parecía como si pudieran transmitirte cualquier tipo de enfermedad imaginable.

—No parecen muy felices en este pueblo —observó Max.

—¿Y qué esperabas de estos malditos extranjeros? —dijo Donald—. Si estuviéramos en Inglaterra, sería otra cosa.

—Sí —dijo Larry sarcástico—, estaríamos bailando con ellos la danza de Morris hasta el amanecer.

Aunque el aspecto reconcentrado de nuestra masculina audiencia no había cambiado realmente, comenzaba ahora, a causa de los nervios, a parecernos positivamente malévolos.

—¡Música! —dijo Sven—, la música amansa las fieras. Voy a tocar algo.

—Bueno, pero toca algo suave, por favor —dijo Larry—. Si empiezas a tocarles a Bach, ya me los estoy imaginando yendo a por sus trabucos.

Sven se colocó el acordeón y tocó una pieza encantadora que habría ablandado el corazón de cualquier griego. Pero nuestro auditorio permanecía inmóvil, aunque daba la impresión de que la tensión empezaba a disiparse ligeramente en el aire.

—De verdad creo que Margo, Leonora y yo debíamos volver al barco —dijo mamá.

—No, no querida señora Durrell —dijo Mactavish—. Le aseguro que conozco bien la situación. A estas gentes primitivas les lleva su tiempo adaptarse a uno. Y ahora que la música de Sven no parece producir efecto alguno, creo que ha llegado la

hora de la magia.

—¿Magia? —preguntó Theodore, inclinándose hacia adelante y mirando intensamente a Mactavish con gran interés—. ¿Qué quieres decir con magia?

—Trucos. Prestidigitación —dijo Mactavish—. En mis horas libres me dedico un poco a la prestidigitación.

—¡Dios santo! —gruñó Larry—. ¿Y por qué no ofrecerles collares de abalorios?

—Cállate, Larry, por Dios —le susurró Margo—. Mactavish sabe lo que se hace.

—No sabes cuánto me alegra que pienses así —dijo Larry.

Mactavish entró resueltamente en el café y reapareció con un plato en el que había cuatro huevos. Los colocó en la mesa cuidadosamente y permaneció de pie tras ella, de tal modo que el auditorio pudiera observarle.

—Ahora —dijo gesticulando con ademanes de prestidigitador profesional—, mi primer truco es el truco del huevo. ¿Puede alguno de ustedes prestarme algo que sirva de recipiente?

—¿Un pañuelo? —preguntó Donald.

—No —dijo Mactavish, lanzando una mirada a su auditorio de nativos—. Estaba pensando en algo más espectacular. Señora Durrell, ¿sería usted tan amable de dejarme su sombrero?

Mamá acostumbraba a usar en los meses de verano un amplio sombrero de paja que, en contraste con su cara menuda, la hacía parecer una especie de seta viviente.

—¡No quiero que mi sombrero se manche de huevo! —dijo ella.



—No, no, se lo aseguro —dijo Mactavish—, no hay peligro alguno.

Mamá se quitó el sombrero de paja a regañadientes y se lo dio a Mactavish. Con grandes alharacas lo colocó frente a sí en la mesa, lanzó una mirada para asegurarse de que los nativos le estaban contemplando, cogió un huevo y lo puso

cuidadosamente dentro del sombrero. Después lo juntó por sus extremos y le dio un sonoro golpe contra el borde de la mesa.

—Si logramos quitarle todas las cáscaras —dijo Larry— puede que consigamos una tortilla.

Sin embargo, Mactavish desplegó el sombrero y lo mostró a nuestros ojos, de tal modo que los nativos pudieran darse cuenta de que estaba completamente vacío y sin el menor rastro de huevo. Luego cogió otro huevo, repitió la operación y de nuevo el sombrero apareció vacío y limpio. Cuando volvió a hacerlo una vez más con el tercer huevo, me di cuenta de que en los ojos del auditorio empezaba a destellar la animación, y después del cuarto, uno o dos de los hombres estaban claramente susurrándose algunos comentarios. Al fin, y con grandes aspavientos, Mactavish nos mostró el sombrero limpio y vacío y se lo mostró después a los nativos. Luego lo colocó en la mesa, lo cerró de nuevo por los bordes, lo abrió y con sincronía perfecta sacó de él cuatro huevos absolutamente intactos que colocó sobre el plato.

Hasta Larry se quedó impresionado. Era, por supuesto, un simple truco de los que los prestidigitadores llaman de escamoteo; es decir que parece que uno coloca una cosa dentro de algo, mientras que lo que realmente hace es quedársela en la mano y esconderla después en algún lugar del cuerpo. Yo lo había visto hacer con relojes y otros objetos pero nunca con tanta destreza y menos con cuatro huevos que son, al fin y al cabo, no sólo difíciles de esconder sino de las cosas más fáciles de romperse durante un truco como ése, que se echaría a perder lamentablemente.

Mactavish se inclinó ante nuestros solemnes aplausos y, para asombro nuestro, se oyó también algún aplauso aislado por parte de los nativos. De hecho, algunos de los viejos que tenían peor vista les cambiaron la mesa a los más jóvenes para estar más cerca de nosotros.

—¿Habéis visto? —dijo Mactavish—. Un poco de magia obra milagros.

Luego sacó del bolsillo un mazo de cartas y las sometió al procedimiento rutinario de los prestidigitadores, lanzándolas al aire para dejarlas aterrizar en la mano y subiéndoselas por el brazo sin que ni una sola se le cayera. Los lugareños a estas alturas estaban ya realmente excitados, y de su lugar, al otro lado de la plaza, habían pasado a converger hacia nosotros. Los viejos cortos de vista estaban tan sumamente intrigados que habían adelantado las sillas hasta quedar prácticamente sentados a nuestra mesa. Era evidente que Mactavish estaba disfrutando sin límites. Se metió un huevo en la boca, lo mordió y luego abrió la boca para mostrarla vacía; después se sacó el huevo del bolsillo de la camisa. En ese momento, los lugareños estallaron en un sincero aplauso.

—¡Qué listo es! —dijo Margo.

—Ya te dije que estaba muy bien —dijo Leslie—. Y además es un tirador de primera.

—Tengo que preguntarle cómo haces esos..., esos ilusionismos —dijo Theodore.

—Me pregunto si sabrá cortar a una mujer en dos —dijo Larry pensativo—.

Quiero decir dejando sólo la mitad que funciona pero no habla.

—Larry —dijo mamá—, me gustaría que no dijeras eso delante de Gerry.

Y entonces llegó el gran momento de Mactavish. La fila delantera del auditorio lugareño era toda de viejos con largas barbas blancas, y los más jóvenes estaban de pie tras ellos, estirando el cuello para mirar sus trucos. Mactavish se adelantó hacia el más viejo de los ancianos, que seguramente debía ser el alcalde del pueblo porque le habían cedido un sitio de honor para que pudiese ver mejor el espectáculo. Permaneció allí de pie durante unos instantes con las manos en alto y luego dijo en griego:

—Ahora les enseñaré otro truco.

Con un movimiento rápido, se inclinó, sacó un dracma de la barba del hombre y arrojó al suelo la moneda plateada. Un grito sofocado de asombro brotó de la asamblea. Luego, después de levantar los brazos y separar los dedos nuevamente, alcanzó el otro lado de la barba del hombre y sacó una moneda de cinco dracmas que, como en una rúbrica, arrojó también al suelo.

—Ya veis —dijo Mactavish en griego, volviendo a levantar los brazos— cómo gracias a la magia he hecho aparecer esta moneda entre la barba del alcalde.

—¿Puede usted conseguir más? —preguntó el alcalde con voz trémula.

—Sí, sí —clamó el coro de lugareños—. ¿Puede conseguir más?

—Veremos lo que puede hacer mi magia —dijo Mactavish, a estas alturas ya completamente arrebatado.

En rápida sucesión sacó de la barba del alcalde una serie completa de monedas de diez dracmas que arrojó al creciente montón formado en el suelo, Grecia era tan mísera por aquel entonces que la lluvia de plata que estaba sacando Mactavish de la barba del alcalde representaba una pequeña fortuna. Fue en ese momento cuando Mactavish se superó a sí mismo, al sacar de la barba del alcalde un billete de cincuenta dracmas. Los ¡ah! de admiración fueron casi ensordecedores, y envalentonado por ellos, sacó otros cuatro billetes de cincuenta dracmas. El alcalde estaba en trance. De vez en cuando mascullaba una bendición dirigida a alguno de los muchos santos que creía causantes de aquel milagro.

—Creo —dijo Theodore, como tanteando el terreno—, yo creo que quizá no fuera muy aconsejable sacar más monedas.

Pero Mactavish estaba demasiado embriagado de entusiasmo como para darse cuenta del peligro. Sacó varios cientos de billetes más de la barba del alcalde y los aplausos eran atronadores.

—Y ahora —dijo—, mi truco final.

Y levantó una vez más las manos, para mostrarlas vacías. Se inclinó y extrajo de la barba del alcalde un puñado de billetes de quinientos dracmas.

La cantidad de dinero que había ahora en el suelo a los pies del alcalde equivaldría a unas diez o quince libras, lo que, para el campesino medio de cualquier lugar de Grecia, era una fortuna más allá de todo sueño de codicia.

—Ya habéis visto —dijo Mactavish, volviéndose y sonriéndonos orgulloso—, nunca falla.

—Realmente les has puesto de muy buen humor —dijo mamá, que estaba ya completamente relajada.

—Ya le dije que no se preocupara, señora Durrell —dijo Mactavish.

Y fue entonces cuando cometió el error fatal. Se agachó, recogió el dinero del suelo y se lo metió en el bolsillo.

Las ruidosas protestas estallaron al instante.

—Yo..., bueno, tenía el presentimiento de que iba a pasar esto —dijo Theodore.

El alcalde, tembloroso, se había puesto de pie y estaba estrellando su puño contra la cara de Mactavish. Todos los demás gritaban indignados como una bandada de grajos.

—¿Pero qué pasa? —dijo Mactavish.

—Me está robando mi dinero —dijo el alcalde.

—Yo creo —le dijo Larry a mamá— que ha llegado el momento de que Margo, Leonora y tú volváis al barco.

Abandonaron la mesa con presteza y desaparecieron por la calle principal con un digno trotecillo.

—¿Pero qué quiere usted decir con eso de su dinero? —le estaba diciendo Mactavish al alcalde con toda sinceridad—. Era mi dinero.

—¿Cómo iba a ser suyo si lo sacó de mi barba? —preguntó el alcalde.

Mactavish se vio una vez más derrotado por la falta de lógica de los griegos.

—¿Pero no se da usted cuenta —dijo apesadumbrado— de que era simple magia? Ese dinero era mío.

—¡No! —gritaron los lugareños a coro—. Si lo encontró en su barba es que era suyo.

—¿Pero no se dan cuenta —dijo Mactavish desesperado— de que eran trucos? Eran simples trucos.

—¡Sí, y el truco consiste en robarme el dinero! —dijo el alcalde.

—¡Sí! —estalló la asamblea en unánime asentimiento.

—Oye —dijo Mactavish, volviéndose a Larry desesperado—, yo creo que este hombre chochea. No se entera del asunto.

—Eres un rematado insensato, ¿sabes? —dijo Larry—. Es evidente que tiene por suyo un dinero que has sacado de su barba.

—Pero no es suyo —dijo, obtuso, Mactavish—. Es mío. Yo lo escamoteé.

—Claro, idiota, nosotros ya lo sabemos, pero ellos no.

Ahora estábamos rodeados por una muchedumbre de miembros de la comunidad que, con mirada salvaje y extrema indignación, parecían dispuestos a que se le hiciera justicia a su alcalde.

—¡Devuélvele su dinero —gritaban— o no dejaremos salir a su motora!

—¡Llamaremos a la policía de Atenas! —gritó un hombre.

Como se habrían tardado varias semanas en comunicar con Atenas y otras tantas en que llegara un policía —caso de que llegara alguno—, la situación estaba empezando a tomar un cariz alarmante.

—Creo que lo mejor sería devolverles el dinero —dijo Theodore.

—Es lo que siempre he dicho de los extranjeros —dijo Donald—, son rapaces y excitables. Igual que Max, que se pasa la vida pidiéndome dinero y luego nunca me lo devuelve.

—Venga, no empecemos ahora a reñir nosotros también —dijo Max—. Ya hay bastante pelea por hoy.

—Creo que la mejor sugerencia es la de Theodore —dijo Larry—, tienes que devolverles el dinero, Mactavish.

—¡Pero si son casi quince libras! —dijo Mactavish—. Y después de todo, no era más que un truco.

—Bueno, pues tú verás —dijo Larry—, si no se las devuelves, creo que tienes pocas probabilidades de salir indemne de aquí.

Mactavish se estiró cuan largo era.

—No le tengo miedo a una pelea.

—Pero no seas estúpido —dijo Larry con voz cansada—, si todos esos jóvenes fornidos se te echan encima a la vez te pueden hacer pedazos.

—Bueno, pues vamos a negociar —dijo Mactavish.

Sacó las monedas del bolsillo y se las alargó al alcalde.

—Aquí están —dijo en griego—, se trataba de un truco y no son tuyas, pero a pesar de todo, y para que se compre un poco de vino, le voy a dar la mitad de lo que le saqué de la barba.

—¡No! —gritaron los nativos al unísono—. ¡Se lo va a dar todo!

Mamá, después de haber dejado a Margo y Leonora a salvo en el barco, había vuelto para rescatarme y se horrorizó al verme rodeados por aquella multitud amenazadora.

—¡Larry, Larry! —gritó—. ¡Pon a salvo a Gerry!

—No seas tonta —le gritó Larry—, es el único de nosotros a quien no van a pegar.

Lo cual era absolutamente cierto, porque en una situación así, sólo accidentalmente podría un griego pegar a un niño.

—Creo que debíamos ir a una esquina y plantarles cara —dijo Donald—. Me parece excesivo rendirse ante un puñado de extranjeros. Yo boxeaba bastante bien cuando estaba en Eton.

—Ejem, ¿os habéis percatado de que la mayoría llevan navaja? —preguntó Theodore, como si estuviéramos hablando de algún espécimen de museo.

—Yo sé luchar con navaja —dijo Max.

—Ya, pero no la tienes —dijo Donald.

—Cierto —dijo pensativo Max—; pero si golpeamos a alguno, le puedo quitar la

navaja y luchar con ella.

—No creo que fuera lo más sensato —dijo Theodore...

A todas éstas, el escándalo iba en aumento y Mactavish seguía intentando aún persuadir al alcalde de que debían repartirse las ganancias de su barba al cincuenta por ciento.

—¿Estás protegiendo a Gerry? —gritó mamá desde el otro lado de la multitud.

—¡Cállate, por Dios, mamá! —le chilló Larry—, no haces más que empeorar las cosas. Gerry está perfectamente.



—A juzgar por el tono de su voz y por las cosas que algunos de ellos están diciendo —dijo Theodore—, creo que tendríamos que persuadir a Mactavish para que le devuelva el dinero al alcalde. De lo contrario, vamos a encontrar metidos en una situación bastante desagradable.

—¿Estás protegiendo a Gerry? —volvió a gritar mamá desde el otro lado de la multitud.

—¡Por Dios santo! —dijo Larry.

Dio un paso hacia adelante, agarró a Mactavish, le metió la mano en el bolsillo, sacó los billetes y se los dio al alcalde.

—¡Vale!, pero repito que ese dinero es mío —dijo Mactavish.

—Sí, pero es con mi vida con lo que estás jugando tú —dijo Larry, al tiempo que se volvía hacia el alcalde.

—Aquí tiene —dijo en griego— el dinero que este *Kyrios* sacó de su barba

gracias a la magia.

Se volvió a Mactavish, lo agarró por los hombros, le miró fijamente a los ojos y dijo:

—Y ahora vas a asentir a todo lo que yo diga, ¿te enteras?

—Sí, sí —dijo Mactavish, sorprendido ante la repentina beligerancia desplegada por Larry.

—Está bien —dijo Larry.

Hizo una pausa y colocó la mano con cuidado en la parte del cuerpo de Mactavish donde se suponía que debía estar el corazón.

*«Estaba brillico, y los resbalantes tobos
gironaban y gimaban en la olea:
Y en rebujiña los borogobos,
se descolaban con la rátida momea^[5]».*

Mactavish, no sólo atónito ante el repentino dominio de la situación por parte de Larry, sino también por el hecho de que no entendía nada, porque jamás había oído aquel poema, asintió vehementemente con la cabeza al final de cada estrofa. Larry se volvió hacia el alcalde.

—El *kyrios* —dijo, colocando otra vez la mano sobre el corazón de Mactavish—, como tiene buen corazón ha accedido a darle el dinero, pero con una condición. Todos ustedes saben que algunas personas pueden encontrar agua en el suelo.

Hubo un «¡ah!» afirmativo por parte de la multitud.

—A esa gente se le paga por su trabajo —dijo Larry.

Continuaron los asentimientos y los «sí, sí, sí».

Ahora les hablaba un lenguaje comprensible para ellos, ya que el agua y el pan son los dos dones con que la vida dota a cualquier comunidad.

—Unas veces la gente que busca agua la encuentra y otras no —dijo Larry—. Este *kyrios* a veces encuentra dinero en la barba de la gente y otras no lo encuentra. Estaba feliz de que hubiese aquí un buen alcalde y de haber encontrado dinero. Ha encontrado casi nueve mil dracmas. Y ahora, como es una buena persona, ha decidido no cobraros su sueldo habitual.

Hubo un «¡ah!» de placer por parte de la multitud, unido a la incompreensión ante tanta generosidad.

—Pero sólo hay una cosa que os quiere pedir como favor —dijo Larry—; que el alcalde se gaste el dinero en beneficio de todo el pueblo.

Fue en ese momento cuando el alcalde se mostró altamente taciturno y la multitud aplaudió.

—Porque —dijo Larry que, habiendo ingerido grandes cantidades de vino estaba alcanzando la cumbre de su retórica— cuando se encuentra dinero como cuando se encuentra agua, éstos han de ser para todos.

Los aplausos fueron tales que las pocas palabras que masculló el alcalde quedaron ahogadas por ellos.

—Yo creo que este es el momento de marcharse —dijo Theodore—, en pleno apogeo, por decirlo así.

Bajamos por la calle de la población con el pueblo entero detrás, empujándose unos a otros para lograr darle a Mactavish una palmadita en la espalda y un apretón de manos. Así que al llegar al embarcadero, Mactavish estaba empezando a sentirse el policía montada que pondría fin a la estirpe y a pensar que había merecido la pena la pérdida de quince libras para pagar tanta adulación. De hecho, nuestra marcha se demoró algunos minutos porque el alcalde insistió en abrazarle y besarle en las dos mejillas, con lo cual todos los viejos del pueblo tuvieron que hacer lo propio.

Al fin subió a bordo y se unió a nosotros arrebatado por el éxito.

—¿No os lo dije? Se trata simplemente de saber tratar a la gente primitiva —dijo.

—Bueno, pues yo es el último pueblo que pienso visitar en esta costa y, puesto que es mi cumpleaños, creo que deben tomarse en consideración mis deseos —dijo mamá.

—Por supuesto que sí, querida mamá —dijo Max—. Ahora vamos a encontrarte un lugar bonito para comer.

Levamos anclas, pusimos en marcha el motor y, sobrevolando el traqueteo de éste, pudimos oír todavía los gritos de los nativos que nos deseaban buena suerte y nos aplaudían mientras desaparecíamos a lo largo de la costa,

A la hora de comer encontramos una playa preciosa, larga y de suave arena blanca, y como Taki la tarde anterior había pescado algunos *kefalia*, Spiro hizo un fuego de carbón en la playa y asó tan deliciosos peces.

Sven, Donald y Max, preocupados todavía por no tener regalo para mamá, le prepararon una especie de fiesta. Sven, que era escultor, construyó con arena mojada una enorme mujer desnuda que mamá se vio obligada a admirar y después tocó el acordeón para ella, descartando a Bach afortunadamente, y obsequiándola con melodías bastante animadas y alegres. Donald y Max hicieron un aparte y después consultaron secretamente con Sven, que asintió vigorosamente con la cabeza.

—Y ahora —le dijo Donald a mamá— vamos a bailar para usted una vieja danza austríaca.

Fue tan sorprendente que esta idea partiera del británico, y habitualmente introvertido Donald, que hasta Larry se quedó sin habla. Sven se arrancó con una pieza extremadamente enérgica y no muy distinta a una mazurca, mientras que el alto y desgarrado Max y el pálido y mediano Donald se inclinaron solemnemente uno hacia el otro y después, agarrándose de las manos, empezaron a bailar. Para nuestro asombro, lo hacían francamente bien, dando saltos y piruetas en la arena, con momentos complicados en los que tenían que juntar sendas manos y rodillas para después dar un brinco al aire y chocar luego las piernas, y otras intrincadas maniobras de esta índole. Me recordaron irresistiblemente al Grifo y la Tortuga de Alicia en el

País de las Maravillas, bailando la cuadrilla de la Langosta. Cuando terminaron el baile, fue tan espontáneo nuestro aplauso que, sudando a chorros y sonriendo alegremente, nos ofrecieron otro con diferente melodía.

Después de que nuestro *cuerpo de baile* se diese un baño para refrescarse, nos tumbamos todos en la arena para comer aquel delicioso y succulento pescado que tenía el sabor ahumado del carbón adherido a la churruscada piel. Rematamos la comida con frutas variadas.

—Ha sido una comida de cumpleaños realmente maravillosa —dijo mamá—. La he disfrutado mucho. Y la música de Sven y el baile de Donald y Max han puesto el broche de oro.

—Haremos una cena de cumpleaños —dijo Max—. ¡Vamos a otra playa a hacer una cena de cumpleaños!

Así que nos montamos de nuevo en el barco y continuamos costa adelante. Estaba poniéndose el sol y el cielo se manchaba de rojo, verde y dorado cuando llegamos a lo que nos pareció el lugar ideal. Era una bahía pequeña y redondeada con una playita rodeada de altos acantilados, que a la luz de poniente despedían destellos de un color naranja brillante.

—¡Qué maravilla! —dijo mamá.

—Aquí cenaremos —dijo Max.

Era un lugar tan hermoso bajo los rayos del sol moribundo que cortaba la respiración.

Spiro le había dicho a Taki que sería allí donde pasaríamos la noche. Fue mala suerte que Taki nunca hubiese estado antes allí, porque no pudo darse cuenta de que, cruzando una parte de la bahía, había un banco de arena. Enfiló la motora hacia la cala a una velocidad mediana y no le dio tiempo de ver el banco de arena hasta que ya lo teníamos debajo. El barco se paró en seco con una brusca sacudida. Mamá estaba en cubierta admirando la puesta de sol, cuando el repentino frenazo le hizo perder el equilibrio y la arrojó por la borda. Aunque a veces se dignara meterse en aguas poco profundas y con mucho calor, no sabía nadar. Esto lo sabíamos todos menos Taki. Así que toda la tripulación al unísono se arrojó por la borda para rescatarla, incluyendo a Spiro que adoraba a mamá pero que tampoco sabía nadar. El resultado fue un caos absoluto y total.

Donald y Max cayeron uno encima del otro y se chocaron con la cabeza. Leonora, al tirarse, dio con el pie en el costado del barco y le hizo una horrible raja. Margo, creyendo que mamá estaría en el fondo del agua y no flotando sobre ella, buceó profundamente buscando su cuerpo con frenesí hasta que se quedó sin aire y tuvo que salir a la superficie. Fueron Leslie y Mactavish quienes agarraron a mamá, porque Larry se había dado cuenta de repente de que Spiro no sabía nadar, y se estaba hundiendo por tercera vez cuando por fin logró rescatarlo. Pero durante todo el tiempo que pasó Spiro en el agua hundiéndose y volviendo a aparecer, gritaba: «¡No se preocupe, señora Durrell, no se preocupe!», y tragaba entremedias grandes buches

de agua salada.

Leslie y Mactavish remolcaron a una mamá empapada y balbuciente a las aguas poco profundas del banco de arena para que pudiese sentarse allí y escupir el agua que había tragado sin tasa, y Larry remolcó a Spiro al mismo lugar para que hiciese lo propio. Cuando se hubieron recobrado suficientemente, los llevamos de nuevo al barco y tuvimos que darle a mamá un coñac seco para que se recuperase de su shock y otro a Spiro para que se recuperase del shock de haber visto a mamá caerse al agua.

—¡Caramba, señora Durrell —dijo—, creí que me ahogaba!

—Exactamente lo mismo creí yo —dijo mamá—. Creo que nunca en mi vida he llegado tan al fondo del agua.

—Ni yo tampoco —dijo muy serio Spiro.

Aunando nuestras fuerzas para empujar desde el banco de arena, mientras Taki daba marcha atrás al motor, logramos liberar el barco; y después de que Taki examinara la configuración del terreno, dimos la vuelta lentamente y nos adentramos en la bahía sin ningún otro percance.

Encendimos un fuego en la playa y primero comimos pulpo y jibia, que habían estado cómodamente instalados en la nevera, y luego pollo frío y fruta.

—Ya veis qué buena idea fue —dijo Larry, engullendo un gran tentáculo de pulpo — lo de traer la nevera.

—Sí, cariño —dijo mamá—. Entonces no me pareció buena idea, pero ha resultado tener un gran éxito, aunque, desde luego, el hielo se derrite mucho antes en el barco que en casa.

—Eso es inevitable —dijo Larry—. Pero vete a saber si no nos sobrevive.

Aquella noche la luna estaba tan bonita que nos quedamos bebiendo y charlando en el agua cálida y poco profunda. No podría haber resultado más pacífico a no ser porque, de repente, el aire reverberó y se escuchó en los acantilados un eco de tiros. Leslie y Mactavish, a espaldas nuestras, se habían llevado el revólver de mamá al otro lado de la bahía, donde Mactavish le estaba enseñando a Leslie lo rápido que se aprende a disparar en la Real Policía Montada del Canadá.

—¡Pero, por Dios! —dijo Larry—. ¿Qué diablos creen que están haciendo? ¿Convirtiendo la bahía en un campo de tiro de Bislev?

—¡Caramba! —dijo Spiro—. Creí que eran esos turcos hijos de puta.

—Leslie, hijo mío —gritó mamá— deja eso, por favor.

—Sólo estamos practicando —le gritó Leslie, a su vez.

—Sí, pero no os podéis hacer una idea del ruido que llega hasta aquí —dijo mamá—. Los acantilados devuelven el eco y me está entrando dolor de cabeza.

—Bueno, vale —dijo Leslie de mal humor.

—Eso es lo malo de Leslie —dijo Larry—, que no es un estético. Aquí hay un mar cálido y hermoso, un buen vino y luna llena y ¿a qué se le ocurre dedicarse a él? A andar por ahí disparando revólveres.

—Bueno, tú también haces cosas que nos molestan a nosotros —dijo Margo

indignada.

—¿Qué he hecho yo para molestarte? —preguntó Larry—. Nada en absoluto. Soy, con mucho, el miembro más sensato de esta familia.

—Tienes la sensatez de un lunático —dijo Margo.

—Venga, venga, no discutáis —dijo mamá—. Tened en cuenta que es mi cumpleaños.

—Voy a tocar para usted —dijo Sven.

Y tocó una serie de melodías suaves y bonitas, aunque saliesen de un acordeón, y que cuadraban muy bien con el humor y el paisaje.

Después llevamos a tierra las colchonetas, las extendimos sobre la playa y poco a poco nos fue venciendo el sueño.

A la mañana siguiente, después del desayuno, nos dimos un baño rápido y subimos a bordo. Levamos anclas y Taki puso el motor en marcha. Éste tosió al ponerse en movimiento, nos desplazamos unas seis pulgadas y después se paró.

—Dios mío, no me digas que vamos a tener ahora problemas de motor —dijo Larry.

Spiro, frunciendo el ceño, fue a consultar con Taki. Les oímos murmurar y de repente la voz de Spiro, como un mugido de toro, se elevó iracunda lanzando obscenidades por encima de la cabeza de Taki.

—¿Pero qué demonios pasa? —dijo Larry.

—Este estúpido bastardo —dijo Spiro, rojo de ira, señalando a Taki con un dedo achaparrado y tembloroso—, este estúpido bastardo, con perdón de usted, señora Durrell, se ha olvidado de traer más gasolina.

—¿Y cómo se le ha olvidado? —preguntamos todos a una.

—Dice que pensaba ir a por ella, pero que se le olvidó cuando tuvo que ir a recuperar la nevera.

—¡Ya lo veis! —dijo mamá—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que no debíais haber movido esa nevera!

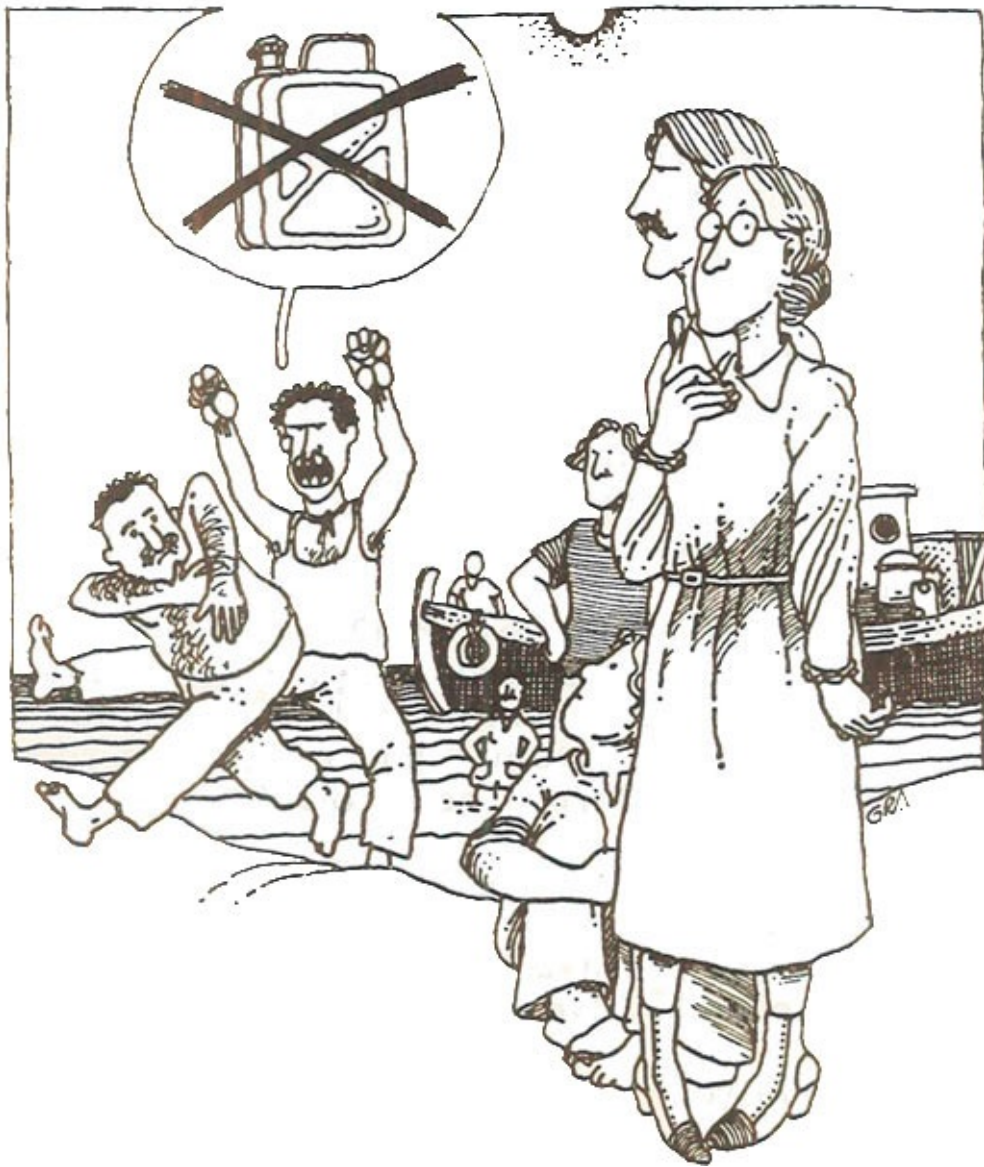
—No empieces otra vez con eso —dijo Larry—. ¿Cuál es el lugar más próximo para encontrar gasolina?

—Dice Taki que en Metaloura —dijo Spiro.

—Pues es muy fácil —dijo Mactavish—. Podemos llegar allí en un bote.

—No sé si te habrás percatado —dijo Donald— de que no tenemos bote.

Era curioso que ninguno de nosotros se hubiera dado cuenta de ello, ya que la mayoría de las motoras, especialmente en un viaje de ese tipo, suelen llevar un bote.



—Bueno —dijo Mactavish, flexionando los músculos—, estoy fuerte como un mulo. Puedo nadar hasta allí para pedir ayuda.

—No, míster Mactavish —dijo Spiro abatido— son diez kilómetros.

—Bueno, puede uno ir parándose en playitas o así para descansar —dijo Mactavish—. Lo haré mejor al caer la noche y estaré de vuelta por la mañana.

Spiro frunció el ceño pensativo y luego se volvió hacia Taki y le tradujo la idea de Mactavish. Pero Taki fue tajante. Puesto que desde esta bahía hasta la más próxima en que podía obtenerse gasolina prácticamente eran todo acantilados, no había nadie que pudiera pararse a descansar.

—¡Dios mío! —dijo mamá—. ¿Qué vamos a hacer?

—Pues sentarnos aquí —dijo Larry—. Es bien simple.

—¿Qué quieres decir con que es bien simple? —preguntó mamá.

—Pues que nos sentemos aquí y cuando pase un barco, le hacemos señales para que vaya a buscar gasolina y nos la traiga. No sé de qué os preocupáis tanto.

—El señorito Larry tiene razón, señora Durrell —dijo Spiro con tristeza—. No podemos hacer otra cosa.

—Bueno, al menos es un sitio precioso —dijo Larry—; quiero decir que, ya que teníamos que quedarnos tirados, no podríamos haber elegido lugar mejor.

Así que salimos todos del barco y nos sentamos en la playa, dejando a Taki cruzado de piernas sobre la proa de nuestra inmóvil embarcación, y escrutando la embocadura de la bahía en busca de algún barquito pesquero que viniera a rescatarnos.

El día transcurrió bastante plácidamente, pero no pasó ningún barco pesquero, y al caer la noche, mamá se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—Me gustaría que dejaras de preocuparte, mamá —dijo Larry—, seguro que mañana pasará alguno y además tenemos cantidad de provisiones.

—Ahí está la cosa —dijo mamá—, que no tenemos cantidad de provisiones. No he traído las suficientes como para hacer frente a una avería, y de todas formas, el hielo se está derritiendo tan aprisa que si mañana no pasa un barco, la mitad de la comida se va a echar a perder.

Era ése un aspecto de nuestra situación que hasta aquel momento no habíamos considerado. La pequeña bahía con sus imponentes acantilados no ofrecía ninguna de las condiciones que Robinson Crusoe había encontrado en su isla. Sólo había un chorrito de agua dulce que brotaba de la pared del acantilado y formaba un estanque en el que Theodore había descubierto tantas formas de vida que ninguno creíamos conveniente beber de allí una vez agotadas nuestras provisiones de líquido.

—Mamá no debe preocuparse —dijo Max, envolviéndola protectoramente con los brazos—, si es preciso, nos ponemos todos a empujar el barco para llevarla hasta Corfú.

—Una sugerencia muy estúpida —dijo Donald—, justo el tipo de sugerencia que haría un continental. Dios sabe las toneladas que pesará. Será imposible empujarlo.

—Me temo que Donald tiene razón —dijo Mactavish—, aún estando fornido como estoy para mi edad, creo que ni todos juntos llegaríamos muy lejos.

—Os suplico que dejéis de hablar por hablar —dijo Larry irritado—, después de todo, esta costa está abarrotada de barcos pesqueros. Seguro que mañana pasará alguno en algún momento.

—Espero que tengas razón —dijo mamá—, porque de no ser así, tendré que racionar la comida.

—Además, bueno ya sé que no tiene importancia, pero algunos de los especímenes que he cogido son bastante raros —dijo Theodore— y a menos que volvamos pronto a Corfú, son tan frágiles que me temo que vayan a desintegrarse.

Nos fuimos todos a la cama con un estado de ánimo desapacible, mientras Spiro y Taki se turnaban para vigilar desde proa, por si acaso pasaba algún pescador nocturno y nos veía con el faro.

Pero amaneció y aún no había señal alguna de rescate. Para empeorar nuestra condición, el hielo, decidido a derretirse, lo estaba haciendo a una velocidad alarmante y tuvimos que practicar un agujero en la arena para enterrar la mayoría de

los alimentos más delicados que había traído mamá. Comimos bastante frugalmente.

—¡Ay Dios mío! —dijo mamá—. Ojalá no hubiésemos venido.

—No se preocupe, mamá —dijo Max—, la ayuda está a punto de llegar. Lo noto en los huesos.

—Creo que Larry tiene razón —dijo Donald—, hay miles de barcos por esta costa. Seguro que más tarde o más temprano llegará alguno.

—Mejor sería temprano que tarde —dijo mamá—, porque si no vamos a morir de inanición.

—Todo es culpa de Larry —dijo Leslie agresivo porque estaba hambriento—. La idea del viaje fue suya.

—Ahora no te vuelvas contra mí —dijo enfadado Larry—. Tú estabas tan de acuerdo como yo. Si se hubiese organizado todo como Dios manda, no nos veríamos ahora en este trance.

—Estoy de acuerdo con Leslie —dijo Margo—, la sugerencia fue de Larry.

—Yo no sugerí que nos quedáramos sin gasolina en una bahía remota rodeada de inaccesibles acantilados, a diez kilómetros del lugar habitado más cercano —dijo Larry.

—Venga, hijos —dijo mamá—, no riñáis. Estoy segura de que tiene razón Donald. Llegará muy pronto un barquito pesquero.

—Mientras tanto —dijo Sven—, tocaré para usted, querida señora Durrell, para tranquilizarla.

Fue una calamidad que eligiese a Bach creyendo que, como le tranquilizaba a él, tranquilizaría también a los demás.

Pero el día pasó y no apareció barco ninguno. El hielo se fundía a toda prisa y los víveres se acababan. La cena de aquella noche habría impulsado al propio Oliver Twist a pedir más.

—¡Malditos imbéciles! —dijo Larry—, tantos barcos pesqueros yendo de acá para allá y ¿por qué diablos no vienen a pescar aquí?

—Puede que esta noche aparezca un pescador nocturno —dijo Mactavish.

Aunque Spiro y Taki no dejaban de vigilar, nadie pasó por delante de la bahía. Para desayunar, tomamos cada uno un melocotón bastante pasado. La comida consistió en sandía con pan.

—¿Qué provisiones nos quedan ahora? —preguntó Larry cuando había terminado con su refrigerio.

—Es una suerte que yo sea de poco comer —dijo Theodore, y añadió precipitadamente—: Quiero decir que es una suerte para mí, claro.

—Si esto sigue así, no sé qué es lo que vamos a hacer —dijo mamá que, a estas alturas, había llegado a un estado de pánico tal que eran inútiles los esfuerzos que todos hacían para confortarla.

—Recurrir al canibalismo —dijo Larry.

—Larry, por favor, no hagas bromas de mal gusto —dijo mamá—. No tiene

ninguna gracia.

—Por si acaso, ja, ja —dijo Mactavish—, a mí me encontraréis demasiado duro.

—Empezaremos por ti —dijo Larry, lanzándole una mirada siniestra—. Te tomaremos como entremés bastante indigesto. Pero Leonora, cocinada a fuego lento en la arena, como hacen en la Polinesia, creo que estará absolutamente deliciosa. Dedos, nalgas y pechuga.

—Larry, no seas desagradable —dijo Margo—. No creo que fuera capaz de comerme a un ser humano.

—Qué mala educación —dijo Donald—. Sólo los «wogs^[6]» se comen unos a otros.

—Sin embargo, es asombroso lo que se puede llegar a hacer cuando no queda más remedio —dijo Theodore—. Creo que era en Bosnia donde varios pueblos se quedaron durante muchos meses bloqueados por la nieve y, bueno, unos cuantos nativos se entregaron al canibalismo.

—¿Queréis dejar ya de una vez de hablar de canibalismo? —dijo mamá—. No hacéis más que empeorar las cosas.

—Bueno, todavía no has contestado a mi pregunta —dijo Larry—. ¿Cuáles son nuestras provisiones en este momento?

—Sandías —dijo mamá—, tres pimientos verdes y dos hogazas de pan. Taki está intentando pescar algo pero dice que esta bahía no es muy buena para la pesca.

—Pero tienen que quedar un par de piernas de cordero —dijo Larry.

—Sí, hijo —dijo mamá—, pero el hielo se ha derretido tanto que se han echado a perder y he tenido que enterrarlas.

—Bendito sea Dios —dijo Larry—, tendrá que haber canibalismo.

Pasó el día y siguió sin aparecer ningún barco. Esa noche comimos un pan bastante duro, pimientos un tanto marchitos y sandía.

Spiro y Taki se pusieron a vigilar desde proa y todos los demás nos fuimos a la cama muertos de hambre.

A la mañana siguiente, no se había visto ningún barco durante la noche. Nuestra situación de ser ligeramente cómica estaba pasando a francamente grave. Estábamos todos a bordo de la motora celebrando un consejo de guerra. Mi sugerencia de que podríamos subsistir otro par de días comiendo lapas fue desechada al instante.

—Mis especímenes se están deteriorando a toda prisa —dijo Theodore preocupado.

—Malditos sean tus especímenes —dijo Larry—. Si te hubieras dedicado a recoger algo más sustancioso que seres microscópicos, ahora podríamos sobrevivir.

—De verdad que no sé qué es lo que vamos a hacer —dijo mamá.

Tuvimos una minúscula ración de pan como desayuno y con eso se acabaron nuestras provisiones.

—Creo que vamos a morir aquí —prosiguió—, y no es el lugar que yo elegiría para que me enterraran.

—Mamá no morirá —dijo, cariñoso, Max—. Si es preciso, me suicidaré para que me coma.

Mamá se quedó muy afectada por tan pródiga oferta.

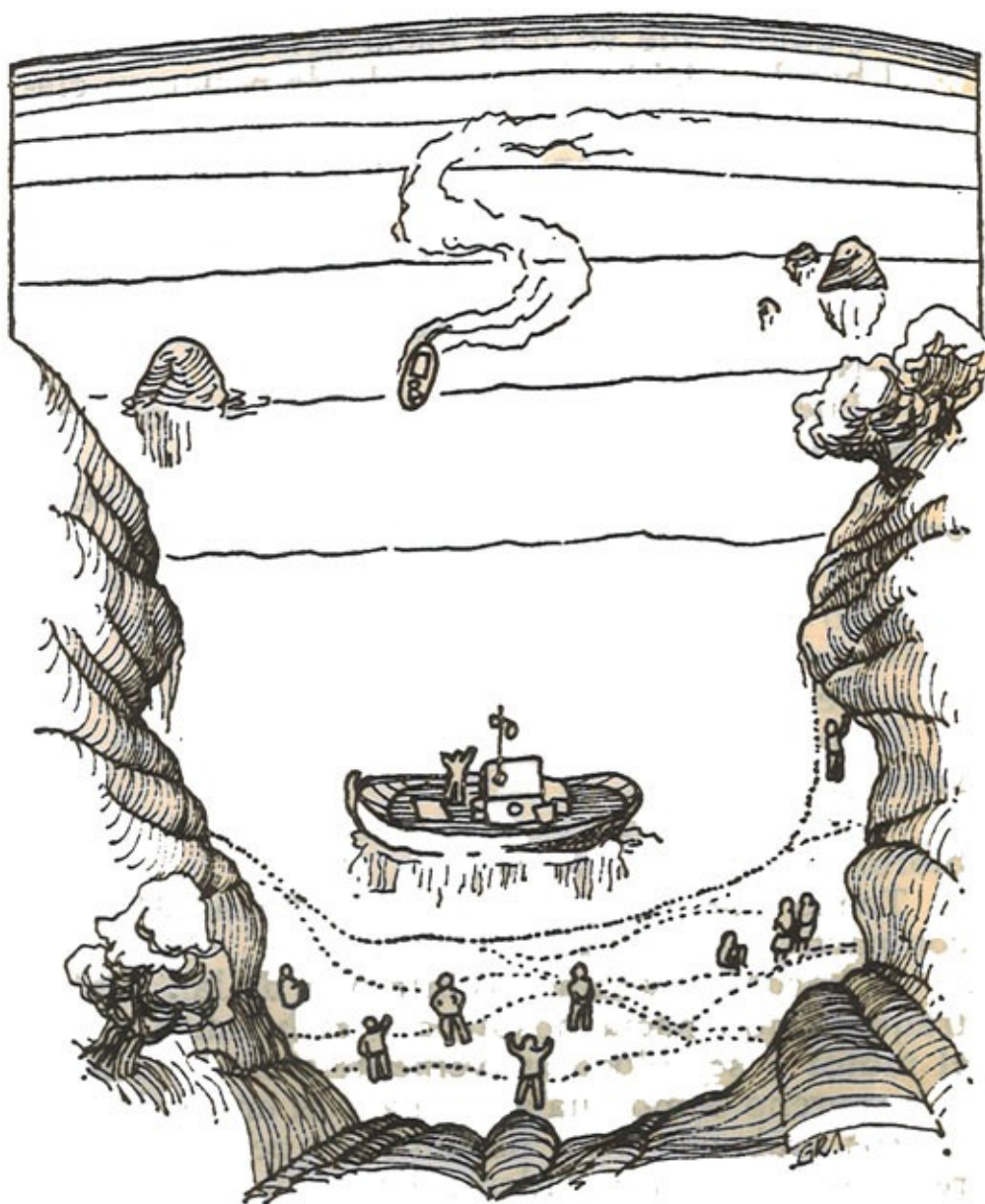
—Es muy amable por tu parte, Max —dijo—, pero espero que no sea necesario.

En ese preciso instante, Spiro, que había permanecido de pie en la proa, lanzó uno de sus mugidos de toro que hizo retumbar los acantilados.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Gritaba y agitaba los brazos, y pudimos ver un barquito, con un motor diminuto y decrepito amarrado detrás, que pasaba por delante de la bahía.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritaba Spiro en griego—. ¡Venid aquí!



Tan rica y profunda era la voz de Spiro y tan grande el poder que sus pulmones albergaban bajo su fuerte complexión que, ayudado por el eco de los acantilados que nos rodeaban, el hombre del barco le oyó y se volvió a mirar hacia nosotros. Todos nos precipitamos a proa e hicimos salvajes gestos para atraerle. Apagó el motor y

Spiro le gritó una vez más:

—¡Venga aquí! ¡Venga aquí!

—¿Quién yo? —dijo el hombre del barco.

—Pues claro, usted —dijo Spiro—, ¿quién iba a ser?

—¿Quiere que yo vaya hacia *usted*? —preguntó el hombre del barco, tratando de poner en claro sus ideas.

Spiro invocó a San Spiridion y a otros muchos santos locales.

—¡Pues claro, usted! —bramó—. ¿Quién más hay ahí?

El hombre miró cuidadosamente en derredor.

—Nadie —respondió.

—Pues entonces es a usted a quien llamo —gritó Spiro.

—¿Qué quiere? —preguntó interesado el hombre.

—Si se acerca un poco, se lo podré decir —chilló Spiro, al tiempo que murmuraba «¡¡idiota!!» para sus adentros.

—De acuerdo —dijo el hombre.

Puso en marcha el motor y vino hacia nosotros en zig-zag.

—Gracias a Dios —dijo mamá con voz temblorosa—. ¡Gracias a Dios!

Tengo que decir que en ese instante todos compartíamos sus sentimientos.

El barquito, de unos veinte pies de largo, vino traqueteando hacia nosotros y el hombre apagó el motor y se colocó suavemente a nuestro lado. Era moreno como una avellana, con enormes ojos negros azabache y un penacho de pelo rizado; y resultaba bastante evidente desde el primer momento que si no era un idiota, no le andaba muy lejos.

Nos sonrió a todos muy zalamero.

—Kalimera —dijo.

Con infinito alivio en nuestras voces, todos contestamos «kalimera».

—Y ahora escuche —dijo Spiro, haciéndose cargo de la situación—, tenemos...

—¿Es usted griego? —preguntó el pescador, mirando a Spiro con mucho interés.

—Claro que soy griego —gritó Spiro—, pero lo que pasa es que...

—¿Son todos ustedes griegos? —preguntó el pescador.

—No, no —dijo Spiro impaciente—, ellos son extranjeros. Pero bueno, el asunto es que...

—Hombre, extranjeros —dijo el pescador—. Me gustan los extranjeros.

Se quitó de encima del pie con delicadeza un pulpo muerto que de algún modo se le había colocado allí mientras se acercaba.

—¿Quieren comprar pescado? —preguntó.

—No queremos comprar pescado —dijo Spiro.

—Pues a los extranjeros les gusta el pescado —señaló el pescador.

—¡Idiota! —le gritó Spiro al límite de su paciencia—. No queremos pescado. Queremos gasolina.

—¿Gasolina? —preguntó sorprendido el pescador—. ¿Y para qué quieren

gasolina?

—Para este barco —bramó Spiro.

—Me temo que no llevo suficiente para eso —dijo el pescador lanzando una mirada al diminuto depósito que había en la proa de su barco—. Dígame, ¿de dónde son?

—Son ingleses —dijo Spiro—, pero escúcheme bien. Lo que quiero...

—Los ingleses son buena gente —dijo el pescador—. El otro día, por ejemplo, hubo uno que me compró dos kilos de pescado, le cobré el doble y ni se enteró.

—¡Mire! —dijo Spiro—, lo que queremos es gasolina y que usted...

—¿Es una familia? —preguntó el pescador.

—No, no es una familia —dijo Spiro—, pero quiero que usted...

—Parece una familia —dijo el pescador.

—Bueno, pues no lo es —dijo Spiro.

—Pero él y ella parecen el padre y la madre —dijo el pescador señalando a Sven y a mamá—. Y los demás parecen sus hijos. El de la barba supongo que será el abuelo. ¿De qué parte de Inglaterra son?

Parecía bastante evidente que si la cosa continuaba así mucho tiempo, Spiro cogería una botella de vino vacía y se la estamparía al pescador en la cabeza.

—¿No creéis que quizá sea conveniente que tenga unas palabras con él? —preguntó Mactavish.

—No —dijo Larry—. Spiro, déjame a mí.

Se inclinó por la borda de la motora y con su voz más meliflua dijo en griego:

—Escuche, mi alma, somos una familia inglesa.

—Bien venidos —dijo el pescador sonriendo francamente.

—Hemos llegado hasta aquí en este barco —dijo Larry claro y despacio—, y nos hemos quedado sin gasolina. También nos hemos quedado sin comida.

—¿Sin gasolina? —dijo el pescador—. Pero entonces no pueden moverse.

—Eso es exactamente lo que nos pasa —dijo Larry—. Así que ¿sería usted tan amable de alquilarnos su barco para que vayamos a Metaloura a buscar gasolina y traerla hasta aquí?

El pescador asimiló esta información, mientras chapoteaba con sus pies morenos en la pila de salmonetes, calamares y pulpos que yacían en el fondo de su bote.

—¿Me pagarán? —preguntó ansioso.

—Le pagaremos cincuenta dracmas por llevar a uno de nosotros a Metaloura y otros cincuenta por traer a esa persona de vuelta.

Por un instante sus ojos se abrieron con sorpresa ante tan generosa oferta.

—¿No me darían cincuenta y cinco, verdad? —preguntó sin demasiada esperanza, ya que sabía de sobra que era una gran suma para tarea tan simple.

—Venga, mi alma —dijo Larry—, querido amigo, usted sabe que le estoy ofreciendo un precio justo y que no voy a regateárselo. ¿Va usted a tratar de regatearnos a nosotros? ¿Usted, un griego, a extranjeros que están en su país?

—¡Jamás! —dijo el pescador con la mirada encendida y olvidando la historia del inglés al que había engañado—. Un griego nunca regatea a un extranjero en su país.

—Bueno —dijo Larry sacando dos billetes de cincuenta dracmas—, pues aquí está el dinero. Se lo daré a este hombre, que es griego como usted, y él lo llevará consigo; y cuando regrese con la gasolina, yo me aseguraré de que se lo da a usted sin regatear.

El pescador se sintió tan impresionado por esto que accedió al instante y Larry depositó con cuidado los dos billetes de cincuenta dracmas en el bolsillo de la camisa de Spiro.

—Y ahora, Spiro, por amor de Dios —dijo en inglés—, métete en ese maldito barco y tráenos gasolina.

No sin cierto esfuerzo, porque era hombre corpulento, Spiro se deslizó cautelosamente hasta el barco del pescador, que se hundió varias pulgadas más en el agua al recibir su peso.

—¿Quiere que vaya ahora o esta tarde? —preguntó el pescador mirando a Larry.

—¡Ahora! —dijeron al unisono los miembros de la expedición que hablaban griego.

El pescador puso el motor en marcha y se dirigieron a la salida de la bahía. Spiro iba sentado en la proa como una maciza y ceñuda gárgola,

—¡Maldita sea! —dijo Donald, cuando el barco desapareció detrás del saliente de tierra—. ¡Qué olvido más imperdonable el nuestro!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Larry.

—Pues que si hubiéramos comprado sus pulpos y sus peces, podríamos haber comido un poco —dijo Donald pesaroso.

—¡Dios mío!, tienes razón —dijo Larry—. ¿Cómo no se te ocurrió, mamá?

—No sé por qué voy a tener que pensar yo en todo —protestó—, creí que nos iba a remolcar.

—Bueno, siempre podemos comer lapas —dije yo.

—Si vuelves a mencionar esos horribles bichos, me voy a marear —dijo Margo.

—Sí, cállate —dijo Leonora—. Ya tenemos bastantes problemas sin tu intervención.

Así que intentamos alejar de nuestras mentes la vaciedad de nuestros estómagos. Mactavish le dio clases a Leslie de cómo desenfundar rápidamente el revólver de nácar. Leonora y Margo se bañaban y tomaban el sol alternativamente. Larry, Sven, Donald y Max mantenían una conversación inconexa sobre arte y literatura. Mamá terminaba una labor de calceta, dejándose escapar más puntos que de costumbre. Theodore, después de volver a señalar, para irritación de todos, lo beneficioso que le resultaba ser de poco comer, se fue a buscar algunos especímenes más en el estanque de los acantilados. Yo cogí mi navaja y me fui a las rocas a alimentarme vorazmente de lapas.

Como no teníamos nada que comer, nos emborrachamos todos bastante con las

espléndidas provisiones de vino que todavía quedaban. Así que al caer la tarde. Donald y Max estaban bailando otra complicada danza centroeuropea, mientras que Larry se empleaba en enseñarle a Sven a tocar *The Eton Boating Song*^[7] al acordeón. Mamá, segura ya ante la idea del rescate, había dormido pacíficamente a lo largo de esta estridente fiesta. Pero se fue haciendo tarde y todos nosotros, aunque nadie decía nada, teníamos el mismo pensamiento. ¿Habrían llegado Spiro y el pescador a su destino o estarían acaso aislados en alguna remota bahía como nosotros? Porque el pescador había demostrado que sus conocimientos de navegación eran prácticamente nulos. Como la luz se iba apagando, ni siquiera los efectos del vino lograban alegrarnos, y allí estábamos sentados en un grupo taciturno, intercambiando sólo de cuando en cuando algún comentario agrio. Era como el final de una fiesta divertida, cuando todo el mundo desea que los demás se vayan a casa. Eran las agonizantes brasas del placer, y la cercanía de la noche estaba echando cenizas sobre ellas para matarlas. Ni siquiera el cielo, que había decidido aquella noche volverse como de cobre bruñido salpicado de oro, ofrecía una respuesta.

Entonces, inesperada y súbitamente, el barquito pesquero surgió sobre el agua azul y dorada y se internó en la bahía. Allí sentado en cubierta venía nuestro loco pescador, y allí también, sentado en la proa como un macizo bulldog, venía Spiro. Al instante todo el hermoso y complicado diseño que el ocaso había trazado sobre el mar y el cielo se volvió mucho más vivido. Allí estaba la salvación. ¡Habían vuelto!

Nos apiñamos ansiosos en el extremo de la playa, mientras el barco se acercaba más y más. Entonces el pescador paró el motor y el barco, por impulso propio, se dirigió a nosotros.

Inmediatamente el ruido del motor y su eco dejaron de oírse y Spiro gritó con su voz de minotauro:

—No se preocupe, señora Durrell, ya lo he arreglado.

Simultáneamente dimos un suspiro de alivio, porque cuando Spiro decía que algo estaba arreglado podía uno fiarse. El barco, llevado por la corriente, se hizo camino hasta incrustarse suavemente en la arena y pudimos ver que entre Spiro y el pescador había un cordero asado entero y junto a él una gran cesta con todas las frutas de la estación.

Spiro saltó torpemente del barco y cayó pesadamente a tierra como un extraño monstruo marino.

—He traído comida —dijo—; pero no tienen nada de gasolina.

—¡Al diablo con la gasolina! —dijo Larry—. ¡Vamos a llevar esa comida a la playa y a comer!

—No, no, señorito Larry, no se preocupe por la gasolina —dijo Spiro.

—Pero si no tenemos gasolina, nunca podremos salir de aquí —dijo mamá—. Y ese cordero no va a durar mucho ahora que se ha derretido el hielo y con este calor.

—No se preocupe, señora Durrell —dijo Spiro—, le dije que lo arreglaría y lo he arreglado. Todos los pescadores vendrán a recogerlos.

—¿Qué pescadores? —preguntó Larry—. Al único que hemos visto es a este fugitivo escapado de un manicomio.

—No, no, señorito Larry —dijo Spiro—. Quiero decir los pescadores de Corfú. Los que salen de noche.

—No sé de qué estás hablando —dijo Larry.

—Yo sí lo sé —dijo orgulloso de poder exhibir mi conocimiento superior—. Es toda una flotilla de motoras que salen con luces a pescar por la noche. Pescan con redes y mis mejores especímenes los he conseguido gracias a ellos.



—¿Ellos te dieron esos extraordinarios *Argonauta argus*? —preguntó Theodore con interés.

—Sí —dije—, y también una estrella de mar de pata de pato.

—Bueno, espero que sean de fiar —dijo Larry.

—Lo he arreglado, señorito Larry —dijo Spiro con una voz levemente indignada—. Dicen que estarán aquí sobre las dos.

—¿Después de terminar la pesca? —preguntó Theodore.

—Sí —dijo Spiro.

—Puede que hayan encontrado algún espécimen interesante —dijo Theodore.

—Es lo que yo estaba pensando —dije.

—Por Dios, dejad de hablar de especímenes y vamos a sacar la comida —dijo Larry—. No sé vosotros, pero yo me muero de hambre.

Con cuidado sacamos el cordero tostado y pulido por las llamas como un roble ahumado, y la cesta de fruta. Lo llevamos todo a nuestra motora para que ni un solo fragmento se manchara de arena, y allí tuvimos la más opípara de las comidas.

Cayó la noche y la luna manchaba el agua con rayas naranjas, amarillas y blancas. Estábamos llenos de tanto comer y habíamos bebido demasiado vino. Sven tocaba el acordeón y los demás nos dedicábamos a aprender polcas, valeses y complicados bailes austríacos sugeridos por Max. Tan vigorosamente bailamos que Leonora se cayó por la borda en un estallido fosforescente de color crisantemo.

Por fin a las dos llegó la flota pesquera y se estacionó allí, con las luces brillando como una ristra de perlas en la boca de nuestra bahía. Entonces una de las motoras se adelantó para venir hacia nosotros y, después del alboroto griego habitual, que hizo temblar y resonar los acantilados, nos amarró a ella, nos remolcó y nos reunimos al fin con la flota principal.

Luego la flota puso rumbo a Corfú y a mí me parecía, con aquellas luces brillando, que éramos como la cola de un cometa surcando las oscuras aguas del espacio.

Cuando nuestro barco piloto se acercaba ya suavemente al embarcadero bajo el viejo fuerte, mamá dijo con infinito alivio:

—Bueno, a su manera ha sido divertido; pero me alegro de que se haya terminado.

En ese preciso instante unos dieciséis pescadores borrachos, que se habían metido de lleno en el asunto como sólo los griegos son capaces de hacer, estaban trasladando la nevera, bajo las instrucciones de Taki, de la motora al embarcadero. Como no podían moverla en un sentido, después de discutir un rato se dieron todos la vuelta y la movieron en el otro sentido, con el resultado de que la nevera y la mitad de los pescadores cayeron al agua a una profundidad de unas dos brazas.

—¿Lo veis? —dijo mamá—. ¡Lo que faltaba! *Sabía* que no debíamos haber llevado esa nevera.

—¡Qué tontería! —dijo Larry—. Mañana por la mañana la sacaremos con toda

facilidad.

—¿Pero qué voy a hacer sin la nevera? —exclamó mamá—. Tengo que volver a organizar las comidas para tres o cuatro días por lo menos

—Venga, deja de protestar —dijo Larry—. Ni que fuera una catástrofe irremediable. Spiro nos puede subir la comida.

—Puede que no sea una catástrofe irremediable en lo que a ti concierne —dijo mamá fríamente—, pero sí lo es para mi.

Después de despedirnos con un beso del resto de la expedición, nos metimos en el coche de Spiro que nos llevó de vuelta a nuestra villa. Aunque Larry canturreaba alegremente y Leslie le hablaba a mamá de la belleza y complejidades del revólver con cachas de nácar, aunque Margo trataba de persuadirla de que el corte de vestido era ideal para ella, y aunque yo mismo traté de alegrar su espíritu hablándole de una extraña mariposa que había podido cazar con el cazamariposas que le había regalado, mamá se mantuvo en un gélido silencio hasta que llegamos a casa. Era evidente que la pérdida de su preciosa nevera le había herido en lo más hondo.



Cuando llegamos, se sirvió un buen trago de coñac y se sentó en el sofá, pensando evidentemente en la forma de preparar menús que no precisasen de la nevera, hasta que ésta fuese rescatada de las profundidades del mar, como todos, incluyendo Spiro, le asegurábamos que sucedería. Al llegar había correo para Larry. Después de llenarse un vaso de vino, empezó a abrir las cartas con interés.

—¡Vaya, qué bien! —exclamó al leer la segunda carta—. Vienen los Gulbenstein y traen con ellos a Gertrude.

Mamá surgió de su trance gastronómico.

—¿Los Gulbenstein? —dijo—. ¿No te referirás a aquel horrible hombrecillo grasiento que parecía no haberse lavado en seis semanas y a aquella agitanada esposa suya?

—Es un hombre de talento —dijo Larry— Será un buen poeta. Y ella pinta de

maravilla. Y Gertrude es también una mujer muy interesante. Te gustará.

—Cuanto menos los vea —dijo mamá muy digna—, más a gusto estaré. No sé nada de esa Gertrude, pero los Gulbenstein dejan mucho que desear.

—¿Qué quieres decir con que cuanto menos los veas? —preguntó sorprendido Larry—. Van a venir a quedarse aquí.

—¿No los habrás invitado *aquí*? —dijo atónita, mamá.

—Claro que sí —dijo Larry, como la cosa más natural del mundo—. No tienen dinero para ir a otro sitio.

Mamá se echó un largo trago de coñac, se puso las gafas y adoptó la expresión que ella debía considerar la más feroz de su repertorio.

—Escúchame bien, Larry —dijo con voz firme—, esto tiene que acabarse. No voy a permitir que invites a toda esa gente, al menos sin mi consentimiento. ¿Cuándo se supone que vendrán?

—Pasado mañana —dijo Larry.

—Pues tiene que acabarse —dijo mamá—, mis nervios no lo soportarán.

—No entiendo de qué te quejas —dijo Larry irritado—. Son un trío encantador y además has tenido unas vacaciones maravillosas, ¿o no?

3. UN TRASLADO DE TORTUGAS DE AGUA DULCE

A finales del año 1939, cuando la guerra parecía inevitable, mi familia se marchó de Corfú y volvió a Inglaterra. Estuvimos viviendo un tiempo en un piso de Londres mientras mi madre hacía constantes incursiones para buscar una casa en el campo. En ese tiempo en que ella estaba ausente, yo quedaba libre para explorar Londres. Aunque nunca he sido amante de las grandes ciudades, en esa época Londres me parecía fascinante. Después de todo, la metrópoli mayor que conocía era la ciudad de Corfú, que tenía el tamaño de un pequeño mercado inglés, así que la inmensa extensión de Londres ofrecía mil secretos a descubrir. Estaban, por supuesto, el Museo de Historia Natural y las inevitables visitas al zoo, donde llegué a intimar bastante con algunos cuidadores; lo cual sirvió para afianzarme en la creencia de que trabajar en un zoo era la única vocación auténtica para cualquiera y confirmó mi deseo de tener un zoo propio.

Bastante cerca de nuestro piso había una tienda que absorbía toda mi atención. Era un sitio llamado «El Acuario», y el escaparate estaba lleno de enormes peceras con peces de vivos colores y, lo que era aún mejor, filas de cajas con pared de cristal que contenían serpientes de hierba, serpientes de pinar, grandes lagartos verdes y sapos de ojos saltones. Yo solía pasarme las horas muertas pegado al escaparate, mirando anhelante tan hermosas criaturas con el imperioso deseo de poseerlas. Pero como ya tenía en el piso toda una hueste de pájaros, dos urracas y un tití, me temía que la presencia de un nuevo ser viviente, cualquiera que fuese su forma o su tamaño, concitaría contra mí las iras de toda la familia, así que tenía que contentarme con contemplar anhelante aquellos adorables reptiles.

Una mañana, al pasar por delante de la tienda, atrajo mi atención un letrero que colgaba de uno de los acuarios. Decía así: «Se necesita joven dependiente de confianza». Volví al piso y le estuve dando vueltas durante cierto tiempo.

—Tienen un empleo en esa tienda de animales que hay según se baja la calle —le dije a mi madre.

—¿Ah, sí? —contestó sin escucharme.

—Sí. Dicen que necesitan un vendedor joven y de confianza. Y a mí..., a mí se

me ha ocurrido solicitar el puesto —dije con tiento.

—¡Qué buena idea! —dijo Larry—. Así podrás llevarte allí a tus animales.

—No creo que le dejen hacer eso, hijo —dijo mi madre.

—¿Cuánto creéis que pagarán por un trabajo así? —pregunté.

—No mucho, creo yo —dijo Larry—. Dudo que tú seas lo que ellos entienden por un joven de confianza.

—Pero algo me pagarán de todas formas, ¿no? —dije.

—¿Tienes la edad suficiente para ponerte a trabajar? —preguntó Larry.

—Bueno, voy a cumplir dieciséis —dije yo.

—Bien, pues vete a hacer una intentona —me sugirió.

Así que a la mañana siguiente bajé a la tienda de animales, abrí la puerta y entré. Un hombre bajito, delgado y moreno con grandes gafas de concha vino saltarín hacia mí.

—Buenos días. ¡Buenos días, señor! ¿En qué puedo servirle?

—Usted..., necesita usted un vendedor... ¿no? —dije.

Torció la cabeza hacia un lado y los ojos se le agrandaron detrás de las gafas.

—Sí, un vendedor —dijo—. ¿Quiere decir que le interesa el trabajo?

—Pues..., sí —dije.

—¿Tiene alguna experiencia? —preguntó receloso.

—Sí, tengo muchísima experiencia —dije—, siempre he cogido reptiles, peces y cosas así. Ahora tengo un piso lleno de ellos.

El hombrecillo me miró.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Dieciséis..., voy a cumplir diecisiete —mentí.

—Bueno —dijo—, mucho no podemos pagarte, ya sabes. Los gastos generales de esta tienda son elevadísimos. Pero puedo ofrecerte una libra diez para empezar.

—De acuerdo —dije—. ¿Cuándo empiezo?

—Lo mejor será el lunes —dijo—. Digo el lunes porque así me dará tiempo a dejar bien arreglados tus papeles. Si no nos vamos a hacer un lío tremendo, ¿no te parece? Bueno, yo me llamo míster Romilly.

Le dije mi nombre, nos dimos la mano con gran formalidad y nos quedamos allí mirándonos el uno al otro. Era evidente que míster Romilly no había tenido ningún empleado antes que yo y no conocía muy bien el procedimiento a seguir. Pensé que tal vez pudiera ayudarle.

—Si quiere puede enseñarme el local —le sugerí— y decirme más o menos qué es lo que quiere que haga.

—¡Buena idea! —dijo míster Romilly—. ¡Una idea excelente!



Bailoteó por toda la tienda agitando las manos a modo de alas de mariposa y me enseñó cómo limpiar una pecera, cómo meter las lombrices en las jaulas de las ranas y los sapos, y donde se guardaban la escoba y el cepillo para limpiar el suelo. Debajo de la tienda había un gran sótano para almacenar la comida de los peces, redes y otras cosas; también había un grifo permanentemente abierto chorreando sobre un gran balde con algo que a primera vista parecía un simple corazón de oveja. Esto, mirado con detenimiento, resultaba ser un apretado pelotón de lombrices tubulares, finas como hilos, que se entrelazaban unas con otras. Esas brillantes lombrices rojas eran el alimento favorito de todos los peces, así como de algunos anfibios y reptiles. Descubrí que, además de las cosas maravillosas del escaparate, había en la tienda multitud de otras criaturas: jaulas llenas de lagartos, sapos, tortugas y serpientes viscosas y brillantes, acuarios llenos de húmedas ranas engullidoras y tritones de cola guarnecida como una banderola. Después de haber pasado tantos meses en un Londres seco, polvoriento y deshidratado, la tienda aquella se me aparecía ante los ojos como el Paraíso Terrenal.

—Así que —dijo míster Romilly, después de enseñármelo bien todo— quedamos

en que el lunes, ¿no? Pero no te retrases, ¿eh?, a las nueve en punto.

No le dije a míster Romilly que, a no ser la muerte, nada habría logrado impedirme estar allí el lunes a las nueve en punto.

Así que el lunes por la mañana a las nueve menos diez, me estaba paseando por la acera delante de la puerta cuando apareció míster Romilly con un largo abrigo negro y un sombrero también negro, agitando musicalmente el manojito de llaves:

—Buenos días, buenos días —gorjeó—. Me alegro de que seas puntual. Empezamos bien.

Así que entramos en la tienda y empecé a desempeñar las primeras tareas del día que eran barrer el suelo, relativamente limpio, y dar luego de comer a los peces aquellas serpenteantes bolas de lombrices.

Pronto descubrí que míster Romilly, aunque era un hombre muy amable, sabía muy poco, por no decir nada, acerca de las criaturas que tenía a su cuidado. La mayoría de las jaulas estaban puestas de una manera muy poco adecuada al confort de sus ocupantes y lo mismo pasaba con los acuarios. Míster Romilly tenía además la teoría de que si acostumbras a un animal a comer determinada cosa, has de seguirlo alimentando incesantemente a base de esa misma cosa. Decidí que tenía que meterle mano a la decoración de las jaulas y dedicarme a alegrar las vidas que estaban a nuestro cargo, pero me daba cuenta de que tendría que ir con pies de plomo, porque míster Romilly no se caracterizaba precisamente por ser poco conservador.

—¿No le parece a usted, míster Romilly, que a los lagartos, sapos y demás les gustaría cambiar un poco de comida? —pregunté un día.

—¿Cambiar? —dijo míster Romilly, abriendo los ojos detrás de sus gafas—. ¿Qué clase de cambio?

—Bueno —le dije—, piojos de bosque, por ejemplo. ¿Qué le parecería? Yo solía dárselos a mis reptiles.

—¿Seguro? —preguntó míster Romilly.

—Completamente seguro —contesté.

—¿No les harán daño, verdad? —preguntó ansioso.

—No, ¡qué va! —dije—. Les encantan los piojos de bosque. Les añade variedad a la dieta.

—Pero ¿y dónde vamos a conseguirlos? —preguntó míster Romilly abatido.

—Bueno, yo creo que hay millones en los parques —dije—. Procuraré coger unos cuantos, ¿le parece?

—Muy bien —dijo reticente míster Romilly—, si estás tan seguro de que no les van a hacer daño.

De manera que me pasé toda una tarde en el parque y estuve recogiendo piojos de bosque hasta llenar una lata grande de ellos. Luego los guardé en el sótano envueltos en hojas podridas; cuando me pareciese que ranas, sapos y lagartos se empezaban a aburrir de las lombrices, probaría a darles primero algunos escarabajos come-lombrices y luego, cuando se hubiesen cansado de éstos, ya les daría los piojos de

bosque. Al principio míster Romilly solía espiar las jaulas con mirada de horror, como si temiese ver aparecer muertos a todos los anfibios y reptiles. Pero cuando se dio cuenta de que, no sólo se criaban muy saludables con esta nueva receta, sino que incluso empezaban a croar en sus jaulas, su entusiasmo no conoció límites.

Mi siguiente tentativa tuvo que ver con dos enormes y benignos sapos-leopardo que llegaron del norte de África. Hay que decir que la idea que míster Romilly tenía del norte de África era la de un interminable desierto donde el sol brillaba día y noche y donde la temperatura no descendía jamás de los setenta grados a la sombra, si es que por ventura había alguna sombra. En vista de lo cual había encarcelado a estos dos pobres sapos en una jaula pequeña con cristal por delante frente al que había instalado dos brillantes focos eléctricos. Estaban sentados sobre un montón de simple arena blanca, sin roca alguna para esconderse de aquella luz deslumbrante, y el único momento en que la temperatura descendía era por la noche cuando apagábamos las luces de la tienda. A causa de todo ello se les habían puesto los ojos lechosos como si tuvieran cataratas, se les había secado y despellejado la piel y las plantas de los pies las tenían en carne viva.

Yo sabía que sugerirle a míster Romilly algo tan drástico como que los trasladásemos a una jaula nueva llena de musgo húmedo le horrorizaría más allá de lo imaginable, así que empecé de modo subrepticio a intentar alegrarles levemente la vida a aquellos pobres sapos. Para empezar birlé un poquito de aceite de oliva de la cocina de mi madre y cuando míster Romilly salía a comer, les frotaba la piel con aceite. Esta operación mejoró su despellejamiento. Luego le pedí un ungüento al farmacéutico, explicándole —con gran diversión por su parte— para qué lo quería, y les unté los pies con él, con lo cual se les aliviaron, pero no llegaron a curárseles del todo. También me hice con un poco de ungüento Ojo Dorado, habitualmente para perros, y se lo apliqué a los ojos con milagrosos resultados. Y además, cada vez que míster Romilly se iba a comer, les daba un poco de spray templado, lo que les encantaba. Se quedaban allí sentados, abriendo la boca benignamente y guiñando los ojos, y si yo cambiaba la dirección del spray se arrastraban por el suelo de la jaula para ponerse otra vez debajo de él. Un día coloqué en la jaula un poquito de musgo y los dos sapos fueron inmediatamente a refugiarse debajo.

—Oiga, míster Romilly —dije simulando con precaución mi sorpresa—. Puse por error un poco de musgo en la jaula de los sapos y parece que les gusta.

—¿Musgo? —dijo míster Romilly—. ¿Cómo musgo? Pero si viven en el desierto.

—Bueno, yo creo que en ciertos lugares del desierto hay algo de vegetación —le dije.

—Creía que era todo arena —dijo míster Romilly—. Todo pura arena. Hasta donde alcanza la mirada.

—Pues..., no, creo que hay algunos cactus y cosas así —dije—. Y de todas formas, parece que les gusta, ¿no cree usted?

—Sí, eso parece —dijo míster Romilly—. ¿Crees que debemos dejárselo ahí?

—Sí —le dije—. Podíamos ponerles algo más, ¿no le parece?

—No creo que les haga daño. ¿No irán a comérselo y a ahogarse, verdad? —preguntó angustiado.

—No creo que lo hagan —dije tranquilizador.

Así que a partir de entonces mis dos queridos sapos tenían un poquito de musgo donde refugiarse y, lo que es aún más importante, una cama para sentarse y curarse pronto los pies.

Mi siguiente tarea fue ocuparme de los peces, porque aunque adorasen aquellas lombrices rojas, me parecía que también a ellos les vendría bien cambiar un poco de dieta.

—¿No sería posible —le sugerí a míster Romilly con mucho tiento—, darles a los peces algo de *dafnia*?

Las *dafnia* eran pequeñas pulgas de agua que nos solían enviar de la granja que abastecía la tienda de algas, caracoles de agua y los peces de agua dulce que vendíamos. Y esos *dafnia* los solíamos vender en botecitos para que los amantes de los peces los alimentasen con ellos.

—¿*Dafnia*? —preguntó míster Romilly—. ¿Alimentarlos con *dafnia*? ¿Pero crees que se los comerán?

—Si no se los comieran, ¿por qué iba a comprarlos la gente para dárselos a sus peces?

—¿Sabes que tienes razón? —dijo—. Tienes razón, sí. Quedan unos pocos *dafnia* abajo en el sótano. Mañana llega la nueva remesa. Prueba a darles unos cuantos a ver qué pasa.

Así que eché una cucharada llena de *dafnia* en cada pecera y los peces se enloquecieron tanto con ellos como los sapos y ranas con los piojos de bosque.

La siguiente cosa que quería hacer, pero que debía hacerla con más precaución, era tratar de decorar las jaulas y peceras de un modo más atractivo. Era ésta una tarea de la que siempre se encargaba míster Romilly, y lo hacía con obstinada persistencia. No creo que disfrutase especialmente con ello, pero debía pensar que, como veterano del negocio, era su obligación.

—Míster Romilly —le dije un día—, no tengo nada que hacer en este momento y no hay clientes. ¿Por qué no me deja decorar una pecera? Me gustaría aprender a hacerlo tan bien como usted.

—Bueno, bueno —dijo míster Romilly ruborizándose—. Tampoco creo que yo lo haga tan bien.

—Lo hace usted de maravilla —dije—, y me gustaría aprender.

—Bueno, puedes empezar por una pequeña —dijo míster Romilly—, y mientras yo te puedo ir dando instrucciones. Vamos a ver, sí, ya sé, empieza por esa de *mollies*^[8] que hay ahí. Hay que limpiarla. Lo primero que tienes que hacer es trasladarlos al acuario de reserva, después la vacías y le das un buen fregado y luego empezamos desde el principio, ¿de acuerdo?

Así que, con ayuda de una redecilla, trasladé a los negros *mollies* oscuros y brillantes, como aceitunas negras, de su pecera al acuario de reserva. Después vacié la pecera, la fregué y llamé a míster Romilly.

—Ahora —dijo— pon un poco de arena en el fondo y..., un par de piedras, y luego quizás un poco de vallisneria^[9], allí, en aquella esquina, ¿no te parece?

—¿Me deja intentarlo a mí solo? —pregunté—. No sé, creo que así puedo aprender mejor, haciéndolo solo. Y luego, cuando acabe, usted critica mi trabajo y me dice lo que está mal.

—Muy buena idea —dijo míster Romilly.

Y se fue a hacer el recuento de su insignificante caja, dejándome tranquilo.

Era una pecera muy pequeña; pero me empleé a fondo. Apilé la dorada arena en grandes dunas. Construí pequeños acantilados. Planté bosques enteros de vallisneria a través de los cuales los *mollies* podrían deslizarse en tropel. Después, con mucho cuidado, la llené de agua y cuando estuvo a la temperatura adecuada volví a meter los *mollies* y llamé a míster Romilly para enseñarle mi trabajo.

—¡Alabado sea Dios! —dijo mirándolo—. ¡Alabado sea Dios!

Me miró a los ojos y presentí que estaba casi desilusionado de que lo hubiera hecho tan bien. Me di cuenta de que pisaba un terreno peligroso.

—¿Le gusta? —pregunté.

—¡Es..., es increíble! ¡Increíble! No entiendo cómo te las has arreglado.

—Observándole a usted, míster Romilly —dije—. Si no hubiera sido porque usted me ha enseñado, jamás habría sido capaz de hacerlo.

—Muy bien, muy bien —dijo míster Romilly, sonrojándose—. Pero veo que has añadido uno o dos toques de tu propia cosecha.

—Bueno, son ideas que se me ocurrieron mirándole a usted —dije.

Al día siguiente me preguntó que si quería decorar otra pecera y supe entonces que había ganado la batalla sin herir sus sentimientos.

El acuario que yo realmente deseaba decorar con todas mis fuerzas era el grande que teníamos en el escaparate. Tenía unos cuatro pies y medio de largo y unos dos pies y seis pulgadas de ancho, y había en él una variada colección de peces de colores. Pero yo sabía que en aquel momento no debía sobrepasar los límites de mi competencia. Así que primero preparé unas cuantas peceras pequeñas, y cuando míster Romilly estaba ya hecho a la idea de que aquello quedara a mi cargo, abordé el tema de la pecera grande del escaparate.

—¿Podría meterle mano a ésta, míster Romilly? —pregunté.

—¿Cuál? ¿La pecera del escaparate? —dijo.



—Sí. Necesita una limpieza —dije—. Y he pensado que tal vez puedo intentar decorarla de nuevo.

—No sé, no sé —dijo dudoso míster Romilly—. Es una pieza importante, ya sabes. Es la pieza central del escaparate. La que atrae a los clientes.

Tenía razón, pero los clientes se sentían atraídos por las ondulantes filas de peces multicolores, y no, desde luego, por los intentos decorativos de míster Romilly que más bien la convertían en un maldito brezal.

—Bueno, ¿me deja simplemente intentarlo? —dije—. Si no me sale bien, lo haré otra vez. Me pasaré medio día haciéndolo, si hace falta.

—No creo que sea necesario —dijo míster Romilly asombrado—. No vas a pasarte todo el día encerrado en la tienda. Un chico joven como tú..., querrá salir por

ahí... Bueno, de acuerdo, inténtalo y a ver qué pasa.

Me llevó la mayor parte del día porque, de vez en cuando, tenía que atender a algunos clientes que venían a comprar lombrices o dafnia, o una rana de árbol para su jardín. Trabajé en aquella pecera gigante con toda la dedicación de un Capability Brown^[10] marino. Construí ondulantes dunas de arena y grandes y enhiestos acantilados de un precioso granito. Y después, en los valles formados por las montañas de granito, planté bosques de vallisneria y otros más delicados de delgados helechos. Y sobre la superficie del agua puse flotando esas diminutas flores blancas que parecen como lilas de agua en miniatura. Con ayuda de rocas y arena camuflé la calefacción, el termostato y el ventilador, que no eran muy agradables a la vista. Cuando por fin acabé con todo y hube colocado allí de nuevo los brillantes peces escarlata de cola de espada, los motiles negro brillante, el plateado pez hacha y los peces fosforescentes como luces de Piccadilly, y me eché hacia atrás para contemplar mi trabajo, me quedé profundamente impresionado por mi propio genio. Míster Romilly, para satisfacción mía, se quedó extasiado ante el resultado final.

—¡Exquisito! ¡Exquisito! —exclamó—. Es sencillamente exquisito.

—Bueno, ya sabe usted lo que se dice, míster Romilly —dije yo—, que un buen alumno necesita un buen maestro.

—Cuánto me halagas, hijo mío —dijo, señalándome con el dedo en actitud bromista—. En este caso el alumno ha superado al maestro.

—No diga eso —dije—. Lo que sí es cierto es que creo que estoy volviéndome casi tan bueno como usted.

Después de aquello, se me permitió decorar todas las peceras y todas las jaulas. Y yo secretamente pienso que míster Romilly se sintió bastante aliviado de no tener que volcar su carencia de sentido artístico en tan fastidiosa tarea.

Después de haber explorado un poco el barrio, solía ir a comer a un pequeño café no muy lejos de la tienda. Había encontrado allí a una camarera muy amable que, a cambio de flirtear un poco conmigo, me ponía más ración de la reglamentaria en mi plato de salchichas con puré, y me advertía de los peligros mortales del estofado irlandés del día. Una de las veces que me dirigía allí para comer, descubrí un atajo para llegar al café. Era una callejuela estrecha que corría por entre las manzanas de tiendas, las altas casas y los bloques. Tenía el suelo empedrado y en cuanto entré en ella, me sentí transportado al Londres de Dickens. Parte de la calleja tenía una hilera de árboles y un poco más lejos había unas cuantas tiendecitas. Fue entonces cuando descubrí que no éramos la única tienda de animales de la vecindad, porque acerté a pasar por delante del domicilio de Henry Bellow.

El sucio escaparate de su tienda medía unos seis pies cuadrados por dos de profundidad, y tenía el suelo cubierto de una capa de varias pulgadas formada por cáscaras de semillas y excrementos de pájaros; pero las jaulas en sí estaban inmaculadamente limpias y todas tenían una hoja verde brillante de lechuga o hierba cana y un letrero que llevaba escrita en llamativas letras de molde la palabra

VENDIDO. La puerta de cristal de la tienda estaba cubierta por una cortina de encaje amarilla por el tiempo, y entre ésta y la puerta colgaba un letrero de cartulina que decía en letras góticas: «Entre, por favor». La otra cara de dicho letrero, según llegué a saber, decía de modo igualmente educado: «Lo sentimos, hemos cerrado». A lo largo de los días que recorrí apresurado este callejón de pavimento desigual en busca de mis salchichas con puré, no vi jamás que ningún cliente entrase o saliese de la tienda. La tienda, en efecto, parecía sin vida, salvo por los ocasionales y aletargados saltos que los pájaros daban de un columpio a otro. A medida que pasaban los días, me preguntaba yo por qué no serían reclamados los pájaros del escaparate por las personas que los habían comprado. Era evidente que los muchos propietarios de unos treinta pájaros surtidos no podían haber decidido todos al mismo que ya no los querían. Y, aún en el supuesto de este hecho improbable, ¿por qué no habían quitado el letrero de VENDIDO? Era éste un misterio que no me daba mucho tiempo a investigar en el corto lapso de tiempo de que disponía para comer. Pero un día llegó mi oportunidad cuando míster Romilly, que había estado bailoteando por toda la tienda mientras cantaba *I'm a busy little bee*^[11], bajó de repente al sótano y lanzó un grito de horror en tono de falsete. Me acerqué al borde de la escalera para ver qué cosa había hecho mal o había dejado de hacer.

—¿Qué pasa, míster Romilly? —pregunté cauteloso.

Míster Romilly apareció al pie de las escaleras con el ceño fruncido, loco de inquietud.

—¡Estúpido de mí! —se lamentaba—. ¡Estúpido de mí! ¡Ay, qué estúpido soy!

Coligiendo de esto que yo no era el culpable, me armé de valor.

—¿Pero qué ha pasado? —pregunté solícito.

—¡Las lombrices y los dafnia! —dijo con trágico acento míster Romilly, quitándose las gafas y poniéndose a limpiarlas enfebrecido.

—¿Nos hemos quedado sin ellos?

—Sí —dijo míster Romilly con voz sepulcral—. ¡Qué estúpido he sido! ¡Qué negligencia la mía! ¡Qué fallo, qué gran fallo por mi parte! Merezco que me despidan. Soy el más estúpido de los mortales.

—¿Y no podemos sacarlos de otro sitio? —pregunté, interrumpiendo así la autoflagelación verbal de míster Romilly.

—Pero la granja siempre nos los manda —exclamó míster Romilly, como si yo fuese un extraño que necesitase tal explicación—. La granja siempre manda el pedido cuando yo se lo encargo, todos los fines de semana. Y yo, tonto de remate que soy, no he encargado nada.

—¿Pero no podemos conseguirlos en algún otro sitio? —pregunté.

—Y los *guppies*^[12], y los cola de espada, y los *mollies* negros ¡parecen echar tanto de menos sus lombrices! —dijo míster Romilly, cayendo en una especie de histérica autocompasión—. Les gustan tanto. ¿Y cómo voy a soportar esas caritas de pena pegadas al cristal? ¿Cómo voy a comer yo tranquilo mientras esos pobres

pececitos...?

—Míster Romilly —le interrumpí con firmeza—. ¿Se pueden conseguir lombrices en otro sitio que no sea la granja?

—¿Qué? —dijo míster Romilly mirándome atónito—. ¿En otro sitio que no sea la granja? Pero si la granja siempre las manda... Ah, espera... Ya te entiendo... Sí...

Subió trabajosamente las escaleras de madera, arrugando el ceño, y emergió como si fuera el único superviviente del derrumbamiento de una mina. Miró en derredor con ojos trágicos y vacíos.

—¿Pero dónde? —dijo al fin desesperado—. ¿Dónde?

—Bueno —dije tomando el asunto en mis manos—. ¿Qué le parece Bellow?

—¿Bellow? ¿Bellow? —dijo—. Un hombre poco ducho en los negocios. Se ocupa de pájaros. No creo que tenga lo que buscamos.

—¿Pero no le parece que vale la pena intentarlo? —dije—. Deje que vaya a mirar. Míster Romilly se quedó pensando.

—De acuerdo —dijo por fin, desviando la vista de las apretadas filas de peces que miraban con ojos acusadores—, toma diez chelines de la caja y no tardes mucho.

Me dio la llave y se sentó mirándose con melancolía los abrigadísimos zapatos. Abrí la caja de estaño, saqué un billete de diez chelines, rellené un recibo: «IOU 10/Lombrices», lo metí en la caja, la cerré y puse la llave en la flácida mano de míster Romilly. Un momento después, iba ya por el ancho pavimento, abriéndome camino a través de la multitud de vendedores de ojos vacíos, hacia la tienda de Bellow, mientras que los gigantescos autobuses rojos pasaban atronando con su correspondiente flotilla de taxis y de coches. Llegué a la callejuela, me metí por ella y de inmediato reinó la paz. El tronar de los autobuses, el ruido de las pisadas, los bocinazos y chirridos de los coches se amortiguaron y se volvieron casi hermosos, como un distante batir de olas. A un lado de la calleja había un muro ennegrecido por el hollín; al otro, los raíles de hierro que protegían la preciosa franja de suelo que conducía a la iglesia local. En esta franja había sido plantada —por alguien de valía— una hilera de plátanos que se inclinaban sobre los raíles cubriendo la calleja con su verde techumbre. Sobre su tronco jaspeado, serpenteantes orugas trazaban prodigiosos y complicados paseos, encorvándose encarnizadamente hacia una meta de cuya existencia ellas mismas parecían dudar. Donde acababan los plátanos empezaban las tiendas. No habría más de seis, todas ellas de dimensiones liliputienses y todas ellas desesperadamente empeñadas en destacar.

Estaba Clemystra, Modas para Damas, con una extraordinaria piel en el escaparate como «La piéce de résistance^[13]»; una piel cuyos ojos de cristal y cola en la boca le habrían roto el corazón a cualquier antivivisector que acertase a pasar por allí. También estaba el Pixie's Parlour, comidas ligeras, té y snacks, y puerta con puerta, como postre, tabacos A. Wallet, cuyo escaparate estaba repleto de anuncios de cigarrillos y pipas, entre los que destacaba uno estilo Holman Hunt que anunciaba a Will's Wild Woodbines. Pasé de prisa por delante de todas ellas. Luego dejé atrás la

agencia de William Drover con su colección de fascinantes fotografías en sepia representando atractivas mansiones, luego la misteriosa puerta de Messrs M.& R. Drumlin, fontaneros, que exhibía de modo bastante sobrio y algo sorprendente un retrete de un fuerte color rosa, y llegué por fin a la última de aquella fila de tiendas, donde un letrero desvaído sobre la puerta rezaba de un modo conciso e inequívoco: Henry Bellow, Avicultor. Al fin, pensé, iba a tener la oportunidad de entrar en la tienda y resolver, por lo menos, el misterio de los carteles de VENDIDO. Pero mientras me acercaba a la tienda ocurrió algo sin precedentes. Una mujer alta y angulosa, vestida de tweed y que llevaba un ridículo sombrero tirolés con una pluma, vino calle abajo a grandes zancadas, y dirigiéndose decididamente a la tienda, logró agarrar el picaporte de la puerta unos segundos antes que yo y entró al tiempo que una campanilla tintineaba melodiosamente. Me quedé atónito. Era la primera vez que veía entrar a un cliente en una de las tiendas de la calleja. Ansioso por saber qué ocurriría una vez dentro, fui tras ella y alcancé la puerta justo en el momento en que emitía su último tintineo.

En el interior de aquel local, casi sin luz, la mujer del sombrero tirolés y yo estábamos atrapados como polillas en una sombría telaraña. Parecía lógico que el melodioso repicar de la puerta hubiese atraído a algún dependiente, sin embargo reinaba el silencio, interrumpido tan sólo por el débil piar de los pájaros del escaparate y por la repentina sacudida de plumas de una cacatúa que había en un rincón, y que sonó como cuando se sacude ropa mojada sin planchar. Después de colocarse las plumas a su gusto, ladeó la cabeza y dijo muy suavemente: «Hola, hola, hola», con un absoluto desinterés.



Esperamos allí un rato que nos pareció larguísimo; pero que probablemente serían sólo unos segundos. Los ojos se me iban acostumbrando a la penumbra, y pude distinguir un pequeño mostrador, detrás del cual había unos estantes con semillas de pájaros, jibias y otros aparejos típicos de un avicultor, y frente al que se apilaban varias bolsas grandes de cáñamo, colza y semillas de mijo. Encaramado en uno de estos sacos, había un ratón blanco comiendo semillas con la misma velocidad frenética con que una persona nerviosa mordisquearía palitos de queso en un cóctel. Estaba empezando a pensar en volver a abrir la boca para hacer sonar la campanilla, cuando de repente un viejo y enorme perro perdiguero avanzó solemnemente por la puerta trasera de la tienda y vino hacia nosotros, moviendo el rabo. Detrás de él venía un hombre que supuse sería Henry Bellow. Era alto y robusto, con un gran penacho de rizado pelo gris, y un enorme bigote erizado que recordaba una mata de tojo sin podar, donde hubieran podido anidar a sus anchas un buen número de pájaros. Bajo las pobladas cejas, sus azules ojillos miraban de frente brillando como litorinos a través de las gafas de oro. Se movía con una especie de pesada lentitud, como una

foca perezosa. Se acercó a nosotros y nos hizo una pequeña reverencia.

—Señora —dijo, y se oyeron en su voz los ricos acentos de Somerset—, señora, estoy a su entera disposición.

El sombrero tirolés se alarmó un poco al verse tratado de esta guisa.

—Oh..., buenos días —dijo ella.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó míster Bellow.

—Bueno, pues he venido a pedirle consejo —dijo ella—. Se trata de mi sobrinito. Pronto va a cumplir catorce años y quiero comprarle un pájaro... Le encantan los pájaros, ¿sabe usted?

—Un pájaro —dijo míster Bellow—, un pájaro. ¿Y qué clase de pájaro, qué especie en particular desearía usted, señora?

—Bueno, pues..., no sé —dijo la señora del sombrero tirolés—. ¿Qué le parece un canario?

—Yo no tocaría a un canario en esta época del año —dijo míster Bellow, moviendo la cabeza con tristeza—. Ni yo mismo me atrevería a tocarlo. Sería deshonesto con usted, señora, si le vendiese un canario.

—¿Y qué pasa en esta época del año? —preguntó la señora, evidentemente impresionada.

—Que es muy mala para los canarios —dijo míster Bellow—. Desarreglos bronquiales, ¿sabe usted?

—¡Ah, ya! —dijo la señora—. Bueno, ¿y un periquito?

—Tampoco se lo aconsejo, señora. Hay mucha psitacosis por ahí —dijo míster Bellow.

—¿Mucha qué? —preguntó la señora.

—Psitacosis, señora. Sabe usted, es la enfermedad de los loros. La mayoría de los periquitos la cogen en esta época del año. Y resulta fatal para los seres humanos. El otro día vino un inspector de Sanidad a revisar mis periquitos y dijo que tarde o temprano la cogerían, así que no puedo venderle ninguno.

—Bueno, ¿y qué pájaro me recomienda entonces? —dijo la mujer, algo desesperanzada.

—Pues sinceramente, es una época del año fatal para vender pájaros —dijo míster Bellow— Están mudando la pluma, ¿comprende?

—¿Así que no me aconseja que compre un pájaro? —dijo ella—. ¿Y qué le parece otra cosa, un ratoncito blanco, por ejemplo?

—Pues, lo siento en el alma, señora, pero tendrá que ir a otro sitio. Yo no los vendo —dijo míster Bellow.

—Ya —dijo ella—, bueno, siempre puedo ir a Harrod's.

—Un gran emporio, señora —dijo míster Bellow—, un gran emporio, en verdad. Estoy seguro de que podrán satisfacer sus deseos.

—Bueno, pues muchas gracias —dijo ella—. Ha sido usted muy amable.

Y abandonó la tienda.

Cuando la puerta se hubo cerrado, míster Bellow se volvió hacia mí y me miró.

—Buenas tardes —dije yo.

—Buenas tardes, señor —dijo—. ¿En qué puedo tener el placer de servirle?

—Bueno, pues yo venía a ver si tenía usted lombrices —dijo—. Trabajo en el Acuario y nos hemos quedado sin ellas.

—¿En el Acuario, eh? ¿Con ese tipo Romilly?

—Exactamente —dije.

—Vaya vaya —dijo míster Bellow—. ¿Y qué le hace pensar que yo tengo lombrices? Mi negocio es de pájaros.

—Eso es lo que me ha dicho míster Romilly, pero pensé que a lo mejor tenía usted algunas por casualidad, así que decidí venir a ver.

—Pues estabas en lo cierto —dijo míster Bellow—. Ven conmigo.

Me llevó por la puerta trasera hasta un pequeño y desordenado cuarto de estar que era, sin embargo, muy acogedor. Resultaba evidente, al ver las fundas de la butaca y el sofá, que el perro disfrutaba de ellos tanto como míster Bellow. Me condujo hasta un pequeño patio enlosado adonde se asomaban los plátanos del atrio de la iglesia, y en el que había un pequeño estanque con un caño goteando, y un Cupido de escayola en medio sobre un montón de piedras. El estanque estaba lleno de peces de colores y había en un extremo un bote abarrotado de lombrices. Míster Bellow cogió otro bote vacío y metió allí unas cuantas, después me lo dio.

—Es muy amable por su parte —dije—. ¿Qué le debo?

—Nada, por Dios —dijo míster Bellow—. No me debes nada, tómallo como un regalo.

—Bueno... ¡pero son muy caras! —dije desconcertado.

—Tómalo como un regalo, chico, tómallo como un regalo —dijo.

Y me condujo de nuevo a la tienda.

—Dígame, míster Bellow, ¿por qué los pájaros del escaparate tienen el letrero de VENDIDO? —pregunté.

Sus agudos ojos azules se clavaron en mí.

—Porque *están* vendidos —contestó.

—Pero llevan años vendidos. Desde que paso por esta calleja. Y hará dos meses por lo menos.

—¿Nadie viene a reclamarlos?

—No, yo se los guardo, bueno..., hasta que puedan llevárselos. Algunos están construyendo sus pajareras, sus jaulas y cosas así —dijo míster Bellow.

—¿Los vendió usted en la buena época del año? —pregunté.

Una leve sonrisa cruzó por la cara de míster Bellow.

—Sí, eso es —dijo.

—¿Tiene usted más pájaros? —pregunté.

—Sí, arriba —dijo—. Arriba.

—Si vengo otro día con más tiempo, ¿podría verlos?

Míster Bellow me miró pensativo y se tocó la barbilla.

—Creo que podría arreglarlo —dijo—. ¿Cuándo te gustaría venir?

—Bueno, el sábado tengo la tarde libre —dije—. ¿Puedo venir, entonces, el sábado por la tarde?

—Suelo cerrar los sábados —dijo míster Bellow—, pero si llamas al timbre tres veces, te abriré.

—Muchísimas gracias —dije—. Y gracias por las lombrices. Míster Romilly le estará muy agradecido.

—No hay de qué —dijo míster Bellow—. Que tenga un buen día.

Con lo cual salí de allí y volví por la calleja hasta la tienda.

Durante los dos días que siguieron pensé intensamente en el caso de míster Bellow. No me había creído ni por un momento que los pájaros del escaparate estuvieran vendidos; pero no acababa de entender la razón de aquellos letreros. También me sorprendía su rechazo evidente a venderle un pájaro a la señora del sombrero tirolés. Y tomé la determinación de que el sábado haría todo lo posible por arrancar esos secretos de boca del propio míster Bellow.

Cuando llegó el sábado hice mi recorrido por la calleja y llegué a la tienda de Bellow a las dos en punto. El letrero de la puerta decía: «Lo sentimos, hemos cerrado». Sin embargo, llamé al timbre tres veces y esperé ansioso. Poco después, míster Bellow me abrió la puerta.

—¡Ah! —dijo—, muy buenas tardes.

—Buenas tardes, míster Bellow —dije yo.

—Pasa, por favor —dijo hospitalario.

Pasé y él cerró la puerta con cuidado tras de mí.

—¿Querías ver algunos pájaros, no?

—Sí, me encantaría —dije.

Me llevó, cruzando el saloncito, hasta una escalera pequeña y desvencijada. Cuando subimos pude ver que el piso de arriba consistía, al menos en lo que abarcaba mi vista, en un diminuto cuarto de baño, un dormitorio y otra habitación en la que míster Bellow me introdujo al instante. Estaba abarrotada, del suelo al techo, de jaulas llenas de pájaros de todas las formas, colores, tamaños y especies imaginables. Había grupos de pequeños y vivaces comedores de semillas de África y Asia. Había incluso uno o dos vistosos pajarillos australianos. Y también loros, verdes como hojas, y Cardenales Rojos, tan carmesíes como el traje de un rey. Yo estaba fascinado. Míster Bellow demostró ser mucho más experto en su trabajo que míster Romilly, porque sabía el nombre común de todos y cada uno de los pájaros, así como el científico, de donde venían, cuáles eran sus alimentos favoritos y cuántos huevos ponían. Era una auténtica mina de información.

—¿Están a la venta estos pájaros? —pregunté clavando los ojos con avidez en un Cardenal Rojo.

—Por supuesto —dijo míster Bellow, y añadió—: pero sólo en la época adecuada

del año.

—¿Pero qué es eso de la época adecuada? —pregunté sorprendido—. Si usted vende pájaros, lo más normal sería que los vendiese durante todo el año.

—Bueno, eso es lo que hacen algunos —dijo míster Bellow—; pero yo tengo como norma no venderlos jamás fuera de temporada.

Le miré y vi que le brillaban los ojos.

—¿Y cuál es la época adecuada? —pregunté.

—En lo que a mí respecta, no hay nunca una época adecuada —dijo míster Bellow.

—¿Quiere decir entonces que no los vende nunca? —pregunté.

—Muy pocas veces —dijo míster Bellow—, sólo alguna vez, a algún amigo quizá.

—¿Por eso no le dejó a la mujer del otro día que se llevase ninguno?

—Sí —contestó.

—¿Y esos pájaros del escaparate con el cartel de VENDIDO, no están vendidos, verdad?

Míster Bellow me miró a los ojos, como si quisiera adivinar si yo era capaz de guardar un secreto.

—Aquí, entre nosotros, no, no están vendidos —admitió.

—Bueno, y entonces ¿qué ganancias tiene usted? —pregunté.

—¡Ah! —dijo míster Bellow—. Esa es la cuestión, que no tengo ninguna.

Me debí quedar visiblemente trastornado ante estas noticias porque míster Bellow hizo un ruido gutural y dijo:

—Vamos abajo a tomar un poco de té, ¿quieres?, y te lo explicaré todo. Pero tienes que prometerme que no saldrá de ti. ¿Me lo prometes?

Me señaló con un grueso dedo.

—¡Se lo prometo, claro! —dije—. ¡Se lo prometo!

—Muy bien —dijo—. ¿Te gustan los bollos?

—Sí, sí me gustan —dije un poco turbado por el brusco cambio de tema.

—A mí también —dijo míster Bellow—. Los bollos calientes con mantequilla y un té. Ven, vamos abajo.

Así que fuimos al saloncito donde el perdiguero de míster Bellow, que se llamaba Aldrich según pude saber, estaba echado encima del sofá cuan largo era, hundido en un sublime confort. Míster Bellow encendió una pequeña parrilla de gas, tostó los bollos, los untó rápidamente de mantequilla, formó con ellos una rebotante e inestable pila y los colocó en una mesita que había entre los dos. La tetera estaba hirviendo ya, así que preparó el té y sacó unas delicadas y finísimas tazas de china para que lo tomásemos en ellas.

—¿Quieres leche? —preguntó.

—Sí, por favor —dije.

—¿Y azúcar?

—No, gracias —dije.

Después de beber un sorbo de té, me alargó un bollo, cogió otro para él y le hincó los dientes con un suspiro de satisfacción.

—¿Qué..., qué es lo que iba a contarme acerca de su falta de ganancia? —pregunté.

—Bueno —dijo, secándose cuidadosamente con el pañuelo las manos, la boca y el bigote—, es una larga y complicada historia. Todo este callejón, que se llama Potts Lane, perteneció a un excéntrico millonario llamado Potts. Era lo que hoy supongo que llamarían un socialista. Cuando construyó estas tiendas, fijó unas reglas especiales para gobernarlas. La gente que las alquilase podría tenerlas indefinidamente y cada cuatro años se revisaría la renta. Si les estaba yendo bien, la renta subiría en proporción a ello; y si no les iba tan bien, la renta se ajustaría igualmente a sus condiciones. Yo me trasladé a esta tienda en 1921. Desde aquel año vengo pagando cinco chelines a la semana.

Miré incrédulo a míster Bellow.

—¿Cinco chelines a la semana? —dije—. Pero eso es ridículo para una tienda como ésta. Kensington High Street está a un paso de aquí.

—Así es —dijo míster Bellow—. Ahí está la cosa. Pago cinco chelines a la semana, es decir una libra al mes.

—¿Pero por qué es tan increíblemente baja la renta? —pregunté.



—Porque no saco beneficio alguno —dijo—. Tan pronto como descubrí este lugar y esta forma de alquiler, me di cuenta de que sería un magnífico pretexto. Tenía algo de dinero para invertir, no mucho pero lo suficiente para empezar. Y lo que yo buscaba en realidad era un sitio para vivir y guardar mis pájaros. Así que aquello me brindó la oportunidad ideal. Fui a ver a los otros inquilinos de Potts Lane, les

expliqué la cláusula y pude darme cuenta de que la mayoría de ellos estaban en mi misma situación; tenían poco dinero para vivir y lo que realmente andaban buscando era un alojamiento barato. De manera que formamos la Asociación de Potts Lane, nos reunimos y buscamos un buen contable. Y cuando digo *bueno* no me refiero a uno de esos tipos insípidos que siempre se ponen de parte de la ley, éstos no son buenos para nadie, ni hombre ni animal. No, éste es un joven astuto y brillante. Nos reunimos con él una vez cada seis meses más o menos y nos dice cómo justificar un déficit. Así lo hacemos, y cuando vienen a revisar nuestras rentas, o las dejan como estaban o nos las bajan ligeramente.

—¿Pero los propietarios no pueden alterar las rentas? —pregunté.

—No —dijo míster Bellow—, ésa es la maravilla. Descubrí que, según los términos de míster Potts, sus condiciones habrían de permanecer inmutables.

—¡Pero se pondrían furiosos cuando descubrieran que sólo pagaba una libra al mes!

—Así fue en efecto —dijo míster Bellow—. Hicieron todo lo posible por deshauciarme, pero fue inútil. Tengo un buen abogado. Tampoco es de esos insípidos que piensan más en la ley que en su cliente. En seguida les paró los pies. Se encontraron con un frente igualmente unido por parte de las otras tiendas, así que no pudieron hacer nada.

No quise replicar para no herir los sentimientos de míster Bellow, pero estaba seguro de que aquella historia era un puro montaje. Una vez tuve un tutor que vivía en una especie de esquizofrenia y que solía contarme largas y complicadas historias sobre aventuras que jamás le habían sucedido pero que habría deseado vivir. Así que estaba familiarizado con esa clase de tergiversación.

—Lo encuentro fascinante —dije—. Creo que fue usted muy astuto al descubrir el asunto.

—Hay que leer siempre la letra pequeña —dijo míster Bellow, señalándome con el dedo—. Discúlpame, pero tengo que ir a buscar a Mabel.

Salió a la tienda y reapareció con la cacatúa posada en la muñeca. Se sentó y, cogiendo el pájaro entre sus manos, lo puso de espaldas. Se quedó quieto, como si fuera de marfil, diciendo «hola, hola, hola» con los ojos cerrados. Él le acarició las plumas dulcemente y luego se lo puso en el regazo y le hacía cosquillas en las plumas del vientre.

—Se siente sola si la dejo mucho tiempo en la tienda —me explicó—. Coge otro bollo, guapo.

Nos quedamos allí sentados comiendo bollos y charlando. Míster Bellow era un compañero fascinante. Había viajado por todo el mundo cuando era joven y conocía perfectamente lugares que yo ansiaba visitar. A partir de aquel día solía ir a tomar el té con él cada quince días y siempre fueron tardes maravillosas para mí.

Todavía desconfiaba de su historia de Potts Lane, así que decidí llevar a cabo un experimento. Durante unos cuantos días me dediqué a visitar una por una todas las

tiendas de la calleja. A Clemystra, por ejemplo, fui a comprarle a mi madre un sombrero para su cumpleaños. Las dos viejas que llevaban el negocio me dijeron que lo sentían muchísimo, que lo sentían en el alma, pero que no podía haber elegido un momento peor. Acababan de quedarse sin sombreros. Entonces les pregunté si no tenían alguna otra cosa, una piel o cosa así. Pues no, precisamente —dijeron— todo lo que tenían en aquel momento estaba ya reservado. Estaban esperando un nuevo pedido. ¿Cuándo era el cumpleaños de mi madre? Les dije que el viernes. «Creemos que habrá llegado para entonces —me dijeron—, sí, seguro que habrá llegado. Vuelva otra vez».

Míster Wallet, el de los tabacos, me dijo que no tenía la marca de cigarrillos que yo pedía. Tampoco puros ni pipas. A regañadientes me vendió una caja de cerillas.

Fui luego a la fontanería. Les dije que iba de parte de mi madre porque se nos había roto la cisterna, a ver si la podían arreglar.

—Vamos a ver —dijo míster Drumlin—. ¿Es muy urgente?

—Sí, bastante —dije—. No tenemos agua en los retretes.

—Verá, aquí sólo tenemos un hombre —dijo—. Sólo uno y está trabajando ahora por ahí..., haciendo un trabajo de envergadura. Sabe Dios cuanto tardará... Por lo menos uno o dos días.

—¿No podía venir y hacer alguna hora extra? —pregunté.

—No, no creo que eso le guste —dijo míster Drumlin—. Pero hay un fontanero excelente en High Street. Vaya a buscarlo. Puede que tengan a alguien disponible. Porque yo me temo no poder garantizarle nada hasta dentro de dos o tres días como *muy pronto*, eso como *muy pronto*.

Me marché, después de darle las gracias, y fui a ver a William Drover, el agente. Era un hombrecillo sórdido con gafas y un pelo fino como borrilla. Le expliqué que mi tía estaba pensando mudarse a esta zona de Londres y que, como yo vivía por allí, me había pedido que me informara en alguna agencia de si había algún piso disponible.

—¿Pisos? —dijo míster Drover frunciendo los labios—. ¿Pisos?

Se quitó las gafas y las limpió. Luego se las volvió a poner y miró alrededor como si esperase ver algún piso escondido por allí.

—Es mala época para buscar pisos —dijo—. Una época malísima. Hay cantidad de gente que se traslada a este barrio ¿sabe usted? La mayoría te los quitan de las manos antes de que puedas darte cuenta.

—¿Entonces no tiene usted nada en sus libros? —pregunté—. ¿Nada que pueda enseñarle a mi tía?

—No —contestó—. Nada de nada. Lo siento, nada de nada. Nada en absoluto.

—¿Ni una casita pequeña? —pregunté.

—Ah, ésas están igual de mal. Igual de mal —dijo—. No creo tener en todos mis libros una sola casita que pueda servirle. Tengo una en Hampstead con diez dormitorios, ¿le sirve?

—No, creo que va a ser demasiado grande. De todas maneras ella quiere trasladarse a este barrio.

—Todos quieren. Todos. Estamos superpoblados. Vamos a acabar codo con codo —dijo.

—Eso vendrá bien para el negocio, ¿no? —pregunté.

—Bueno sí y no —dijo—. Al superpoblarse, baja el nivel del barrio, ¿entiende?

—De todas formas, gracias por su ayuda —dije.

—De nada, de nada. Siento no poder ayudarle más —dijo.

Fui, por último, a Pixie's Parlour. Tenían un menú extensísimo, pero lo único que podían ofrecerme era una taza de té. Desgraciadamente —y se mostraron muy condolidos por ello— el camión que les llevaba los víveres se había quedado parado en algún lugar de Londres y no tenían provisiones de ningún tipo.

Después de todo aquello, me creí la historia de míster Bellow sobre Potts Lane.

Fue por entonces cuando otro tipo bastante curioso apareció en mi vida. Llevaba ya un tiempo trabajando con míster Romilly, y se fiaba incondicionalmente de mí. Me mandaba periódicamente al Este de Londres para abastecernos de reptiles, anfibios y peces tropicales, que nos proporcionaban los mayoristas, mientras que —como ya he dicho— todos los animales de agua dulce nos los proporcionaba la granja, que era quien realmente llevaba la tienda. Me encantaban aquellas excursiones que me permitían ver enormes jaulas de lagartos, cestas llenas de tortugas y rezumantes acuarios, verdes de algas, llenos de tritones, ranas y salamandras; todos ellos metidos en lóbregas y cavernosas tiendas de perdidas callejuelas. Fue en una de estas incursiones cuando conocí al coronel Anstruther.

Míster Romilly me había mandado a la tienda de Van den Goth, un importante mayorista especializado en importar reptiles y anfibios de Norteamérica, y me había encargado ciento cincuenta crías de tortuga de agua dulce; de esas, tan encantadoras, que tienen la concha verde y dibujos rojos y amarillos en la piel. Tenían todas el tamaño de una media corona, y resultaban un negocio rápido al ser un regalo fácil y cómodo para un niño que viviera en un piso. Me fui, pues, a Van den Goth y traté con él en persona, un hombre de complexión robusta que parecía un orangután tallado en sebo. Me metió las tortugas en una caja de cartón llena de musgo, y después le pregunté si me dejaba echar un vistazo.

—Estás en tu casa —me dijo.

Se volvió a su silla para seguir leyendo un periódico holandés, se colocó un puro en la boca y me ignoró. Deambulé un rato por allí mirando sus hermosas serpientes, y me quedé sin aliento ante la visión de una jaula llena de iguanas verde brillante, que tenían aureola y papada como los dragones de los cuentos de hadas. De repente miré el reloj y vi con horror que llevaba por lo menos media hora de retraso. Así que, agarré la caja de tortugas, le dije adiós a toda prisa y me marché a coger el autobús.

De lo que no me había dado cuenta, un gran descuido por mi parte, era de que tanto las tortugas como el musgo estaban excesivamente húmedos. Durante mi paseo

por la tienda esa humedad había calado hasta el fondo de la caja de cartón, y de resultas de ello, como era de esperar, nada más subir al piso de arriba del autobús, y cuando estaba a punto de sentarme, ésta se desfondó por completo y dejó escapar una cascada de tortuguitas que rodaron por el suelo.

Fue una suerte para mí que no hubiese allí más que otro viajero, un hombre delgado y de porte militar, con bigote gris y monóculo, que llevaba un traje de *tweed* muy bien cortado y una chistera. Llevaba también un clavel en el ojal y un bastón de Malaca con puño de plata. Me puse a rebuscar enloquecido por el suelo para recoger las tortuguitas, pero éstas pueden alcanzar una extraordinaria velocidad cuando se lo proponen, y además me ganaban decididamente en número. De repente, una de ellas enfiló el pasillo central del autobús, y se paró a los pies del hombre con aspecto militar. Al sentirla arañar su lustroso zapato, miró hacia abajo. ¡Dios mío, pensé, ahora sí que la hemos hecho! Se ajustó el monóculo al ojo, y contempló a la tortugueta que estaba haciendo un laborioso esfuerzo para trepar por el talón de su zapato.

—¡Por Jorge! —dijo—. ¡Una tortuga pintada! ¡*Chrysemys picta*! ¡Hacía años que no veía una!

Miró a su alrededor para encontrar la fuente de la que había emanado este pequeño reptil, y me vio por los suelos, agachado y rojo, rodeado de tortuguitas que corrían enloquecidas en todas direcciones.

—¡Ajá! —dijo—. ¿Es suya esta señorita?

—Sí, señor —contesté—. Lo siento, pero se me ha roto la caja.

—¡Por Jorge!, está usted en un buen lío, ¿no? —gritó.

—Pues..., sí..., eso parece.

Recogió a la tortugueta que había logrado subírsele al zapato y vino hacia mí.

—Espere —dijo—, déjeme que le ayude. Yo les cortaré el camino a estas descaradas.

—Es usted muy amable —dije.

Se agachó en la misma posición que yo apoyándose en las manos y las rodillas, y reptamos juntos por el suelo del autobús, recogiendo tortuguitas.

—¡*Tally-ho*^[14]! —gritaba de vez en cuando—, hay una debajo de aquel asiento.

Una de las veces que se le acercó corriendo una tortugueta la apuntó con su bastón de malaca y dijo «¡Bang!, ¡bang! Atrás señor, o cargaré contra usted».

Por fin, al cabo de un cuarto de hora, logramos meter todas las tortuguitas en la caja, y le hice un tosco remiendo con mi pañuelo.

—Ha sido usted muy amable, señor —le dije—, se ha debido usted poner perdido.

—Ha valido la pena —dijo—. Ha valido la pena. Hacía mucho que no hacía un deporte como éste.

Se ajustó el monóculo y me miró a los ojos.

—Dime —dijo—. ¿Qué haces con una caja llena de tortuguitas?

—Pues..., trabajo en una tienda de animales y acabo de comprárselas a los mayoristas.

—Ah, ya entiendo —dijo—. ¿No te importa que me siente a tu lado y charlemos un rato?

—No, señor —dije—, en absoluto.

Se sentó con firmeza “en el asiento de enfrente, se colocó el bastón entre las rodillas,” apoyó en él la barbilla y me miró atentamente.

—Con que una tienda de animales, ¿eh? —dijo—, ¿te gustan los animales?

—Sí, mucho. Es casi la única cosa que me gusta.

—Ya —dijo—, ¿y qué más tienen en esa tienda?



Parecía verdaderamente interesado, así que le conté lo que teníamos en la tienda y le hablé de mister Romilly, y estaba pensando en hablarle de mister Bellow; pero había jurado guardar secreto, y decidí no hacerlo. Cuando llegué a mi parada, me puse de pie.

—Lo siento, señor —dije—, pero tengo que apearme aquí.

—Ah, claro —dijo—, y yo también. Sí, yo también.

Resultaba evidente que aquélla no era su parada y que lo que quería era seguir hablando conmigo. Nos bajamos del autobús. Mi educación liberal y un tanto excéntrica me había permitido llegar a reconocer sin ningún género de dudas los ardides y las artes de un pederasta. Sabía, por ejemplo, que incluso los caballeros de porte militar con monóculo podían tener tales inclinaciones, y el hecho de que se hubiese apeado en una parada que no era la suya presuponía un interés por mi persona que podía llegar a volverse desagradable. Me mostré cauteloso.

—¿Y dónde está tu tienda? —preguntó balanceando el bastón entre el índice y el pulgar.

—Allí mismo, señor —le dije.

—Muy bien, entonces te acompañaré.

Caminaba a grandes zancadas, mirando atentamente las tiendas al pasar.

—Dime, ¿qué haces en tus horas libres?

—Pues voy al zoo o al cine o a ver museos, cosas así.

—¿Vas al Museo de Ciencias —me preguntó— a ver las maquetas y esas cosas?

—Sí, me encantan —dije—, me encantan las maquetas.

—¿Ah, sí? —dijo, ajustándose el monóculo y mirándome a los ojos—. ¿Te gusta jugar?

—Bueno, creo que se le puede llamar así.

—Ah, ya —dijo.

Nos detuvimos frente a la puerta del Acuario.

—Bueno, señor, tendrá que disculparme —le dije—, llego con bastante retraso.

—Lo suponía —dijo—, lo suponía.

Sacó la cartera y me dio una tarjeta.

—Aquí tienes mi nombre y mi dirección. Si quieres pasarte una tarde, podemos jugar a algo,

—Es..., es muy amable por su parte, señor —dije, apoyando la espalda contra la pared.

—No tiene importancia —dijo—. Entonces, espero verte. No hace falta que te molestes en llamar por teléfono, preséntate sin más. Estoy siempre allí a partir de las seis.

Se alejó caminando a grandes zancadas con aire decididamente militar. No había en él gesto alguno de afectación o afeminamiento, pero yo era tan inocente como para ignorar que ésas no eran características imprescindibles de la homosexualidad.

—¿Dónde te has metido, sinvergüenza? —preguntó míster Romilly.

—Siento llegar tarde —dije—. Pero es que..., me ha ocurrido un pequeño percance en el autobús. Se me rompió el fondo de la caja y se cayeron todas las tortuguitas; un coronel muy amable me ayudó a recogerlas, pero nos llevó algo de tiempo. Lo siento mucho, míster Romilly.

—No te preocupes, no te preocupes —dijo—. Ha sido una tarde muy tranquila. Y ahora vamos a instalarlas en su acuario, que ya lo tengo preparado.

Colocamos allí las tortuguitas y miramos cómo nadaban, luego cogí la tarjeta del coronel, decía: Coronel Anstruther, 47 Bell Mews, Southkensington, y un número de teléfono. Me quedé un instante reflexionando.

—Míster Romilly —dije—. ¿Conoce usted a algún coronel Anstruther?

—¿Anstruther? ¿Anstruther? —dijo míster Romilly frunciendo el ceño—. Me parece que no... Pero espera, espera un momento. ¿Dónde vive?

—En Bell Mews.

—¡Es él! ¡Es él! —dijo míster Romilly encantado—. Sí, sí. Es él, seguro. Un gran soldado. Y también un gran hombre. ¿Es él quien te ayudó a recoger las tortuguitas?

—Sí —dijo.

—Es muy suyo eso. Siempre está dispuesto a echarle una mano a un amigo —dijo míster Romilly—. Ahora ya no se educa así a la gente, ¿sabes?, no se la educa así en absoluto.

—¿Así que..., es conocido y..., respetado?

—Por supuesto. Claro que sí. Todo el mundo le conoce en este barrio. Quieren mucho al viejo coronel.

Reflexioné mucho sobre esta información y pensé que entonces quizá pudiera aceptar la invitación del coronel. Pensé que después de todo, si las cosas se ponían muy mal, siempre podía gritar. Aunque me había dicho que no le telefonara, preferí ser educado y, al cabo de unos días, le llamé por teléfono.

—¿El coronel Anstruther? —pregunté.

—Sí, sí —dijo—. ¿Quién es? ¿Quién es?

—Soy..., bueno, me llamo Durrell —dije—. Nos conocimos la otra tarde en el autobús, Usted fue tan amable de ayudarme a recoger mis tortuguitas.

—¡Ah, sí! —dijo—. Sí. ¿Cómo están esas golfas?

—Muy bien —dije—. Están muy bien. Quería preguntarle si podía aceptar su amable invitación de ir a hacerle una visita.

—Por supuesto, querido. ¡Por supuesto! —dijo—. Estoy encantado, ¡realmente encantado! ¿A qué hora vendrás?

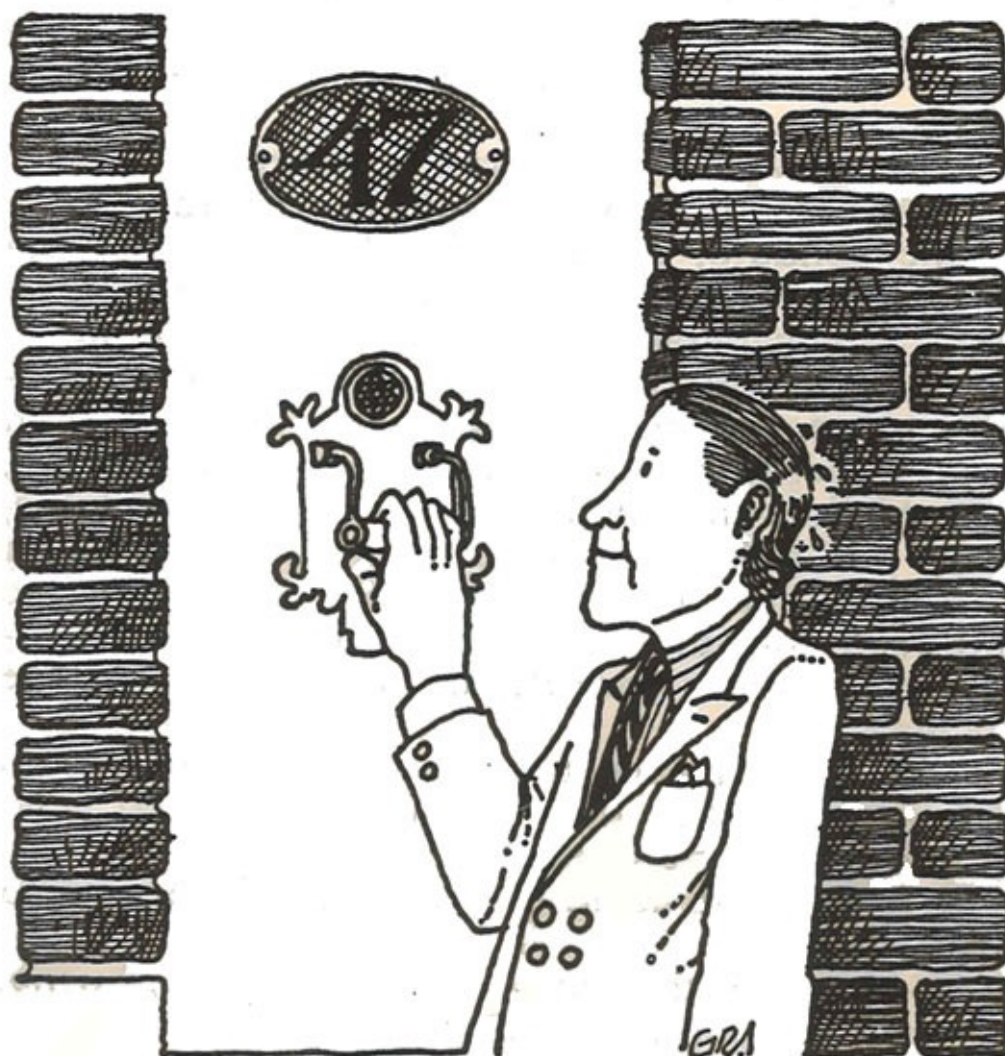
—Bueno, ¿a qué hora le viene bien a usted?

—Ven sobre las seis y media —dijo—. Te invito a cenar.

—Muchísimas gracias —dije—. Allí estaré.

Bell Mews era un callejón sin salida, empedrado y muy corto, con cuatro casitas a cada lado. Lo que me confundió al principio fue que no sabía que el coronel era dueño de las cuatro casas de uno de los lados, que había convertido en una sola y a cada una de las cuales, en un despliegue de su mentalidad militar, había puesto el número 47. Así, que, superada la sorpresa inicial, me decidí a llamar a la puerta más cercana de las cuatro y esperé a ver qué pasaba. Mientras esperaba, reflexioné sobre la estupidez de ponerle el número 47 a las cuatro casas de un callejón de cien pies de

largo, pero aún admitiéndolo, ¿dónde estaban los otros números? Estarían probablemente desperdigados por las diversas callejas y callejones similares de la vecindad. Pensé que la tarea de un cartero londinense debía ser bastante ingrata.



Entonces se abrió la puerta a la que había llamado y apareció el coronel. Para mi consternación, iba vestido con una chaqueta de smoking de terciopelo verde botella con solapas de seda irisada y blandía en la mano un cuchillo de cocina de enormes dimensiones. Empecé a preguntarme si había sido prudente ir allí, después de todo.

—¿Durrell? —dijo ajustándose el monóculo—. ¡Por Júpiter, qué puntual eres!

—Pues no crea, he tenido algunas dificultades —empecé a decir.

—Ah, ya —dijo—, te ha confundido lo del cuarenta y siete, ¿no? A todo el mundo le pasa igual. Me da cierta intimidad, ¿sabes? ¡Pasa! ¡Pasa!

Pasé al vestíbulo y cerró la puerta.

—Me alegro de verte —dijo—. Entra.

Me condujo, atravesando el vestíbulo, hacia el interior, blandiendo el cuchillo delante de sí como si encabezase un batallón de caballería. Al pasar, pude ver fugazmente un perchero de caoba y algunos grabados colgados en la pared y en seguida llegamos a un salón amplio y espacioso, amueblado con sencillez, pero muy

confortable, Heno por todas partes de pilas de libros y con reproducciones en color de diversos uniformes militares colgadas por las paredes. Lo atravesamos con rapidez para llegar, por fin, a la enorme cocina.

—Siento traerte tan precipitadamente —jadeó—, pero tengo un pudding en el horno y no quiero que se me quemé.

Se precipitó hacia el horno, lo abrió y miró hacia dentro.

—Ah, no, está bien —dijo—. Bueno..., bueno.

Se puso de pie y me miró.

—¿Te gusta el bistec con pudding de riñones?

—Sí —dije—, me gusta mucho.

—Muy bien —dijo—. Estará listo en seguida. Mientras tanto, vamos a sentarnos a tomar una copa.

Me llevó de nuevo al salón.

—Siéntate, siéntate —dijo—. ¿Qué quieres beber? ¿Jerez? ¿Whisky? ¿Ginebra?

—Pues..., ¿no tiene un poco de vino?

—¿Vino? —dijo—. Sí, claro.

Sacó una botella, la descorchó y me sirvió un vaso de vino tinto color rubí que tenía un gusto áspero y seco. Nos sentamos a charlar, de tortugas sobre todo, durante unos diez minutos. Luego el coronel le echó una ojeada al reloj.

—Ya tiene que estar —dijo—. Tiene que estar listo. No te importará comer en la cocina, ¿verdad? Ahorra mucho trabajo.

—No, en absoluto.

Fuimos a la cocina y el coronel puso la mesa; después hizo un poco de puré de patata, le colocó encima una gran pila de bistecs con pudding de riñones y me puso el plato delante.

—Sírvenme un poco más de vino —dijo.

El bistec y el pudding eran excelentes. Le pregunté si los había hecho él mismo.

—Sí —dijo—. Tuve que aprender a cocinar cuando murió mi esposa. En realidad es muy fácil si te aplicas a ello. Es maravilloso lo que se puede lograr con una pizca de hierba aquí y allá y cosas por el estilo. ¿Tú cocinas?

—Bueno, vagamente —dije—. Mi madre me ha enseñado algunas cosas, pero nunca me he puesto muy en serio. Me gusta, de todas formas.

—Y a mí —dijo—. Calma los nervios.

Cuando acabamos el pudding y el bistec, sacó un poco de helado de la nevera y nos lo tomamos.

—Ah —dijo el coronel, reclinándose en la silla y golpeándose el estómago—, me siento mejor, mucho mejor. Sólo hago una comida al día y me gusta que sea sólida. ¿Te apetece ahora una copita de Oporto? Tengo uno bastante bueno.

Nos servimos un par de copas de Oporto y el coronel se encendió un puro largo y fino, abierto por ambos lados.

Cuando hubimos terminado el Oporto y apagado él su purito, se ajustó el

monóculo y me miró:

—¿Qué te parece si subimos al piso de arriba para jugar a un juego? —preguntó.

—Mmm..., ¿qué clase de juego? —pregunté cauteloso, pensando que ése era el momento en que iba a intentar hacer avances.

—Un juego de poder —dijo el coronel—. Una batalla de ingenio. Maquetas. A ti te gustan esas cosas, ¿no?

—Pues..., sí —dije.

—Entonces, vamos —dijo—. Vamos allá.

Me llevó de nuevo al vestíbulo y luego subimos por una escalera y llegamos a una habitación pequeña con aspecto de taller; tenía un banco en uno de los lados con estantes llenos de botes de pintura, soldadores y muchas otras cosas misteriosas. Evidentemente, en sus ratos libres, al coronel le gustaba hacer trabajos manuales. Después abrió una puerta y una visión asombrosa apareció ante mis ojos. La habitación que se me mostró ocupaba todo el largo de la casa y mediría de setenta a ochenta metros. Estaba formada, de hecho, por todas las habitaciones superiores de las cuatro casas del coronel unidas en una sola. Pero no me asombró tanto el tamaño de la habitación como lo que contenía. Había dos enormes fuertes de cartón piedra, uno en cada extremo, que medirían unos tres o cuatro pies de altura por cuatro o cinco de ancho. Colocados en fila alrededor de los fuertes había cientos y cientos de soldaditos de estaño, brillando con sus uniformes resplandecientes, entre los que se veían tanques, carros de combate, armas antiaéreas y otras cosas similares. Ante mis ojos se desplegaba todo el esplendor de la guerra.

—¡Ajá! —dijo el coronel, frotándose las manos con regocijo—. ¡Te he sorprendido!

—¡Dios mío! ¡Desde luego que sí! —dije—. Creo que en mi vida he visto tantos soldados de juguete.

—Me ha llevado años el conseguirlo —dijo—. Años. Los saqué de una fábrica ¿sabes? Estaban sin pintar y yo mismo los pinté. Es mucho mejor así. Se logra un trabajo más limpio y más fino... Y también más realista.



Me agaché para coger uno de los soldaditos. Tenía razón el coronel. Por lo general suelen estar pintados toscamente y éstos lo estaban del modo más meticuloso. Hasta las caras parecían tener expresión.

—Y ahora —dijo el coronel—, ahora vamos a hacer un juego rápido, una especie de ensayo. Una vez que le cojas el tranquilo, lo podemos complicar, por supuesto. Voy a explicarte las reglas.

Las reglas, explicadas por el coronel, parecían muy sencillas. Cada uno tenía un ejército. Se tiraban los dados y el que sacase más puntos era el agresor y le tocaba empezar. Este volvía a tirar los dados y podía mover un batallón de tantos hombres como puntos hubiera sacado, en la dirección que quisiera, así como efectuar una descarga con sus armas de tierra o antiaéreas. Estas funcionaban por medio de un muelle y se cargaban con cerillas. Los muelles eran sorprendentemente fuertes y proyectaban las cerillas a una velocidad increíble. El lugar en que aterrizaba la cerilla se consideraba destruido en varias pulgadas a la redonda. Así que si se lograba acertar directamente contra una columna de tropas, se podía dañar salvajemente al enemigo. Cada jugador llevaba una pequeña cinta métrica en el bolsillo para medir la distancia alrededor de la cerilla.

A mí me encantó la idea, sobre todo porque me recordaba el juego que habíamos inventado cuando estábamos en Grecia. Mi hermano Leslie, cuyo interés por las armas y los barcos era insaciable, había reunido una flota entera de barcos de guerra, cruceros y submarinos de juguete. Solíamos alinearlos en el suelo y jugar a un juego muy parecido al del coronel, con la única diferencia de que usábamos canicas para acertarle directamente a los barcos. Lanzar una canica a través de un suelo desigual para conseguir darle a un destructor de una pulgada y media de largo exigía una gran puntería. Después de tirar los dados, resulté ser yo el agresor.

—¡Ajá! —dijo el coronel—. ¡Huno inmundo!

Me di cuenta de que se estaba metiendo en un humor guerrero.

—¿El objetivo es rodear y capturar su fuerte? —pregunté.

—Bueno, se puede hacer eso —dijo—. O también destruirlo, si puedes.

Pronto me di cuenta que la forma de jugar con el coronel era distraer su atención de un flanco para poder hacer una maniobra rápida cuando estaba distraído, así que mantuve una descarga constante contra sus tropas, con las cerillas silbando al cruzar la habitación y, mientras hacía esto, logré acercar a sus líneas un par de batallones.

—¡Cerdo! —rugía el coronel cada vez que le caía una cerilla y tenía que medir la distancia—. ¡Cerdo asqueroso! ¡Huno repugnante!

Se le ponía la cara roja y los ojos se le llenaban de lágrimas, así que tenía que quitarse continuamente el monóculo para limpiarlo.

—Eres asquerosamente certero —me gritó.

—Es culpa suya —le contesté—. Está usted manteniendo todas sus tropas agrupadas y son un blanco perfecto.

—Forma parte de mi estrategia, y tú no debes ponerla en cuestión. Soy *mayor* que tú y *superior* en rango.

—¿Cómo puede ser usted superior en rango si estoy al mando de un ejército?

—Ni una palabra más, pequeño mequetrefe —rugió.

El juego prosiguió durante unas dos horas, al cabo de las cuales yo había derribado con éxito la mayor parte de las tropas del coronel, y había metido una cuña al pie de su fuerte.

—¿Se rinde? —grité.

—¡Jamás! —gritó el coronel—. ¡Jamás! ¿Rendirme a un miserable huno? ¡Eso nunca!

—En ese caso voy a introducir mis zapadores —dije.

—¿Qué es lo que vas a hacer con tus zapadores?

—Derrumbar su fuerte —dije.

—No puedes hacer eso —dijo—. Está en contra de las leyes de la guerra.

—¡Qué tontería! —dije—. De todas formas a los germanos nunca les han preocupado las leyes de la guerra.

—¡Ese es un truco repugnante! —rugió, mientras yo disparaba con éxito contra su fuerte.

—¿Se rinde ahora?

—No. Lucharé contra ti pulgada a pulgada, ¡huno miserable! —gritó.

Y se arrastró por el suelo sobre las manos y las rodillas, moviendo sus tropas frenéticamente. Pero todos sus esfuerzos fueron en vano; lo tenía acorralado contra una esquina y le hice pedazos.

—¡Por Jorge! —dijo el coronel, frunciendo el ceño, cuando todo hubo terminado—. Nunca había visto a nadie jugar así. ¿Cómo has podido ser tan certero si no habías jugado nunca?

—Bueno, he jugado a algo parecido, sólo que con canicas —dije—. Pero creo que

cuando se le coge el truco ayuda bastante.

—¡Caramba! —dijo el coronel, contemplando la destrucción de su ejército—. A pesar de todo ha sido un buen juego y una buena lucha. ¿Quieres que empecemos otra vez?

Jugamos una y otra vez, y el coronel se excitaba más y más, hasta que miré el reloj y vi con horror que era la una de la madrugada. Estábamos a la mitad de un juego, así que dejamos las tropas como estaban para terminarlo a la noche siguiente. Después de aquello, solía pasar dos o tres tardes a la semana con el coronel, haciendo batallas en la habitación, lo que le proporcionaba un inmenso placer, casi tanto como a mí.

No mucho después, mi madre nos anunció que por fin había encontrado una casa y que ya podíamos marcharnos de Londres. Me quedé amargamente desilusionado. Aquello significaba que tendría que dejar mi trabajo y perder contacto con míster Bellow y el coronel Anstruther. A míster Romilly se le partió el corazón.

—Nunca encontraré a nadie que pueda reemplazarte —dijo—. Nunca.

—Oh, seguro que llegará alguien —dije.

—Sí, pero no tendrá tu habilidad para decorar jaulas y todo lo demás —dijo míster Romilly—. No sé que voy a hacer sin ti.

Cuando llegó al fin el día de mi marcha, me ofreció, con lágrimas en los ojos, una cartera de cuero que llevaba por dentro, estampada en oro, esta inscripción: «A Gerald Durrell de sus compañeros de trabajo». Me extrañó un poco, ya que los únicos que habíamos trabajado allí éramos él y yo; pero supongo que pensaría que así quedaba mejor. Le di las gracias y después me dirigí por última vez a Potts Lane a la tienda de míster Bellow.

—Me da pena que te vayas, chico —dijo—. Mucha pena. Tengo aquí..., una cosa para ti, un pequeño regalo de despedida.

Me puso en las manos una jaulita cuadrada, dentro de la cual estaba sentado el pájaro que yo más codiciaba de toda su colección, el Cardenal Rojo. Me quedé abrumado.

—¿Está seguro de que me lo quiere dar? —dije.

—Claro que sí, chico, claro que sí.

—¿Pero cree usted que es la época del año adecuada para hacer un regalo como éste?

Míster Bellow se echó a reír a carcajadas.

—Por supuesto que lo es —dijo—, por supuesto que lo es.

Aquella tarde, después de dejarle, me fui a jugar la última partida con el coronel. Cuando terminamos —le había dejado ganar—, me acompañó al piso de abajo.

—Te echaré de menos, ¿sabes, niño? Te echaré mucho de menos. Pero escríbeme, ¿lo harás?, no dejes de escribirme. Tengo aquí un pequeño..., un pequeño recuerdo para ti.

Me alargó una delgada pitillera de plata. Tenía escrito: «Con amor de Margery».

Me dejó un poco confundido.

—No te preocupes por la inscripción —dijo—. Puedes quitarla es el regalo de una mujer..., que conocí una vez. Pensé que te gustaría. Para que no me olvides.

—Es evidentemente amable por su parte, señor —dije.

—No tiene importancia —dijo, y se sonó la nariz, se limpió el monóculo y me alargó la mano—. Bueno, chico, que tengas suerte. Espero volver a verte algún día.

No volví a verle nunca. Murió poco después.

4. UNA CUESTION DE ASCENSO

Mamfe no es precisamente el lugar más saludable que se puede encontrar, ya que está encaramado en un promontorio sobre el meandro de un gran río marrón y rodeado de espesa selva tropical. Es tan caliente y tan húmedo como un baño turco la mayor parte del año, y tan sólo se aleja de esta monotonía durante la estación de lluvias, en la que se vuelve más húmedo y más cálido todavía.

Por aquella época tenía una población de cinco blancos, una blanca, y unos diez mil africanos vocingleros. Yo, en un momento de aberración mental, me había instalado allí con motivo de una expedición para recoger animales, y ocupaba un enorme entoldado, lleno de diversos animales salvajes, en las márgenes de aquel río marrón, resplandeciente de hipopótamos. Durante mi trabajo había llegado a conocer, por supuesto, a toda la población blanca. Los africanos me servían de cazadores, guías y porteadores, ya que al entrar en aquella selva te veías trasladado de nuevo a los tiempos de Stanley y Livingstone y todas tus pertenencias terrenales habían de ser acarreadas sobre las cabezas de una fila de fornidos porteadores.

Recoger animales salvajes es una actividad de dedicación exclusiva y no deja mucho tiempo libre para la vida social, por eso es bastante curioso que fuera precisamente entonces, en aquella situación tan poco propicia, cuando tuve ocasión de ayudar a lo que era entonces conocido como la Sede Colonial.

Estaba yo muy ajetreado una mañana dándoles leche a cinco ardillitas sin destetar, ninguna de las cuales parecía tener los menores deseos de vivir. Por aquel entonces no había sido inventada todavía una tetina de biberón lo suficientemente pequeña como para entrar en las diminutas bocas de las ardillitas, así que el proceso a seguir consistía en enrollar un poco de algodón sobre una cabeza de cerilla, mojarla en la leche, e introducirla en la boca para que chupasen. Era éste un trabajo largo y enojoso, ya que había que tener mucho cuidado de no poner demasiada leche en el algodón para que no se ahogasen, y había que introducirlo por un lado de la boca para que no se les quedase enganchado en los dientes, no se lo fueran a tragar y morir así de una indigestión.

Eran las diez de la mañana y el calor era ya tan intenso que tenía que estar

secándome constantemente las manos con una toalla, porque si mojaba a las ardillitas de sudor se podían resfriar. Mi humor no era el mejor del mundo, y cuando estaba intentando darles algo de sustento a mis protegidos (que no colaboraban mucho), mi ayudante, Pious, se materializó de repente a mi lado de ese modo silencioso y tranquilo con que actúan los africanos.

—Por favor, señor —dijo.

—Sí, ¿qué pasa? —pregunté irritado, tratando de introducir un poco de algodón con leche en la boca de una ardilla.

—Viene el O. D.^[15], señor —dijo.

—¿Qué viene el oficial del distrito? —pregunté asombrado—. ¿Y qué demonios quiere?

—No lo ha dicho, señor —dijo Pious impasible—. ¿Le abro una cerveza?

—Sí, creo que será lo mejor —dije.

Y mientras Martin Bugler, el oficial del distrito, llegaba a la cresta de la colina metí las ardillas de nuevo en su cestito, lleno de hojas de plátano secas, y salí del entoldado para recibirle.

Martin era un hombre alto y desgarbado, de ojos redondos casi negros, desflecado pelo negro, una nariz desdeñosa y una amplia y zalamera sonrisa. Debido a la longitud de sus brazos y piernas y a su costumbre de hacer gestos salvajes mientras hablaba, era propenso a los percances. Pero, sin embargo, era un O. D. francamente bueno porque le gustaba su trabajo y, lo que todavía es más importante, amaba intensamente a los africanos, que le pagaban en la misma moneda.

Ahora está de moda meterse con el colonialismo y a los oficiales de distrito y sus asistentes se les hace aparecer como monstruos de iniquidad. Por supuesto que habría algunos malos, pero la mayoría de ellos constituían un magnífico plantel de hombres que llevaban a cabo una tarea francamente ingrata en las condiciones más adversas. Poneos en el lugar de alguien que está, a los veintiocho años, al cargo de un área, más o menos del tamaño de Gales, poblada por infinidad de africanos y con un sólo asistente por toda ayuda; teniendo que proveer a cualquiera de sus necesidades, ser su padre y su madre, y además hacer respetar la ley. Ley esta que en muchos casos, por ser inglesa, era de tal complejidad que podía incluso con las tortuosas mentes de la población indígena.

En muchas ocasiones, en mis incursiones al interior de la selva, había pasado por delante de la gran sala de justicia, hecha de barro y ladrillo y con techo de hojalata, y había visto a Martin, sudando a chorros, resolviendo alguno de sus casos, dificultada su tarea más aún por el hecho de que los pueblos, separados a veces sólo por unas pocas millas, hablaban dialectos diferentes. Por consiguiente, si había discrepancias o conflictos entre algunos de ellos, era necesario llevar a dos intérpretes, uno de cada pueblo, más otro que supiera ambos dialectos para interpretar a Martin. Como en cualquier sala de justicia del mundo, uno sabía perfectamente que nadie decía una sola palabra de verdad, por eso mi admiración por la paciencia y solemnidad de

Martin en esas ocasiones era aún mayor. Los casos iban desde la sospecha de canibalismo, pasando por el robo de esposa, hasta casos tan simples como los de aquellos a los que se les invadían sutilmente, pulgada a pulgada, sus campos de cacao y de ñame. De las muchas veces que había visitado África, sólo una había tenido ocasión de conocer a un oficial de distrito desagradable.

Me sorprendió mucho la aparición de Martin porque a aquellas horas de la mañana tendría que haber estado en la oficina atendiendo sus asuntos. Bajó la colina casi corriendo, gesticulando como un molino de viento y gritándome cosas ininteligibles. Esperé con paciencia a que llegase a la sombra del entoldado.

—Ya ves —dijo, estirando los brazos en un gesto desesperado—, necesito ayuda.

Saqué una silla de tijera y le empujé con suavidad para que se sentara.

—Y ahora, deja de comportarte como una mantis retrasada mental —dije—. Cállate un momento y relájate.

Se sentó y se puso a secarse la frente con un pañuelo empapado.

—¡Pious! —grité.

—Señor —contestó Pious desde la cocina.

—Trae cerveza para mí y para el O. D., por favor.

—Sí, señor.



La cerveza era de una marca nauseabunda y no estaba realmente fría porque en nuestro primitivo campamento el único método posible de refrigeración era guardar la cerveza en baldes de agua, que estaba a su vez bastante templada. A pesar de todo, en esos climas donde se suda constantemente —hasta cuándo se está sentado inmóvil— se necesita tomar una gran cantidad de líquido, y durante el día la cerveza era lo mejor.

Pious nos sirvió solemnemente la cerveza en dos vasos y Martin cogió el suyo con mano temblorosa y echó dos tragos ansiosos.

—Y ahora —dije, tratando de poner mi mejor voz de psiquiatra tranquilizador—, ¿te importa repetir, claro y despacio, lo que venías gritándome al bajar la colina? Y además, no deberías correr así a estas horas del día, primero porque es malo para la salud, y segundo porque no beneficia en absoluto a tu imagen pública. Creí que se había producido una sublevación en Mamfe y que te perseguían miles de africanos con lanzas y trabucos.

Martin se secó la frente y se echó otro trago de cerveza.

—Es peor que eso —dijo—, es muchísimo peor.

—Bueno —dije—, pues cuéntamelo con calma y sin atropellarte.

—Es el comisario del distrito —dijo.

—¿Y qué es lo que pasa con él? —le pregunté—. ¿Te ha despedido?

—Ahí está —dijo Martin—, que bien podría hacerlo. Por eso quiero ayuda.

—No veo cómo voy a ayudarte —dije—, no conozco al comisario ni, que yo sepa, a ninguno de sus allegados, así que no puedo echarle una mano. ¿Pero qué horrendo crimen es el que has cometido?

—Me parece que debería empezar por el principio —dijo Martin.

—Es buen sitio ése para empezar —le dije yo.

Se volvió a secar la frente, bebió un trago de tonificante cerveza y miró en derredor furtivamente para cerciorarse de que no nos espiaban.

—Bueno —dijo—, quizá no te hayas dado cuenta de que aunque hago bastante bien mi trabajo, cuando se trata de recepciones o cosas así siempre meto la pata. Cuando acababa de ser propuesto para el cargo de O. D. —que fue en Umfala— lo primero que me pasó fue que el maldito comisario del distrito vino para hacer una inspección. Todo marchó sobre ruedas. Yo tenía el distrito perfectamente en regla y el comisario parecía estar encantado conmigo. Pensaba quedarse sólo una noche y al llegar la tarde yo estaba convencido de que había sido un éxito. Pero fue una gran contrariedad el que a mí se me hubiera estropeado el retrete, y como no me había dado tiempo a arreglarlo, había construido una chocita de hierba, bastante confortable, alejada suficientemente de la casa por detrás del seto de malvas. Ya sabes lo que es, un agujero en el suelo con un tablón colocado encima para sentarse. Pues bueno, se lo expliqué al comisario y pareció entenderlo. De lo que no me había dado cuenta era de que toda mi corte de africanos estaba convencida de que lo había construido para ellos y venían usándolo desde hacía varios días. Antes de cenar, el comisario se dirigió a la letrina y no sólo quedó desconcertado ante su contenido, ya que tenía la impresión de que se había montado sólo para él, sino que, al sentarse en el tablón, éste cedió y se cayó dentro.

Ahora me tocaba a mí alarmarme un poco.

—¡Bendito sea Dios! —dije asustado—. ¿Pero no habías revisado el estado del tablón?

—Ahí está —dijo Martin—. Se me dan tan mal todas esas cosas.

—Pero podría haberse matado por tu culpa o, peor aún, se podía haber ahogado —dije—. Sé muy bien como son las letrinas de por aquí y no me gustaría caerme en una de ellas.

—Te puedo asegurar que a él tampoco le divirtió mucho la experiencia —dijo tristemente Martin—. Naturalmente gritó para que fuésemos a socorrerle y le sacamos de allí, pero parecía una especie de..., una especie de..., un montón de mierda con patas. Nos llevó horas lavarle bien y limpiarle la ropa para que estuviese a punto para el día siguiente, y puedo asegurarte, chico, que al fin nos sentamos tardísimo a cenar y que comió muy poco y que la conversación alcanzó un grado de gelidez casi polar.

—¿No tiene ningún sentido del humor? —le pregunté.



—Ninguno en absoluto, para nada —dijo vehemente Martin—. Y aún así no le culpo. Es muy posible que nadie que se hubiese caído en aquel montón de excrementos se sintiera con fuerzas para tomárselo a broma.

—Te entiendo perfectamente —dije—. Toma un poco más de cerveza.

—El problema está en que ésa no era la primera ve que metía la pata —dijo Martin—. He cometido varios errores como ése. Ocurrieron cuando era asistente del oficial del distrito y prefiero no contártelos. Y es ésa la razón por la que me costó tanto ascender de asistente a oficial. Después de aquel horrible incidente del retrete mi siguiente destino fue Umchichi, y ya sabes lo que eso es.

—¡Qué horror! —dije—. No he estado nunca pero me han contado muchas cosas.

—Umchichi era una especie de Isla del Diablo a la que enviaban a los asistentes y oficiales que se habían portado mal y que caían en desgracia. La integraban un montón de africanos leprosos y más mosquitos de los que puedan encontrarse en ningún otro lugar de la costa oeste de África.

—Aunque es fascinante lo que acabas de contarme —dije—, no acabo de entender donde está el problema.

—¡Eso es lo que te gritaba al bajar la colina! —explicó Martin—. Va a venir a hacer una inspección. Llegará dentro de tres días y *tienes* que ayudarme.

—Martin —dije—, a pesar de lo mucho que te quiero, no soy ninguna dama de

sociedad.

—Ya lo sé, chico, ya lo sé —dijo—, pero siempre puedes darme un cierto respaldo.

Este *cri de coeur*^[16] era imposible de rechazar. Toda la población blanca de Mamfe y el noventa y nueve por ciento de la población negra quería a Martin entrañablemente.

—Tengo que pensarlo un poco —dije.

Nos quedamos allí sentados en silencio mientras Martin, crispado, sudaba sin parar.

—Pious, trae más cerveza para el O. D., por favor —le grité.

Cuando nos sirvió la cerveza, me incliné hacia Martin y le miré con ojos penetrantes.

—Tú única salvación —le dije— es ésta. Hay una mujer entre nosotros.

—¿Una mujer? —dijo Martin asombrado—. ¿Qué mujer?

—Mary —le dije—, la mujer de tu asistente por si no lo recuerdas. Las mujeres son muy útiles en este tipo de situaciones. También tenemos a McGrade (que era el encargado del departamento de Obras Públicas y que se dedicaba a arreglar puentes, construir carreteras y otros asuntos de interés). Tenemos a Girton (era el encargado de la Compañía de África Unida, que se pasaba el tiempo vendiéndoles tela de Manchester a los africanos, y cerveza y latas a los blancos). Así que entre todos podemos hacer algo.

—Querido amigo —dijo Martin muy solemne—, nunca podré pagarte lo que has hecho por mí. Qué sugerencia tan brillante.

—Y ahora, lo primero que hay que hacer es echarle un vistazo a tu casa.

—Pero si tú has estado allí muchísimas veces —dijo sorprendido Martin—, has ido allí a comer y a tomarte una copa con frecuencia.

—Sí —le dije—, pero no he visto más que el saloncito principal y la galería.

—Ah, ya te entiendo —dijo—. Pues vamos allá.

—Le diré a Pious que se venga —dije—, y te lo dejo por esta tarde. Es muchísimo más listo que ese estúpido patán que tú tienes, y puede hacer un trabajo digno de un gobernador. Ese ayudante tuyo es capaz de tirarle la sopa encima al comisario.

—¡Por Dios! —dijo Martin con voz de agonía—. Ni lo menciones siquiera.

Nos encaminamos, pues, con Pious, hacia la casa de Martin que estaba encaramada en un risco desde donde se dominaba el río. Era una casa preciosa, con gruesos muros y habitaciones amplias, ya que se había construido cuando el Camerún era todavía una colonia alemana. Los alemanes sabían construir para protegerse del calor, de modo que la más mínima brisa que soplara la recibía la casa, y los macizos muros conservaban el interior lo más fresco posible para un lugar como Mamfe. De camino hacia la casa le expliqué a Pious el asunto.

—Quiero que entiendas lo importante que es esto y que todos vamos a tratar de

ayudar al O. D. lo mejor que podamos.

—Sí, señor —dijo Pious con una sonrisa de felicidad.

Porque siempre había creído que yo me pasaba demasiado tiempo dedicado a los animales y no le permitía lucirse en sus habilidades como criado.

Cuando llegamos examiné detenidamente el salón y la galería. Eran espaciosos y estaban agradablemente amueblados con un gusto de oficial de distrito soltero.

—Para empezar —le dije a Martin—, creo que debes quitar ese calendario de la pared.

—¿Pero por qué? —dijo Martin—. Yo la encuentro preciosa.

—Martin —dije—, si el comisario ve mujeres desnudas colgando de tus paredes va a sacar conclusiones no demasiado halagüeñas. Así que, quítalo.

Pious, que había estado siguiendo nuestra conversación, descolgó aquel calendario que representaba una mujer con pose voluptuosa, y que pertenecía tan ostensiblemente a la clase de los mamíferos que hasta a mí me ruborizaba.

—Y ahora, vamos a su dormitorio.

El dormitorio era también muy espacioso y tenía una cama grande con mosquitera.

—Pious —dije—, examina la cama para asegurarte de que no puede romperse.

Pious, aguántandose la risa, recorrió la cama a gatas examinándola pieza por pieza.

—Y ahora vamos a saltar los dos sobre ella —le dije a Martin.

Así lo hicimos y la cama resistió perfectamente.

—Bueno, esto está va —dije—. No creo que haya nada por aquí que pueda hacerle ningún daño. ¿Y dónde vas a darle de comer?

—¿A darle de comer? —dijo Martin sorprendido.

—Sí, de comer —dije impaciente—. Le darás da comer cuando esté aquí, ¿no?



—Pues, en la galería —dijo Martin.

—¿No hay ningún otro sitio? —pregunté.

—Bueno, está el comedor.

—Pues si tienes un comedor, por el amor de Dios, ¡úsalo! ¿No quieres darle un tratamiento exquisito? ¿Dónde está el comedor?

Me condujo al salón, abrió una puerta de madera maciza de doble hoja y apareció un comedor magnífico con una mesa tan larga como para albergar cómodamente a diez personas por lo menos. Estaba muy bien barnizada, pero como Martín, evidentemente, no la usaba jamás, estaba cubierta de una gruesa capa de polvo al igual que las bonitas sillas que la rodeaban. Sobre esta mesa de ocho pies, colgando del techo, había lo que en la India llaman un «punka», y que es en realidad un abanico gigante. Su esqueleto, por decirlo así, estaba formado por una larga caña de bambú de unas cuatro o cinco pulgadas de diámetro de la que colgaba una ristra de hojas de palma secas que medirían unos cuatro pies de largo. Del centro de la caña de bambú surgía una cuerda que, pasando por diversas poleas, continuaba por el techo para ir a introducirse por un agujero hecho en la pared que conducía a las cocinas. La idea consistía en que un niño, contratado a tal efecto, tirase de la cuerda, al menos de vez en cuando, para que el abanico se moviese proyectando una gozosa corriente de aire fresco sobre la mesa en mitad de la comida.

—Pero esto es maravilloso —le dije a Martin—. Se va a quedar impresionado.

—Espero que sí —dijo Martin—. Nunca se me había ocurrido. No lo uso jamás. Me sentiría muy solo comiendo aquí.

—Lo que tú necesitas es una esposa —le dije en tono paternal.

—Bueno, cada vez que salgo de aquí —dijo Martin— hago todo lo que puedo. Pero tan pronto como se enteran de donde vivo, rompen el compromiso. La última vez que salí conocí a una chica maravillosa que se llamaba Molly, con tan mala fortuna que uno de sus tíos había estado en Mamfe y el muy miserable le contó las cosas más horribles que se le pudieron ocurrir y todo se fue a pique.

—No te preocupes —dije—. Tú no cejes. Puede que encuentres una chica tan tonta como para casarse contigo y venirse a vivir aquí.

Pious examinó cuidadosamente las sillas y la mesa. Nos sentamos en todas ellas y pusimos a prueba la mesa saltando sobre ella y bailando una especie de tango, pero era firme como una roca.

—Y a partir de ahora —le dije a Martin—, tendrás a Pious al frente de tu servidumbre, porque me parecen bastante incompetentes, y Pious, en cambio, es una joya.

—Lo que tú digas, chico, lo que tú digas —dijo Martin—, no tienes más que mencionarlo.

—Pious —dije.

—Señor —contestó.

—Nos quedan tres días para prepararlo todo. Durante ese tiempo serás a partes iguales mi criado y el del O. D. ¿Entiendes?

—Entiendo, señor —dijo.

Salimos a la galería y nos sentamos.

—Y ahora —le dije a Pious—, ve a decirle al criado del O. D. que nos traiga una copa. Por cierto, Martin, ¿cómo se llama tu criado?

—Amos —contestó Martin.

—Sí —dije—, tiene pinta de llamarse Amos. Bueno, Pious, pues vete a decirle a Amos que nos traiga la copa y luego te traes al cocinero, al chico y al propio Amos para que hablemos con ellos.

—Sí, señor —dijo Pious.

Y se marchó con un trotecillo casi militar en dirección a la cocina.

—Creo que el asunto de las comidas lo puede arreglar muy bien Mary —dije—. Los demás puede que tengan también alguna sugerencia, así que lo mejor será celebrar esta noche un consejo de guerra. Si les mandas una invitación a cada uno para que vengan a tomar una copa, podremos discutir tranquilamente el asunto.

—Has sido mi salvación —dijo Martin.

—No digas tonterías —dije—, sólo te estoy orientando un poco. Es evidente que no has nacido para la vida social.

Pious volvió con una bandeja de cerveza, seguido de Amos, que con su chaquetilla y shorts marrones parecía un mono simpático pero retrasado mental; del chico, que parecía más brillante pero que estaba evidentemente sin enseñar y que, como confiase en Amos como maestro, no aprendería jamás; y por fin, para mi gran

asombro, de un enorme, altísimo y delgado Hausa^[17] que parecía tener ciento diez años, y que lucía una chaqueta y unos shorts blancos y un enorme sombrero alto de cocinero que llevaba bordadas las iniciales C. B.

—Escuchad —dije con mi voz más firme—, el O. D. va a recibir aquí el C. D.^[18] dentro de tres días. El O. D. quiere que mi criado os supervise y se ocupe de que todo esté a punto. Si no está a punto el C. D. se enfadará muchísimo con el O. D. y el O. D. se enfadará con vosotros y entonces os azotaremos el trasero por inútiles.

A pesar de la severidad con que les estaba hablando, todos me sonreían de oreja a oreja. Conocían la importancia del visitante y no ignoraban que mi amenaza era cierta. Pero se lo había explicado de un modo algo humorístico para que lo entendiesen.

—Y ahora —dije señalando al criado de Martin— tú te llamas Amos, ¿no?

—Sí, señor —dijo muy atento.

—¿Y tú cómo te llamas? —le pregunté al chico.

—John, señor —dijo el chiquillo.

—El cocinero —dijo Martin interrumpiendo mi interrogatorio— se llama Jesús.

—Estamos de suerte, chico —le dije a Martin—. Teniendo a Pious y Jesús con nosotros no creo que podamos equivocarnos. Oye, ¿qué quiere decir ese bordado que tiene en el sombrero?

Martin pareció sentirse bastante incómodo.

—Una vez hizo una comida muy buena por pura casualidad —dijo Martin—, y yo tenía una revista donde venía una foto de un chef de un hotel de Londres, así que para darle ánimos le dije que la próxima vez que me fuera de viaje le traería un sombrero de esos que sólo usan los cocineros expertos.

—Fue un detalle muy amable —dije—, ¿pero qué quieren decir las letras C. B.? Martin enrojeció.

—Le ha hecho bordárselo a su mujer —dijo—. Y está muy orgulloso.

—Sí —insistí—, ¿pero qué significa?

Martin pareció todavía más avergonzado.

—Quiere decir Cocinero de Bugler —dijo.

—¿Y no se da cuenta de la terrible confusión a que puede inducir a algunas personas llamándose Jesús y llevando esas letras bordadas en el sombrero? —pregunté.

—No, nunca he intentado explicárselo siquiera —dijo Martin—. Creo que sólo lograría preocuparlo más y ya lo está bastante de por sí.

Me eché un largo y refrescante trago de cerveza. Las cosas estaban empezando a tomar un cariz tan religioso que parecía que era el Papa y no el comisario del distrito el que iba a venir de visita.

—Oye, Pious —dije—, tienes un poco de aceite para los muebles, ¿no?

—Sí, señor.

—Quiero que la mesa brille como un espejo, y si no logras que así sea, te azotaré

en el trasero.

—Sí, señor —dijo.

—Y para el día antes de la llegada del C. D. todos los suelos tienen que estar fregados y brillantados y el resto de los muebles reluciente también. ¿Entendido?

—Entendido, señor —dijo Pious.

Pude adivinar en la orgullosa sonrisa de su rostro que iba a echar el resto en esta ocasión tan importante y que además se regocijaba ante la idea de poder dominar a algunos de sus compatriotas.

Martin se inclinó para susurrarme al oído.

—El chavalito es un Ibo^[19] —me dijo.

Los Ibos son una tribu muy inteligente que estaba constantemente saliendo de Nigeria para venir a timar a los del Camerún y volverse a Nigeria otra vez. Así que los del Camerún los miraban con gran odio y desconfianza.

—Pious —dije—, el niño es un Ibo.

—Ya lo sabía, señor —dijo Pious.

—Muy bien —y añadí como si fuera el dueño de la casa de Martin—. Tráenos más cerveza.

La plantilla en pleno regresó a la cocina.

—Eres —dijo Martin con gran admiración, eres maravilloso para este tipo de cosas ¿no?

—Nunca lo había hecho antes —dije—, pero no se necesita demasiada imaginación.

—No, pero yo me temo que debo carecer de ella por completo —dijo Martin.

—No creo que te falte imaginación —dije—. Alguien que es capaz de traerle un sombrero de chef a su cocinero no puede ser completamente insensible.

Seguimos, pues, bebiendo cerveza y yo me puse a pensar en qué otra calamidad podría suceder.

—¿Funciona el retrete? —pregunté con sospecha.

—Funciona perfectamente.

—Pero, por amor de Dios, no se te ocurra dejar que el muchacho meta dentro un paw-paw^[20] —dije—, porque no quiero que se repita el episodio de la otra vez. Y ahora, manda las invitaciones y yo vendré por aquí sobre las seis para el consejo de guerra.

—Estupendo —dijo Martin. Me puso la mano en el hombro y me lo estrechó con afecto—. No sé qué haría sin ti. Ni el propio Standish lo habría organizado tan bien.

Standish era el asistente de Martin que en aquellos momentos estaba sudando por las montañas del norte de Mamfe tratando de resolver los problemas de los pueblos más remotos.

Volví a toda prisa a mi entoldado y a mi vocinglera familia, a la cual había dejado un poco descuidada por culpa de Martin. Así que cuando llegué las crías de chimpancé estaban chillando de hambre, los puercoespines estaban mordisqueando

los cerrojos, y los pequeños jabalíes me miraban con enormes e indignados ojos porque se habían despertado de su sueño y no habían encontrado en la jaula ni un solo bote de su deliciosa macedonia.

A las seis en punto me presenté en casa de Martin y me encontré con que Mary Standish, la mujer del asistente, había llegado ya. Era una mujer joven y guapa, más bien rellenita, y de carácter muy tranquilo. Standish la había sacado de algún oscuro lugar como Surbiton o Penge y la había depositado de inmediato en pleno Mamfe. Sólo llevaba allí seis meses, pero su naturaleza era tan dulce y serena y aceptaba todo y a todos con tal calma y tolerancia que uno tenía la impresión de que si te colocaba una de sus manos gordezuelas sobre la frente te ahuyentaría un espantoso dolor de cabeza con la misma eficacia que un pañuelo empapado de colonia.

—Gerry —dijo con voz chillona—, ¡qué divertido!, ¿no?

—Para ti puede que lo sea —dije—, pero para el pobre Martin es como un dolor de muelas.

—¡Pero viene el comisario! —dijo—. Puede que signifique un ascenso para Martin y a lo mejor incluso para Alec.

—Sí, si lo organizamos como es debido —dije—. La razón por la que hemos convocado este consejo de guerra es para asegurarnos de que nada salga mal, porque como bien sabes Martin tiene tendencia a meter la pata...

Martin, creyendo que iba a contarle la horrible historia de la letrina, hizo uno de sus gestos de molino de viento y tiró al suelo su vaso de cerveza.

—Lo siento, señor —dijo Amos.

La gente del Camerún tenía la simpática costumbre de pedir disculpas siempre que te ocurría un accidente, como si fuera culpa suya. Si, por ejemplo, ibas siguiendo a una fila de porteadores en la selva y te tropezabas con una raíz y te desollabas la rodilla, oías al instante «Lo siento, señor», «Lo siento, señor», «Lo siento, señor», recorriendo como un eco toda la fila de porteadores.

—¿Ves lo que te decía? —le dije a Mary mientras Amos limpiaba la cerveza y le traía a Martin otro vaso de cerveza.

—Sí, ya lo veo —dijo.

—Bueno, no lo discutiremos ahora —dije—; vamos a esperar a que lleguen los demás.

Seguimos bebiendo pensativos mientras se oía el fragor de los hipopótamos que gorgoteaban y bufaban en el río a unos trescientos pies debajo de nosotros.

Luego llegó McGrade. Era un irlandés impresionante con el pelo casi tan rojo como un buzón inglés, vivaces ojos azules, y un encantador acento irlandés de esos tan suaves como un chorro de nata. Dejó caer sobre una silla su cuerpo macizo, cogió el vaso de cerveza de Martin, le echó un buen trago y dijo:

—Así que viene la realeza, ¿no?

—Algo muy parecido —dijo Martin—, y, por favor, dame mi vaso de cerveza. Lo necesito urgentemente.

—¿Viene por carretera? —preguntó ansioso McGrade.

—Sí, eso creo, ¿por qué? —dijo Martin.

—Porque no le doy mucho más tiempo de vida a ese viejo puente —dijo McGrade—. Me temo que si lo cruza tal vez tengamos que enterrarlo aquí.

El puente al que se estaba refiriendo era un puente colgante de hierro que cruzaba el río, y que había sido construido a principios de siglo. Yo lo había cruzado muchas veces porque, aunque sabía que era muy inseguro, era el único modo de llegar a la selva, así que solía cruzarlo corriendo para llegar cuanto antes. Tan cierta era la predicción de McGrade acerca del puente que, no muchos meses después, toda una tribu que bajaba de las montañas con sacos de arroz en la cabeza lo cruzó a la vez, con lo cual se quebró y los hombres cayeron unos cien pies por la garganta que había debajo. Pero los africanos, a grandes rasgos, se parecen muchísimo a los griegos; se toman con gran calma esos accidentes. Así pues, ninguno de los africanos resultó herido y lo que más les molestó de todo fue perder el arroz.

—Pero entonces, ¿no puede cruzar por ese puente? ¿No? —dijo Martin mirándonos ansiosamente—. No puede, a menos que traiga porteadores.

McGrade se inclinó hacia Martin y le dio una solemne palmadita en la cabeza.

—Era sólo una broma —dijo—. Todos los caminos y puentes que tiene que atravesar para llegar aquí están en perfecto estado. Cuando se quiere un trabajo bien hecho se llama a un irlandés.

—Vaya, hombre —dije—, además de un Pious^[21] y un Jesús tenemos un católico en el grupo.

—Lo que tú eres —me dijo McGrade sonriéndome con simpatía y atusándose el mechón de pelo carmesí—, lo que tú eres es un miserable pagano naturalista.

—Y tú —dije yo— te pasas más tiempo en el maldito confesionario que arreglando las carreteras y puentes atroces que tenemos aquí.

En ese momento llegó Robin Girton. Era pequeño y moreno, con una nariz de halcón, enormes ojos pardos que siempre tenían expresión soñadora y que daban la impresión de estar ausentes. Pero era en el fondo, como toda la gente que he conocido de la Compañía de África Unida, extremadamente astuto. No hablaba casi nunca a menos que fuese imprescindible, y se quedaba sentado mirando como si estuviera en trance. Y de repente, con una voz suave que tenía un leve acento del norte, salía con una observación tan oportuna e inteligente que resumía en dos palabras lo que los demás habían estado discutiendo durante hora y media.

Se acomodó con elegancia en una silla, aceptó una cerveza y luego nos miró a todos a los ojos.

—¿No te parece divertido? —dijo Mary con gran entusiasmo.

Robín bebió un trago y asintió gravemente con la cabeza.

—Sospecho que se nos ha reunido aquí para hacerle el trabajo a Martin, como siempre —dijo.

—Venga, no seas así —dijo Mary indignada.

—Si vais a seguir en ese plan, mejor sería que os largarais —dije yo.

—Pues yo creo —dijo Robin— que le hago mucho más bien a la comunidad vendiéndoles latas de judías estofadas y metros de tela de Manchester con preciosos aviones estampados que el que tú haces corriendo de un sitio a otro y colgándoles por haber asesinado a sus abuelas, que lo más probable es que mereciesen morir.

—No he colgado a una sola persona desde que estoy aquí —dijo Martin.

—Me sorprende saberlo —dijo Robin—. Lo administras todo tan mal que habría jurado que había una ejecución todas las semanas.

Podría parecer, al oírles, que se detestaban mutuamente, pero eran en realidad los mejores amigos del mundo. En una comunidad de europeos tan reducida había que aprender a convivir con la gente de tu propia raza y llevarse lo mejor posible. No era cuestión de racismo. Era sencillamente que en aquella época los muchos africanos inteligentes que vivían en Mamfe o lo visitaban no habrían deseado mezclarse con la comunidad blanca porque les habría parecido, en su sensibilidad extrema, que iba a haber tensión por ambas partes.

Como me pareció que ya era hora de poner orden en la sala, cogí una botella de cerveza y golpeé la mesa. Un coro de «Sí, señor» «Voy, señor» surgió de la cocina.

—Ésa es la primera cosa sensata que has hecho desde que he llegado —dijo Robin.

Pious apareció con una bandeja de sustento líquido y cuando hubo vuelto a llenar todos nuestros vasos, dije yo:

—Llamo a esta reunión al orden.

—Dios mío —dijo apaciblemente Robin—, ¡qué dictatorial!

—La cosa trata —dije— de que aunque todos sabemos lo buena persona que es Martin a su manera es un O. D. desastroso y, peor todavía, carece por completo de dones sociales.

—Así es —dijo lastimero Martin.

—Creo que es una afirmación muy justa —dijo Robin.

—Y yo creo que estáis siendo muy crueles con Martin —dijo Mary—. Creo que es un magnífico oficial de distrito.

—Bueno —dije impaciente—, no vamos a entrar en eso ahora. El motivo de este consejo de guerra es que, mientras Martin se ocupa de que el distrito esté en orden, nosotros podemos encargarnos del aspecto social del asunto para que no haya dificultades y todo vaya sobre ruedas. Para empezar he inspeccionado la casa y puesto a Pious al mando de la plantilla de Martin.

—Hay veces —dijo McGrade— en que sorprendentemente te asoma un bote de genio que sólo puedo atribuir a la pequeña cantidad de sangre irlandesa que corre por tus venas. Siempre he envidiado tu criado.

—Bueno, pues trágate la envidia —dije—, no me lo vas a quitar. Vale demasiado. Y ahora de lo que se trata es de la comida. Aquí es donde espero que nos ayude Mary.

Mary se puso como la grana.

—Por supuesto, claro que sí —dijo—, haré lo que sea. ¿Qué tenías tú pensado?

—Martin —dije—, como va a estarse aquí sólo un día tenemos que considerar tres comidas. ¿A qué hora llega?

—Me imagino que sobre las siete o las ocho —dijo Martin.

—Muy bien —dije—. ¿Tú qué sugieres, Mary?

—Pues los aguacates están ahora en su punto —dijo Mary—. Y si se mezclan con gambas y se hace una especie de mayonesa de la que tengo la receta...

—Mary querida —dijo Robin—, no tengo gambas de lata en el almacén y si piensas que me voy a pasar los próximos dos días vadeando el río con una red para pescar gambas en peligro de ser atacado por los hipopótamos estás muy equivocada.

—Bueno, pues nos quedamos sólo con los aguacates —dije—. ¿Qué prefiere, té o café?

—No lo sé —dijo Martin—. La última vez que nos vimos no llegamos a intimar demasiado y no tuve tiempo de fijarme en sus preferencias.

—Pues tendremos té y café —dije.

—Y después algo sencillo —dijo Mary—, huevos revueltos.

Martin lo anotó solemnemente en su libreta.

—Eso le mantendrá en pie durante un rato —dije—. ¿Supongo que tendrás que enseñarle el sitio y esas cosas?

—Sí, eso ya está todo organizado —dijo Martin.

Todos nos inclinamos hacia él y espiamos su expresión con seriedad.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Sí, sí —dijo—, de verdad. En ese aspecto lo tengo todo organizado. Lo único que me preocupa es la maldita vida social.

—Bueno, ¿y tú crees que querrá visitar los alrededores? —dije.

—Claro que sí —dijo Martin—. Siempre tiene que meter la nariz en todo.

—Pues entonces podemos organizar un picnic para la hora de comer. Al fin y al cabo, en un pic-nic no puede esperarse que te sirvan como en el Ritz.

—Como en este remoto lugar —dijo Robin— nos pasamos la vida haciendo picnics para comer, cenar, y hasta desayunar, no creo que le vaya a extrañar mucho.

—Yo lo prepararé —dijo Mary—. Prepararé una pierna de cabrito y la podemos tomar fría. Tengo también dos lechugas que os puedo regalar. Ese pobre chico se olvidó de regarlas durante cuatro días y se han echado a perder casi todas, pero creo que aún quedan dos que están comestibles, un poco marchitas pero comestibles.

Martin, muy serio, escribió eso en su libreta.

—¿Y para después? —preguntó ansioso.

—¿Y por qué no *sour sour*? —sugerí.

Era ésta una fruta extraordinaria que parecía un gran melón deformado con protuberancias, y cuyo interior era blanco y pulposo, pero que una vez rebañado y servido tenía un delicioso sabor como de limón, realmente refrescante.

—Estupendo —dijo Mary—, es una idea magnífica.

—Bueno, pues con eso ya hemos arreglado el desayuno y la comida —dije—. Y ahora le toca el turno a la cena que creo que es lo más importante. He descubierto que Martin tiene un comedor muy elegante.

—¿Que Martin tiene un comedor? —dijo McGrade.

—Sí —dije—, un comedor elegantísimo.

—¿Y entonces por qué razón —dijo McGrade— las pocas veces que este rácano nos invita, nos vemos obligados a comer en la galería como una pandilla de gitanos protestantes?

—Poco importan las razones —dije—, ven a verlo.

Nos dirigimos en solemne tropel a examinar el comedor. Me alegró comprobar que en el entretanto —y cómo le había dado tiempo, no lo sé— Pious había abrigantado las sillas y la mesa de tal modo que estaban resplandecientes. Al mirar en la mesa te veías reflejado como si fuera un estanque de color marrón.

—Pero si es divino —dijo Mary—. Martin, nunca nos habías dicho que tenías una habitación así.

—La mesa es magnífica —dijo McGrade.

Y estrelló con tal fuerza el puño sobre ella que temí que fuera a partirla en dos.

—Pero aquí se puede hacer una cena espléndida —dijo Mary—. Es un decorado absolutamente maravilloso. Lo único que echo de menos son unos candelabros.

Estaba yo a punto de sugerirle que no complicase las cosas más, cuando Robín dijo inesperadamente.

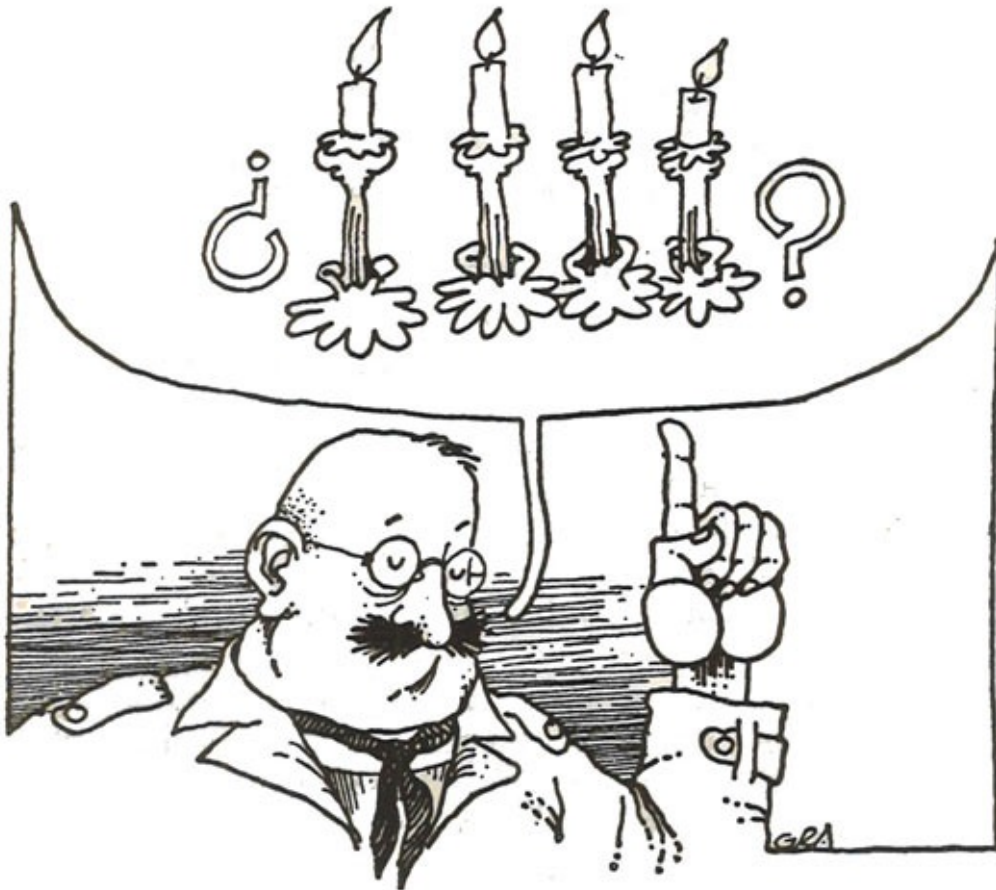
—Yo tengo cuatro.

Todos le miramos atónitos.

—No son de plata ni de nada tan fino —dijo—, pero son de un latón bastante bonito. Los compré en Kano. Les hace falta una limpieza, pero creo que pueden quedar muy bien.

—¡Qué maravilla! —dijo Mary con los ojos brillantes—. Una cena a la luz de las velas. No podrá resistirlo.

—Si se le permite a un honrado católico irlandés meter baza en el torrente de palabras de un grupo de paganos —dijo McGrade—, ¿puedo hacer una pregunta?



Todos le miramos expectantes.

—¿De dónde vamos a sacar las velas?

—Ay, es verdad, no había pensado en eso —dijo Mary—. No se pueden poner candelabros sin velas.

—No sé por qué todos tienen siempre que subestimar mi inteligencia —dijo Robin—. Compré los candelabros porque me gustaban y porque pensaba usarlos. La casa que ahora ocupo no me permite tan medieval esplendor pero, sin embargo, tomé la precaución de comprar también un buen número de velas que se están derritiendo en un armario desde que llegué a Mamfe. Si todavía no sé han convertido en una masa compacta, puede que se salven dos o tres. De todas formas, dejad eso de mi cuenta.

Conociendo a Robin como le conocíamos, sabíamos todos perfectamente que las velas no serían una horrible masa pegajosa como había querido darnos a entender, porque yo estaba seguro de que las iba a ver cuatro veces al día.

—Bueno, Mary —dije—, ¿te encargarás tú de los arreglos florales?

—¿Arreglos florales? —dijo atónito Martin.

—Claro que si —dije—, unos cuantos ramos de begonias o de algo así repartidos por la casa dan siempre un toque muy cuco.

—Es un poco difícil —dijo Mary—, ahora no hay muchas flores. Aunque siempre están las malvarrosas, claro...

—Una idea muy luminosa, Mary —dijo irónico McGrade—, estamos rodeados de

esas malditas malvarrosas por todas partes. Eso no es un arreglo floral, eso es meter la jungla en casa.

—Bueno —dije yo—, tengo un cazador que es muy ágil para subirse a los árboles, y además de algunos animales el otro día me trajo también una orquídea preciosa que había cogido de lo alto de un árbol. Hablaré con él y le diré que vaya a la selva y vea si puede traerme algunas orquídeas y otras flores. Y luego tú, querida Mary, harás los arreglos florales.

—Me encanta preparar las flores —dijo Mary—, y si son orquídeas quedará absolutamente divino.

Martin garrapateó fanáticamente en su libreta.

—Bueno —le dije—, ¿qué llevamos organizado hasta ahora?

—Pues hemos inspeccionado la cama y los muebles, hemos organizado a la servidumbre, hemos dispuesto el desayuno. Mary se encargará de la comida al aire libre y los arreglos florales, y eso es lo que hay por ahora.

—Las bebidas —dije.

—Yo no me preocuparía por eso —dijo Robín—. Como estoy encargado del único almacén que hay aquí, no ignoro que Martin es un dipsómano perdido y os podría decir casi sin error todas y cada una de las botellas que tiene guardadas.

Le lanzó una mirada pensativa a su vaso vacío.

—La racanería es algo que nunca podré encajar con despreocupación. Cállate ya, por Dios —dijo Martin—. Si quieres otra copa, llama a Amos.

—Silencio, niños —dije—, vamos a volver a la galería y elevando nuestras voces sobre los enloquecidos gritos de los hipopótamos discutiremos lo más importante de todo.

Volvimos a la galería, nos llenamos los vasos y nos quedamos unos instantes sentados allí escuchando los maravillosos sonidos nocturnos de la selva africana. Luciérnagas verdes como esmeraldas pasaban luminosas ante nuestros ojos, las cigarras y los grillos estaban tocando complicadas melodías de Bach, y, de vez en cuando se oía un eructo, un gruñido o un bramido de hipopótamo, que surgía del fondo de la garganta del río.

—Si no he interpretado mal tu taimada mente pagana y protestante —dijo McGrade, apurando el vaso a la espera de que alguien se lo volviese a llenar—, lo que tú crees que es lo más importante es la cena.

—Sí —dijimos a coro Martin y yo.

En un lugar tan remoto como Mamfe se daba por hecho que cuando venía alguien del rango del comisario del distrito, toda la población blanca quedaba invitada a cenar automáticamente.

—Y es aquí donde creo que Mary juega el papel más importante —dije.

—Sí, sí —dijo Mary—, en eso puedo ayudaros. ¿Qué os parece, cuatro o cinco platos?

—Mary, por Dios santo —dijo McGrade—, con ese protestante indolente a cargo

del almacén, ¿de dónde piensas sacar elementos suficientes para cinco platos?

—Dejando a un lado el ofensivo ataque católico a mi persona —dijo Robín—, tengo que admitir que como el río está en su nivel más bajo y el barco no ha podido llegar hasta aquí, estoy un poco corto de provisiones. De todas formas, si McGrade va a venir a esa cena sugiero que le demos un simple plato de patatas dulces hervidas, que, según tengo entendido, es la dieta con que se crían los irlandeses católicos.

—¿Sugieres acaso que estoy gordo? —dijo McGrade.

—No, simplemente obsceno —dijo Robin.

Golpeé en la mesa con la botella.

—Orden en la sala —dije—. No estamos discutiendo ahora los atributos físicos o los defectos de los demás. Estamos hablando de un menú.

—Muy bien —dijo Mary—. Habrá que empezar con un entremés.

—Los entremeses —dijo Robin— se representan más bien en el entreacto.

—Bueno —dijo Mary—, pues un aperitivo, algo succulento para estimular el paladar.

—¡Por Dios! —dijo McGrade—. Llevo aquí tres años ya y todavía no se me ha estimulado nada, y menos el paladar.

—Pero si vamos a poner candelabros y eso —dijo Mary—, tendremos que acompañarlos con algo de comida.

—Por el amor de Dios —dijo McGrade—, si estoy totalmente de acuerdo contigo. Pero como aquí no hay comida, no me acabo de explicar de dónde vamos a sacar cinco platos cuando a ese desgraciado inepto de la Compañía de África Unida se le ha encallado el barco y no tiene, probablemente, más que dos o tres latas de judías.

Como vi que la cosa se estaba yendo por las ramas, volví a golpear con la botella. Se oyó otro coro de «Sí, señor» que venía de la cocina y apareció una nueva remesa de cervezas.

—Vamos a dejarlo en tres platos —dije—, y vamos a tratar de simplificarlos lo más posible.

—Bueno —dijo excitada Mary—, el primero puede ser un soufflé.

—Jesús no sabe hacer soufflés —dijo Martin.

—¿Quién? —dijo Mary asombrada.

—Jesús, mi cocinero —explicó Martin.

—No sabía que tu cocinero se llamara Jesús —dijo McGrade—. ¿Por qué no has informado al mundo de que ha resucitado otra vez?

—Bueno, es que ha resucitado bajo la apariencia más extraordinaria —dijo Robin—, la de un Hausa de tres metros de altura con profundas marcas tribales en las mejillas, con un pie en la fosa, y que cocina espantosamente.

—Eso es lo que quería decir —dijo Martin—, que no puede haber soufflé.

—Vaya —dijo Mary desilusionada—, me encantaría hacerlo a mí, pero no creo que sea conveniente que yo esté en la cocina durante la estancia del C. D.

—Desde luego que no —dijo Martin con firmeza.

—¿Y qué os parece un poco de carne de venado? —dijo Robin, mirándome interrogativamente.

—Aunque deseo ayudar a Martín —dije—, no tengo la menor intención de matar a ninguna de mis crías de antílope para alimentar al comisario.

—¿Y qué os parecen tostadas con huevos escalfados? —sugirió McGrade, que iba ya por su quinta botella de cerveza y no estaba prestándole al asunto demasiada atención.

—No se me ocurre nada lo bastante refinado —dijo Mary—. A los comisarios les gusta que se les agasaje.

—Ya está —dije—, ¿habéis probado alguna vez puercoespín ahumado?

—No —dijeron al unísono.

—Pues es delicioso si se hace bien. Y yo tengo un cazador que me está constantemente trayendo puercoespines que espera que le compre. Como los cazan siempre con esas trampas de acero, suelen quedar bastante malheridos, así que los compro y acabo con su agonía, y se los doy de comer a mis animales. De vez en cuando, sin embargo, le envío unos cuantos a un viejo tipo llamado Joseph —esto empieza a parecerse a una conferencia eclesiástica— y él ahúma los puercoespines con una madera y unas hierbas especiales que se niega a revelarme. El resultado es realmente delicioso.

—Ah, cerdo protestante —dijo McGrade—, nos lo habías estado ocultando.

—Sí, pero sólo porque no hay suficientes puercoespines —dije—. De todas formas, hoy me han traído dos tan salvajemente malheridos por el cebo que he tenido que matarlos. Se los iba a dar a mis animales, pero en vista de esta calamitosa emergencia puedo mandárselos a Joseph para que los ahúme y así tenerlos listos para lo que Mary llama el entremés.

—Cada vez estoy más convencido —dijo McGrade— de que corre por tus venas auténtica sangre irlandesa. Creo que es una idea genial.

—Pero a un comisario no se le puede dar puercoespín —dijo Mary horrorizada.

—Querida Mary —le dije—, no hay por qué decirle que es puercoespín. Se le dice que es venado. Está tan sutilmente ahumado que nadie con un paladar de comisario podría jamás notar la diferencia.

Martin revisó su cuadernito.

—Muy bien —dijo—, ¿y qué vamos a tomar de después^[22]?

—Me gustaría que no usaras esa expresión tan vulgar —dijo Robín—, me devuelve de inmediato a Worthing, donde tuve la desgracia de crecer. Lo que quieres decir es «¿qué tomaremos como segundo plato?»

—Pues eso es lo que ha dicho —dijo Mary—. Me gustaría que dejaras de hacerle rabiar. Hemos venido aquí para ayudarle.

Robín levantó su vaso como solemne saludo a Mary.

—Santa Mary, te tengo devoción por muchas razones, y la principal es que deseo

sondear, antes de que nos separemos, los abismos de tu ignorancia.

—Realmente, qué imbéciles sois los hombres —dijo Mary, tajante—. Creí que estábamos discutiendo qué es lo que vamos a comer.

—Podemos partir de la suposición —dijo McGrade— de que moriremos probablemente después de comer el puercoespín ahumado, así que no merece tener en consideración los otros dos platos.

—No, no —dijo Martín, tomándole al pie de la letra—, tenemos que encontrar algo para después.

—Un velatorio —dijo McGrade—, no hay nada como un buen velatorio irlandés para levantarle el ánimo a todo el mundo.

—Ya está bien. Callados y escuchad —dije—. Empezamos con puercoespín ahumado. Y luego sugiero chuletas con cacahuets.

Todos emitieron un gruñido.

—Pero estamos siempre tomando chuletas con cacahuets —dijo Robin—, es lo único de lo que nos alimentamos. Es nuestra dieta básica.

—No, no —dijo excitado Martín—, por eso le compré el sombrero a Jesús.

Los demás, que no habían oído la historia del sombrero a Jesús.

—¿Quieres decir que hace chuletas con cacahuets que están ricas? —le pregunté.

—Sí —dijo Martín—, las más ricas que he comido nunca.

Las chuletas con cacahuets podrían describirse como una especie de bistec irlandés, de la carne de fuera, cubierto con una espesa salsa de cacahuets machacados, y servida con una legión de platitos adyacentes que los africanos llaman «cosas pequeñas». Podía ser una delicia o un verdadero desastre.

—Muy bien, pues si Jesús hace las chuletas con cacahuets —dije—. Pious es una maravilla haciendo las «cosas pequeñas». Así que con eso queda arreglado el plato fuerte

—¿Y qué podríamos poner de postre? —preguntó Robin. Nos quedamos un momento pensando y luego nos miramos.

—Pues realmente —dijo Mary desesperanzada—, creo que tendremos que recurrir al viejo recurso de siempre.

—Ya lo sé —dijo McGrade—, macedonia de *flutas*.

La macedonia de *flutas* era parte inevitable de nuestra dieta, y la llamábamos así por la imposibilidad de los africanos para pronunciar la «r» después de la «f» sin equivocarse.

—Sí, me temo que tendrá que ser así —dijo tristemente Martin.

—Hay muchas frutas ricas en esta época —dijo Mary—, creo que podemos hacer algo bastante delicioso con ellas.

—Excelente —dije—, y ahora ya está todo arreglado.



—Después café y copa en la galería y metemos a ese viejo miserable en la cama lo antes posible —dijo McGrade—. Podréis contemplar con claridad el halo brillante que me rodeará la cabeza mientras le explico cuáles son los puentes que se han caído y las carreteras que hay que arreglar.

—No se te ocurra decir una cosa semejante —dijo Martin—, después de todo, lo que tengo que demostrarle es lo bien que marchan las cosas aquí.

—Me pregunto con frecuencia —dijo pensativo Robín— cómo habrá podido Inglaterra mantener su Imperio si los ingleses se comportaban de modo tan imbécil como el nuestro esta noche. Bueno, me vuelvo a cenar y a revisar mis candelabros.

Se puso en pie y desapareció, luego reapareció de repente.

—Por cierto —dijo—, no tengo corbata blanca ni frac. ¿Creéis que tiene mucha importancia?

—No, que va —elijo Martin—, pero si vienes con chaqueta y corbata, te la tendrás que quitar a los cinco minutos por culpa del calor. Así que basta con que aparezcas con ella puesta.

Dios mío, pensé. La única corbata que tenía en aquella época estaba en el fondo

de una maleta a unas trescientas millas de distancia. De todas formas, no era un problema muy grave y lo resolví a la mañana siguiente.

Cuando a la mañana siguiente Pious me trajo mi taza de té para espabilarme, y después de haber apartado de mi cama a una ardilla, cuatro mangostas y una cría de chimpancé —que dormían conmigo, según ellos por cariño y afecto, y según yo, para que no cogiesen un resfriado—, le dije que bajara al mercado a comprarme una corbata.

—Sí, señor —dijo.

Y después de haber informado al resto de la plantilla de sus obligaciones, salí para el pueblo para volver poco después con una corbata tan sicodélica que me pareció que tendría un efecto negativo sobre el comisario. A pesar de todo, Pious me aseguró que era la corbata más sobria de todo el mercado, e intenté creer en su palabra.

No es preciso decir que los dos días siguientes pusieron a prueba los nervios de todos nosotros. McGrade, con lo orgulloso que estaba de sus carreteras y sus puentes, había descubierto con horror que en el camino que conducía a la casa de Martin había bastantes baches profundos, así que tomó a su servicio a todos los convictos de la prisión local para que los rellenaran y asfaltaran de nuevo el camino, de modo que la entrada empezó a parecer la de una casa de campo mediana, pero extremadamente elegante. Yo había ido a ver al viejo Joseph para persuadirle de que me ahumara dos puercoespines, y me puse también en contacto con el cazador, quien me prometió que el día antes de la llegada del comisario iría a la selva y me traería cuantas flores pudiera. Robin había revuelto de arriba abajo los almacenes de la Compañía de África Unida, pero estaba desesperado de no poder ofrecer nada de verdadero mérito, ya que como el barco no había podido remontar el río, estaba quedándose sin las delicadezas esotéricas que creíamos dignas de un comisario de distrito. Sin embargo, fue enorme su orgullo cuando nos anunció que había descubierto —y Dios sabe porqué estarían allí en el primer lugar— tres latitas de caviar que se había dejado su predecesor.

—No sé cómo estarán —dijo, mirándolas abatido—. Puede que lleven aquí tres años por lo menos. Probablemente muramos de envenenamiento promaínico, pero al fin y al cabo es caviar.

Mary, muy astuta, había descubierto que en la casa de Martin no había un solo florero para los arregles florales, y había bajado al mercado a comprar cinco elegantes calabazas. También había intentado quince maneras distintas de hacer soufflé con ayuda de Jesús, todas absolutamente impracticables y que tuvimos que desechar sin piedad.

Como Pious pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Martin, yo me sentía seguro porque sabía que haría el trabajo perfectamente aunque tuviera que pasar por encima de Jesús.

La tarde anterior a la llegada del comisario tuvimos otro consejo de guerra para

revisar nuestras diversas actividades, y todo pareció funcionar como un reloj. Los puercoespines habían sido ahumados y olían maravillosamente aunque estaban todavía sin guisar. Mi amigo el cazador había traído un ramo inmenso de orquídeas de bosque y otras plantas, que Mary guardaba en su cuarto de baño porque era la parte más fresca de la casa. A modo de experimento, abrimos una de las latas de caviar y, ante nuestra sorpresa, estaba comestible. Robin también había desenterrado un paquete de galletitas. Eso, junto con cacahuets, sería perfecto para las copas del aperitivo. Los candelabros de Robin resultaron ser unas piezas de latón muy elegantes, pulidas y relucientes, y que embellecerían cualquier comedor. A mí mismo me daban envidia. Trajo también velas suficientes para iluminar, como apuntó sagazmente McGrade, toda la ciudad del Vaticano.

Todos nos habíamos volcado en aquellas tareas, en parte por afecto hacia Martin, y en parte también como niños en época de Navidad. Yo era probablemente el único que tenía cada día un motivo nuevo de excitación porque nunca se sabía qué extraño hábito podría observar entre mis animales, pero, los demás llevaban, por lo general, una vida rutinaria y apagada en un clima francamente desagradable. Por eso, aunque todos pretendíamos que la llegada del comisario era un fastidio terrible y te llenábamos de maldiciones, en el fondo nos estábamos divirtiendo mucho. A excepción, por supuesto, de Martin, quien se mostraba cada vez más tembloroso a medida que el día se aproximaba.

Cuando llegó por fin el día fatal, nos encontrábamos todos juntos, con aire casual, bajo la sombra de un árbol de sour-sour que permitía una visión perfecta de la entrada de la casa de Martin. Hablábamos con nerviosismo sobre el comportamiento animal, el aumento de precio de los tejidos, la dificultad de construir un puente, y Mary nos dio una conferencia larguísima sobre arte culinario. Nadie escuchaba a nadie porque todos estábamos esperando con respiración agitada la llegada del comisario.

Por fin, con gran alivio por nuestra parte, llegó su enorme y elegante coche, subió por el camino y se paró enfrente de la casa.

—Dios mío, menos mal que han aguantado los baches —dijo McGrade—, me tenían preocupadísimo.

Vimos salir a Martin y el comisario emergió de su coche. Desde lejos parecía una oruguita saliendo de su enorme capullo negro. Martin estaba immaculado. Después condujo al comisario dentro de la casa y todos suspiramos aliviados.

—Estoy segura de que le gustarán los aguacates —dijo Mary—. Examiné cuarenta y tres para elegir los mejores.

—Y mis baches han aguantado —dijo orgulloso McGrade—. Hay que coger a un irlandés para un trabajo como ése.

—Esperad a que llegue al caviar —dijo Robín—, eso, en lo que a mí respecta, será la cumbre de la velada.

—¿Y mi puercoespín ahumado? —dije con indignación.

—¿Y mis arreglos florales? —dijo Mary—. Parece que eres tú el que lo ha hecho

todo, Robin.

—Bueno, así ha sido virtualmente —dijo Robín—. He puesto mi cerebro.

Luego cada uno tomó su camino para irse a desayunar. No podíamos hacer nada más hasta la tarde. Todo lo demás estaba en manos de Martin y sabíamos que, siendo el tipo de persona que era, el comisario encontraría poco que objetar a la forma en que administraba el distrito.

A las cinco en punto Pious se materializó a mis espaldas justo en el momento en que una rata marsupial acababa de morderme indignada el pulgar cuando intentaba comprobar si estaba embarazada.

—Señor —dijo Pious.

—¿Qué pasa ahora? —dije, chupándome la sangre del pulgar.

—El baño está listo, señor.

—¿Y por qué diablos me has preparado un baño a estas horas del día? —pregunté, habiendo olvidado por completo lo señalado de la fecha.

Pious me miró sorprendido.

—Tiene que estar en casa del O. D. a las seis en punto, señor —dijo.

—Maldita sea —dije—, me había olvidado por completo. ¿Tienes mi ropa a punto?

—Sí, señor —dijo Pious—. El chico le ha planchado los pantalones. Y limpiado la camisa, señor. Su chaqueta y su corbata están listas.

—Vaya por Dios —dije, asaltado de repente por un pensamiento—. Creo que no tengo calcetines.

—Yo le he comprado calcetines, señor, en el mercado, señor —dijo Pious—. Le he limpiado los zapatos.

Después de abandonar a regañadientes las investigaciones sobre el posible embarazo de mi rata marsupial, me metí en el baño, que era más bien una especie de ataúd de lona lleno de agua calentucha. A pesar del baño y de la hora que era, mi cuerpo chorreaba tanto sudor como agua. Me dejé caer en una silla con la vaga esperanza de refrescarme y pensé en la velada que me aguardaba. El pensamiento me resultó tan horroroso que me hizo estremecer.

—Pious —grité.

—Señor —dijo.

—Tráeme algo de beber.

—¿Cerveza, señor?

—No —dije—, un gran whisky con agua.

Me bebí el reconfortante líquido y empecé a sentirme de un humor más alegre. Me vestí con cuidado, aunque a causa del calor y el sudor la impecable camisa blanco-perla se tornó casi al instante gris y mojada. Los calcetines que Pious me había comprado eran de unos colores que recordaban los de un remoto clan de cazadores escoceses y desentonaban espantosamente con mi corbata. No me puse la chaqueta, me limité a echármela por los hombros porque sabía que en la breve subida

a la casa de Martin, si llevaba la chaqueta, acabaría por encontrarme con el comisario en el mismo estado que una foca recién surgida del océano. Pious me acompañó.

—¿Estás seguro de que todo está a punto? —pregunté.

—Sí, señor —dijo—. Pero los chicos del O. D., señor, no realmente buenos chicos.

—Ya lo sé —dije—; por eso te he puesto a ti al frente.

—Sí, señor. Por favor, señor, Jesús se pone raro.

Dios mío, pensé, ¿qué pasará ahora?

—¿Qué quieres decir con que se pone raro?

—Es un hombre —dijo Pious muy serio—, pero es un hombre viejo y cuando va a hacer una cosa como ésta se pone raro.

—¿Quieres decir que se asusta? —dije.

—Sí, señor —dijo Pious.

—¿Así que crees que puede hacer mal las chuletas?

—Sí, señor —dijo Pious.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté.

—Le he enviado a nuestro cocinero, señor —dijo Pious—. Él ayudará a Jesús y entonces Jesús estará bien.

—Muy bien —dije—, una idea muy buena

Pious resplandeció de orgullo. Seguimos andando en silencio.

—Por favor, señor.

—¿Qué pasa? —pregunté irritado.

—También he enviado a nuestro chico, señor —dijo Pious—. Su chico es bueno pero Amos nunca le enseñará.

—Excelente —dije—. Te recomendaré para la Lista de Honor del nuevo año.

—Gracias, señor —dijo Pious, sin haber entendido nada, pero juzgando por mi modo de hablar que las decisiones que había tomado por su cuenta tenían mi total aprobación.

Cuando llegamos a casa de Martin, Pious, que se había puesto su mejor uniforme —el cual me había costado una cantidad exorbitante de dinero, que tenía además botones de latón, y que pocas veces tenía oportunidad de ponerse— se desvaneció de mi lado y desapareció en dirección a la cocina.

La puerta de delante estaba abierta, y a un lado permanecía de pie mi propio chico. Le habían lavado y planchado los shorts y la chaquetilla con tal cuidado que parecía una pista de esquí suiza antes de empezar la temporada.

—Hola, señor —me dijo radiante.

—Hola, Ben —dije yo—, y esfuérzate en trabajar duro esta noche o si no te mataré mañana.

—Sí, señor —dijo sonriendo.

Me di cuenta de que, por culpa de mi tardanza en tomar un baño lento, un whisky lento y una lenta y reticente actitud al ponerme ropas absolutamente inadecuadas al

clima, los otros habían llegado ya y estaban todos sentados en la galería.



—Vaya, por fin —dijo Martin levantándose para venir a saludarme—. Creí que a lo mejor no venías.

—Querido amigo —le susurré—, nunca te abandonaré en la hora de la necesidad.

—Déjeme que te presente —dijo, empujándose hacia la multitud de la galería—. El señor Featherstonehaugh, comisario del distrito.

Era un hombre pequeñajo cuya cara recordaba fielmente a un pudding de cerdo mal hecho. Tenía un ralo pelo gris y ojos azul pálido pero penetrantes. Se levantó de la silla y me dio un apretón de manos que me sorprendió por lo fuerte ya que a primera vista parecía bastante insípido.

—Hombre, Durrell —dijo—, encantado de conocerle.

—Siento haber llegado tan tarde —dije.

—No tiene importancia ninguna —dijo, siéntese. Estoy seguro de que Bugler

tiene por ahí escondida una bebida sobrante para usted, ¿eh, Bugler?

—Sí, sí, sí, claro, señor —dijo Martin.

Dio una palmada y un coro de «Sí, señor», surgió de la cocina.

Para mi infinito alivio apareció Pious, con sus botones dorados brillando a la luz de las lámparas.

—¿Señor? —dijo Pious como si jamás me hubiera visto antes.

—Whisky con agua —dije.

Y adopté la actitud fría que tanta gente usa para dirigirse a sus sirvientes. Me pareció que el comisario, viniendo de Nigeria, apreciaría que yo adoptara las costumbres británicas que se tienen por correctas. Le eché un rápido vistazo a las caras que me rodeaban. Mary, con los ojos muy abiertos, bebía todas y cada una de las palabras del comisario. Si hubiera tenido un letrero luminoso encima de la cabeza que dijera «Espero un ascenso para mi marido» no habría resultado más evidente. Robín me lanzó una mirada rápida, levantó las cejas y luego se sumió en uno de sus trances soñadores. McGrade tenía un aire suficiente y me sonreía con benevolencia.

El largo sofá de la galería estaba abarrotado de chaquetas y corbatas y una brisa semifresca subía del río.

—Disculpe, señor —le dije al comisario—, ¿pero le importaría que adoptase la costumbre local y me quitara la chaqueta y la corbata?

—Por supuesto, por supuesto —dijo el comisario—, aquí todo es informal. Es lo que estaba diciéndole a Bugler hace un momento. Sólo es una cuestión de rutina; venir aquí una o dos veces al año para cerciorarse de que tu gente no está cometiendo ninguna tropelía.

Con alivio infinito me quité la corbata de color arco iris y la chaqueta y las arrojé sobre el sofá. Pious me trajo la copa, por la que no le di las gracias. Por lo general no era costumbre en África Occidental darles las gracias a los criados por nada. Ni tampoco se les llamaba por su nombre de pila. Simplemente se daba una palmada y se gritaba «chico».

Durante aquella operación la conversación había llegado a un punto absolutamente muerto. Era evidente que el comisario tenía la sartén por el mango y que nadie podía hablar hasta que él lo hiciera. Le di un trago a mi copa pensativo, y me pregunté qué diablos tendría yo en común con el comisario y si realmente sería capaz de sobrevivir a aquella velada con mis facultades mentales intactas.

—Chin, chin —dijo el comisario cuando me llevé la copa a los labios.

—A su salud, señor —le dije.

El comisario se arrellanó más cómodamente en la silla, colocó el vaso sobre el brazo de ésta, echó una mirada en derredor para comprobar si tenía una audiencia arrebatada y entonces empezó.

—Como estaba diciendo, Durrell, justo antes de su tardía llegada, estoy francamente satisfecho de que Bugler tenga el lugar, aparentemente, en perfecto orden. Como ustedes saben, nosotros tenemos que aparecer de vez en cuando para

asegurarnos de que todas las zonas se mantienen en orden.

Al llegar a este punto lanzó una risita de lo menos encantadora y se echó un largo trago de su vaso.

—Es muy amable por su parte el decir eso, señor —dijo Martin.

Y entonces vio a Mary que le miraba con ojos angustiados e implorantes.

—Pero, por supuesto —añadió apresuradamente—, no podría haber hecho nada sin la ayuda de un espléndido asistente.

—Creo que es usted demasiado modesto, Bugler —dijo el comisario—. Después de todo un asistente puede ser una ayuda o un estorbo

—No, pero le aseguro que Standish es absolutamente maravilloso —dijo Martin.

Y haciendo uno de sus majestuosos gestos le tiró encima al comisario todo el platito de cacahuets.

—Lo siento, señor.

Exclamaron a coro Pious, Amos y los dos chiquillos, que aguardaban en las sombra como perros de caza. Convergieron hacia el comisario y mientras murmuraban «Lo siento, señor», «Lo siento, señor» recogieron los grasientos cacahuets de sus limpios pantalones, los volvieron a poner en el platito y se los llevaron a la cocina.

—Lo siento de veras, señor, lo siento de veras —dijo Martin.

—Bueno, es un accidente —dijo el comisario, mirando las manchas de grasa de sus pantalones— que puede pasarle a cualquiera. Pero hay que reconocer que parece que estas cosas le pasan con frecuencia. ¿Dónde, dónde era el sitio al que fui a visitarle?

—Sí, sí, y no sabe cuánto lo siento —dijo Martin interrumpiéndole apresuradamente—, pero fue un completo malentendido, entiende, señor. Le aseguro que aquí el retrete funciona a la perfección.

McGrade, Robin y Mary parecían absolutamente perplejos ante esta conversación.

—Sí, sí, como estaba diciendo —dijo el comisario volviendo a mirarse las manchas grasientas del pantalón— creo que Bugler está haciendo un buen trabajo.

Hizo una pausa para beber.

—Y por supuesto —dijo como si se le acabara de ocurrir, inclinándose hacia Mary con aire mojigato— ayudado por usted y por su marido, Bugler parece que lo ha hecho todo francamente bien. Los puentes y las carreteras tienen aspecto de estar en un estado excelente.

Le lanzó una mirada a McGrade.

—Gracias, señor —dijo McGrade con burlesca cortesía.

—Y entiendo también —continuó el comisario dirigiéndose a Robin— que aunque ustedes no están bajo nuestro mando, se las han arreglado muy bien para obsequiarnos con este excelente caviar. Es extraordinario conseguir en Mamfe algo semejante.

Robin hizo una pequeña inclinación.

—Aprecio mucho su reconocimiento —dijo— porque, como muy bien sabe, señor, el caviar se obtiene de los esturiones vírgenes.

—Creo que es todo absolutamente magnífico —dijo el comisario—. En realidad es uno de los viajes más agradables que he hecho hasta ahora, pero no voy a seguir porque puedo herir los sentimientos de algunos. ¡Ja, ja, ja!

Todos nos reímos sumisamente. Yo miraba el nivel del vaso del comisario porque tenía hechos algunos planes con Pious, sabiendo de antemano que aquel tipo de conversación no podía continuar ilimitadamente sin volvernos a todos locos. Así que, en el preciso instante en que el comisario apuró las últimas gotas de su vaso, apareció Pious, todo él botones relucientes, y le dijo a Martin:

—Jesús dice que están listos los bistecs, señor.

—Ah, bistecs —dijo el comisario palmeándose el estómago—, eso es precisamente lo que necesitamos, ¿no cree usted, damisela?

Y le lanzó a Mary una mirada bastante picaruela.

—Sí, claro —dijo Mary aturdida—, creo que los bistecs son importantísimos, especialmente en este clima.

—En realidad —dijo Robin mientras nos encaminábamos al comedor— yo siempre he tenido la impresión biológica de que los bistecs son importantes en *cualquier* clima.

Afortunadamente el comisario no escuchó este comentario.

Martin me agarró por el hombro y me susurró al oído frenéticamente.

—¿Y cómo nos sentamos?

—Pon a Mary en un extremo de la mesa y al comisario en el otro.

—Ah, muy bien —dijo—, además he hecho una cosa muy ingeniosa.

—Dios mío —dije—, ¿qué has hecho ahora?

—No, no te preocupes —dijo— está muy bien. Pero es que al ver que todos ayudabais tanto me pareció que tenía que contribuir de alguna forma. He puesto a funcionar el punka y el hijo de Amos está ahí fuera para tirar de la cuerda y que al menos tengamos un poco de aire fresco.

—Es evidente que estamos ejerciendo una buena influencia sobre ti, Martin —dije—. Cuando hayamos terminado de adiestrarte, serás capaz de hacer una intensa vida social. Y ahora vete para allá y asegúrate de que todos se sientan donde les corresponde. Mientras colocamos a Mary y al comisario en los extremos de la mesa, puedes esparcirnos a los demás para que parezcamos una multitud.

Tengo que reconocer que el comedor tenía un aspecto realmente impresionante. La mesa y las sillas brillaban a la luz de las velas como castañas recién desvainadas. Tres candelabros estaban alineados en el centro de la mesa y el cuarto sobre el sólido aparador. Pious había hecho bien su trabajo. La cubertería y la vajilla relucían bajo las velas. Si al comisario no le impresionaba esto, pensé, es que no le impresionaba nada.

Nos sentamos y Pious, que obviamente tenía bajo control a Amos y al chico de Martin, nos pasó bebidas a elegir.

—Por Júpiter —dijo el comisario mirando los brillantes candelabros, la mesa reluciente y el punka que oscilaba suavemente—, está muy bien instalado aquí, ¿no, Bugler? Una auténtica residencia de gobernador, ¿no les parece?

—No, no, señor —dijo apresuradamente Martin, pensando sin duda que el comisario creía que estaba gastándose mucho dinero—. No siempre comemos así. Normalmente lo hacemos a lo salvaje, ¿entiende? Lo que pasa es que ésta nos pareció una ocasión especial.

—Me parece muy bien —dijo el comisario—. Lo entiendo perfectamente.

Pious, con el mismo respeto y corrección que un jefe de camareros del Claridge, sirvió unos taquitos de puercoespín sobre tostadas churruscantes.

—Por Júpiter —dijo el comisario—, ¿qué es esto?

Martin, que llegado aquel punto se encontraba bajo una fuerte crispación nerviosa, estaba a punto de decir «puercoespín» cuando Mary, con su voz plácida y serena, dijo.

—Queremos que lo adivine cuando se lo haya comido. Es una sorpresa.

El puercoespín, como yo ya sabía, estaba excelente. El comisario le engulló con notable placer.

—¡Ajá! —dijo cuando se hubo comido el último pedazo—, no puedo equivocarme, ¡venado! ¿Eh?

La mirada de alivio de la cara de Martin estuvo a punto de echarlo todo a perder pero de nuevo Mary metió baza.

—¡Pero qué astuto ha sido! —dijo—. Creíamos que no iba a reconocerlo porque está ahumado y preparado de una forma especial.

—No se me puede cazar en esté tipo de cosas —dijo el comisario pavoneándose—. No olvides que en tiempos fui asistente de distrito y tenía que llevar una vida dura al aire libre. Solíamos comer cosas así. Los antílopes de por aquí son inconfundibles, pero tengo que admitir que ha sido ahumado magníficamente.

—Realmente —dije— es algo que comemos muy de vez en cuando y Martin tuvo el buen ojo de encontrar a un hombrecillo por ahí que tiene un recipiente especial para ahumar y que lo hace muy bien. Así que en las raras ocasiones en que podemos conseguir venado, Martin es tan amable de repartirlo entre todos para que lo disfrutemos.

Mientras esta conversación tan tramposa tenía lugar, la enorme fuente de bistecs con cacahuets había sido colocada frente a Mary, y a lo largo de la gran mesa reluciente habían aparecido unos veinte platitos con las «cosas pequeñas». Era realmente impresionante.

—Siento mucho, señor, no haber podido ofrecerle otra cosa que bistecs con cacahuets —dijo Martin, que tenía la mala costumbre de disculparse por adelantado, ofreciéndole así al adversario la oportunidad de quejarse—, pero mi cocinero los hace

francamente bien.

—Ya sé que se suelen comer mucho —dijo el comisario—, pero sinceramente creo que es un alimento muy rico y reconfortante.

Mary había servido los bistecs, junto con arroz, sobre los platos que Pious y Amos transportaban solemnemente distribuyéndolos entre todos. Luego tuvo lugar una especie de juego de ajedrez que tenía como piezas las «cosas pequeñas».

El plato del comisario estaba colmado hasta el borde. Le añadió tres o cuatro pedazos de paw-paw rosa y lo contempló satisfecho.

—Espléndido —dijo—, tiene un aspecto espléndido.

Martin empezó a relajarse un poco, porque sabía que mi cocinero estaba ayudando a Jesús y que probablemente los bistecs estarían excelentes.

Mary, con exquisita educación, miró al comisario, que inclinó gravemente la cabeza, y hundió la cuchara y el tenedor en su bistec con cacahuets. El comisario la siguió y entonces todos cogimos los cubiertos y atacamos nuestros platos. El punka, crujiendo levemente, ondeaba de acá para allá y nos enviaba ráfagas de aire cálido.

—Es el mejor bistec con cacahuets que he comido en mi vida —dijo el comisario, inmediatamente después de haber engullido un enorme bocado.

Martin me sonrió desde el otro lado de la mesa.

—Martin es un gran organizador —dijo McGrade.

—De verdad que lo es. Estoy totalmente de acuerdo —dijo Robin—. Me temo que esta vez soy yo el que ha fallado.

—¿Fallado? —dijo el comisario—, ¿por qué fallado?



—Bueno, pues porque podríamos haberle ofrecido una comida mucho más espléndida —dijo Robin—; pero desgraciadamente el río viene muy seco y el barco de las provisiones no pudo llegar hasta aquí. Así que creo que el pobre Martin está haciendo lo más que puede dadas las circunstancias.

—Sí —dijo Mary—, nos habría gustado ofrecerle a usted una comida realmente buena.

—Venga, venga, ¡qué tontería! —dijo el comisario—. Tengo entendido que es usted coleccionador de animales, Durrell.

—Sí, señor —contesté.

—¿Pero no encontrará usted muchos aquí? —preguntó.

Mientras tomábamos las copas en la galería había visto a Pious retirar, silenciosa y suavemente, una mantis y un geco de la silla del comisario.

—Cuando era asistente —dijo— y vagaba por la selva no vi jamás ni un maldito animal.

—Hay piezas magníficas por aquí si se sabe dónde buscarlas, señor —dije—. Sin ir más lejos, el otro día cacé una extraña criatura en el jardín de Martin. Hay

muchísima vida aquí si se la busca.

—Es extraordinario —dijo el comisario engullendo un enorme bocado de bistec con cacahuetes—, nunca hubiera creído que existía algo viviente tan lejos de la civilización, por decirlo así.

En ese preciso instante llegó un ruido como de alguien rompiéndole la columna vertebral a una ballena, y con un crujido de mil hojas arrastradas en otoño por un huracán, el punka de hojas de palma se derrumbó sobre la mesa, con uno de los extremos ocultando por completo al comisario.

Afortunadamente no alcanzó a las velas, así que no se prendió fuego, pero, sin embargo, sí contenía, refugiado en los pliegues de las hojas que eran como una falda de bailarina, un muestrario francamente interesante de la fauna local que vive cerca de la civilización.

El efecto que produjo en los comensales fue notable.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —gritaba Mary.

Y se puso en pie de un salto, derramando su gin-tonic, y perdiendo su habitual placidez.

—¿Por qué no me dejaste examinarlo, imbécil? —rugió McGrade.

—Hay veces que no te veo solución, Martin —dijo Robin con cierta aspereza.

—Lo siento muchísimo, muchísimo, señor —dijo Martin dirigiéndose al invisible comisario—. De verdad no sé cómo disculparme.

Las hojas de palma crujieron y apareció la cabeza del comisario. Emergió del punka como un africano albino saliendo de su choza. Abrió la boca para decir algo y entonces se dio cuenta de que una araña peluda color chocolate del tamaño de un platillo se aproximaba hacia él andando por el punka. La rica y feliz comunidad que había vivido tantos años en el abanico sin ser molestada estaba empezando a surgir. El comisario empujó su silla hacia atrás y se puso en pie de un salto.

Yo sabía que, desde el punto de vista de Martin, era aquél un desastre de la peor especie, pero siempre he creído que en la vida hay que aprovechar todas las oportunidades. Parecía que el punka iba a proveerme de algunos especímenes interesantes.

—Les sugiero que pasen a la otra habitación —dije, al tiempo que divisaba una nueva especie de gecko saliendo de las hojas de palma—. Yo arreglaré todo esto.

Las zonas de la mesa que aún eran visibles estaban empezando a cubrirse rápidamente de indignados escarabajos y otros especímenes de la vida inferior que parecían, aún cuando no lo fuesen, extremadamente malignos.

Mary recobró la calma y graciosamente salió del comedor y se dirigió hacia la galería mientras los demás la seguían.

La servidumbre se había quedado de una pieza porque, como estábamos sentados a la mesa, habría sido extremadamente difícil apartar el abanico de palmas y pretender que la cena prosiguiera como si no hubiera pasado nada. Era una situación en la que nunca se habían visto, y el propio Pious era incapaz de hacerle frente.

—Pious —grité, sacándole de su horrorizado trance—, vete a por botellas, cajas o lo que sea para guardar toda esta carnaza.

Carnaza es el término general de África Occidental para designar a todo animal que ande, vuele o se arrastre. Pious, agarrando por el cogote a los dos chiquillos, desapareció.

A estas alturas, un buen número de interesantes habitantes estaban surgiendo del punka para ver la razón por la que se había alterado su vida comunitaria. La primera en aparecer fue una joven mamba^[23] verde muy indignada, que se tiene por la serpiente más mortífera de África. Medía unos dos pies de largo, parecía un lazo trenzado en verde y amarillo, y se podía deducir de su actitud que el asunto resultaba bastante desconcertante para su psique. Traté de atraparla con un tenedor pero se me escurrió y cayó al suelo desde la mesa. Fue sólo entonces cuando me percaté de que, aunque los demás habían huido a la galería dejando el desastre en mis manos, el comisario se había quedado allí. La mamba verde, siguiendo esa irritante costumbre que tienen las serpientes, aunque tenía toda la habitación para elegir, se dirigía arrastrándose directamente hacia el comisario, que se había quedado clavado en el sitio con la faz de un tono azul cada vez más curioso. Hice otro rápido intento de asaltar a la mamba y esta vez la sujeté con éxito y luego la agarré por la parte trasera del cuello. Pious había vuelto ya y traía jarras, cajas, botellas y otros recipientes que había desenterrado de la cocina. Deslicé a la mamba verde dentro de una botella y la cerré herméticamente.

El comisario seguía mirándome con ojos desorbitados. Tenía que decir algo para intentar cubrir el desastre y proteger a Martin. Le sonreí persuasivamente.

—¿Ve usted lo que le decía, señor? —dije quitándole importancia y apartando un escarabajo de los bistecs con cacahuets donde yacía sobre el lomo moviendo las patas y emitiendo agudos zumbidos mecánicos—. Los animales están alrededor de uno. Es cuestión de encontrar dónde viven.

Me miró a los ojos durante unos instantes.

—Sí, sí, ya lo veo —dijo, y añadió—: Creo que necesito una copa.

—Fue muy inteligente por su parte el quedarse quieto, señor —dije.

—¿Por qué? —preguntó el comisario con desconfianza.

—Porque la mayoría de la gente en una situación así se habría dejado dominar por el pánico. Pero usted, señor, ha mantenido la cabeza a flote admirablemente. Si no llega a ser por usted dudo que hubiese logrado atrapar a la mamba.

El comisario volvió a mirarme con desconfianza, pero mi expresión era de absoluta inocencia.

—¡Ajá! —dijo—. Vamos a tomarnos una copa.

—Bueno, yo creo que hay aquí todavía una o dos criaturas que atrapar y me gustaría que Martin me ayudara a organizarme un poco. Estaré con ustedes en seguida, señor, si no le importa.

—En absoluto —dijo—, ahora le mando a Martin.

Martin entró tambaleándose en el comedor como si fuera el único superviviente del Titanic.

—Bendito sea Dios —dijo—, jamás pensé que...

—Mira —dije con firmeza—, no pienses, límitate a hacer lo que yo te diga.

—¡Es mucho peor que lo del retrete!

—Nada puede ser peor que lo del retrete. Y ahora tómatelo con calma.

Mientras hablábamos, Pious y yo estábamos muy atareados recogiendo los últimos habitantes del abanico, a saber, numerosos gecos, ocho ranas de árbol, un lirón histérico con su nido y su cría, tres murciélagos, una pareja de escorpiones iracundos y un increíble número de escarabajos.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Martin desesperado retorciéndose las manos.

Me volví hacia Pious y pude comprobar por la expresión de su rostro que estaba tan preocupado por esta horrible catástrofe como el propio Martin. Yo, desafortunadamente, sufría de un deseo casi incontrolable de reírme a carcajadas pero no osé hacerlo.

—Y ahora —le dije a Pious— vete a casa del masa McGrade a buscar comida. Luego vete a casa del masa Girton y busca comida. Luego vete a casa del asistente y busca comida, y por fin vete a nuestra casa y busca comida. Quiero comida dentro de una hora, ¿entiendes?

—Entiendo, señor —dijo Pious.

Y desapareció.

—Dios mío, me volverán a mandar a Umchichi —dijo Martin.

—Bien podría suceder —dije—, pero a juzgar por la reacción del comisario no sucederá.

—Pero no puede haberle gustado —dijo Martin.

—No creo que le gustara a nadie, excepto a mí. He sacado de ello unos cuantos especímenes.

—¿Pero qué vamos a hacer ahora? —dijo Martin mirando de reojo la ruina de la mesa.

Lo senté en una silla.

—Mandé al comisario a buscarte porque le dije que podías controlar la situación —expliqué—. Pious ha ido a por comida. Qué va a pasar sólo Dios lo sabe, pero al menos tendremos algo que comer. Mientras tanto tienes que intentar llenar al comisario de ginebra.

—Tengo cantidades ingentes de ginebra —dijo Martin muy serio.

—Pues ya está —dije tranquilizador—. El problema está casi resuelto.

—Pero no veo cómo... —dijo Martin.

—Mira, no lo pienses. Déjame a mí. La cosa está en que has de dar la impresión de que controlas la situación.

—Sí, sí, ya te entiendo —dijo Martin.

Llamé a Amos y a John, que estaban en la cocina.

—Limpiad esta mesa, dadle brillo y poned cubiertos para cenar.

—Sí, señor —dijeron a coro.

—Pious ha ido a buscar la comida, decidle a Jesús y a mi cocinero que tendrán que hacer cena otra vez.

—Sí, señor.

—Pero la mesa tiene que quedar tan resplandeciente como antes, ¿entendido?

—Por favor, señor.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Masa cazar todas las serpientes de aquí dentro? —preguntó Amos señalando el arruinado punka.

—Sí —dije—. No tengáis miedo. Yo cazar toda la carnaza.

—No me explico cómo puedes organizarlo todo tan bien —dijo Martin.

—Escucha —dije—, en lo que al comisario respecta, *tú* lo has organizado todo. Y ahora cuando nos reunamos con ellos tienes que adoptar una pose casi militar. Tienes que dar la impresión al comisario de que, mientras yo sólo me preocupaba de mis animales, tú tenías controlado todo lo demás. ¡Y no te disculpes cada cinco minutos! Le llenaremos de ginebra a base de bien y Pious se ocupará de la comida, así que no te preocupes por eso. Todo lo que tienes que hacer es dar la impresión de que aunque esto ha sido un desastre, es un desastre menor y de que estás seguro de que, si lo piensa un poco, el comisario le verá el lado cómico.

—¿El lado cómico? —dijo Martin con voz débil.

—Sí —dije—. ¿Cuánto tiempo llevas en el Servicio Colonial?

—Desde los veintiún años —dijo.

—¿No te das cuenta de que la gente como ese ostentoso asno se alimenta de historias como ésta? Probablemente te has hecho a ti mismo más bien que mal.

—¿Estás seguro? —preguntó Martin dudoso.

—Piénsalo —dije—. Y ahora vamos a la galería.

Nos unimos al comisario en la galería y pudimos darnos cuenta de que los otros habían estado prestando una ayuda incondicional. Mary le había dado una larga conferencia sobre orquídeas y arreglos florales. McGrade había echado un complicado discurso sobre construcción de puentes y mantenimiento de carreteras que no creo que el comisario llegara a entender jamás. Y Robin, a su turno, se había puesto a discutir sobre literatura y arte, temas estos acerca de los cuales el comisario no sabía nada en absoluto.

Le di un codazo a Martin en las costillas y se puso derecho.

—No sabe cuánto lo siento, señor —dijo—. Ha sido muy mala suerte. Me temo que el chico no revisó los enganches del techo. Sin embargo, lo he..., lo he organizado todo y tendremos comida dentro de una hora. Lamento de veras que tenga usted que esperar.

Se hundió en una silla y se secó la frente con el pañuelo.

El comisario le miró caviloso y apuró su décima ginebra.

—No es muy frecuente —dijo con acidez— que cuando estoy desempeñando mis obligaciones se me caigan abanicos encima de la cabeza.

Hubo un silencio breve pero amenazador. Era evidente que Martin no sabía qué decir, así que metí baza.

—Tengo que decir, señor, que fue una inmensa suerte para mí que se encontrara usted allí —dije.

Me volví hacia los otros.

—Vosotros, claro, no lo habéis visto pero había una mamba en el abanico. Si no llega a ser por el comisario, dudo que hubiera podido atraparla.

—¡Una mamba! —chilló Mary.

—Sí —dije—, y estaba de muy mal humor, os lo aseguro. Pero afortunadamente el comisario conservó su sangre fría y pudimos cogerla.

—Bueno —dijo el comisario—, yo no me atrevería a decir que fui de gran ayuda.

—No sea modesto, señor —dije—. La mayoría de la gente, como ya le dije, se habría dejado dominar por el pánico. Después de todo se cree que la mamba es la serpiente más mortífera de África.

—¡Una mamba! —dijo Mary—. ¡Imagínate! Y pensar que estaba allí agazapada sobre nuestras cabezas esperando el momento de atacar. A mí me parece que los dos habéis sido muy valientes.

—Sí, por Júpiter —dijo Robín suavemente—. Creo que yo habría salido corriendo como una liebre.

—Y yo —dijo McGrade, que tenía complexión de luchador y no le temía a nada.

—Bueno —dijo el comisario quitándole importancia, al verse colocado en la posición de héroe—, se acostumbra uno a esas cosas, saben, especialmente cuando se anda vagando por la selva.

Se embarcó en una historia larga y un poco incoherente sobre un leopardo que una vez había estado a punto de matar y todos suspiramos aliviados cuando Pious surgió de la penumbra para informarnos que la segunda cena estaba lista.

Judías frías de lata y salmón también de lata no era precisamente lo que podría llamarse una delicia gastronómica, pero cumplían su función y hacia el final de la cena, lleno de ginebra, el comisario nos estaba contando las más inverosímiles historias de serpientes.

Afortunadamente, la macedonia de fruta no había caído bajo el alcance de la catástrofe y se había podido salvar y después de comérmola todos estuvimos de acuerdo en que Mary, que había puesto en ello el alma, nos había hecho sentirnos orgullosos con una macedonia de fruta que era la cumbre de su género.

Cuando por fin nos marchamos, le di las gracias una vez más al comisario por su valor al ayudarme a cazar a la mamba.

—No es nada, querido amigo —dijo, quitándole importancia con un gesto de la mano—. No es nada, se lo aseguro. Me alegro de haberle servido de ayuda.



Al día siguiente, a pesar de todos nuestros esfuerzos, Martin estaba inconsolable. El comisario, según dijo, había estado muy frío al despedirse y estaba convencido de que su siguiente destino sería volver al infierno de Umchichi. Lo único que pudimos hacer fue escribirle notas amables al comisario dándole las gracias por la desastrosa cena. Yo me las arreglé para incluirle una nota adicional en la que le daba las gracias por la inapreciable ayuda que su oficial de distrito me había prestado. Le dije que en

mi experiencia en África Occidental Martin era uno de los oficiales mejores y más eficientes que había encontrado.

Poco después tuve que trasladar mis animales hacia el sur del país para coger el barco de vuelta a Inglaterra y el incidente se borró de mi mente por completo.

Seis meses más tarde recibí una breve nota de Martin. Decía así:

«Tenías razón, chico, sobre aquello de alimentarse de historias. El comisario está contándole ahora a todo el mundo cómo cazó para ti una serpiente verde en el comedor mientras que tú parecías estar tan petrificado de espanto que no eras capaz de hacer nada sensato. Me han dado un ascenso y me voy a Eunugu el mes que viene. Nunca podré agradecerte lo bastante que lograras que la cena fuese un éxito».

5. UNA CUESTION DE TITULOS

El médico de la familia meneó la cabeza con más pena que enfado.

—Agotamiento —repitió—. Demasiado trabajo y demasiadas preocupaciones. Lo que necesitas son tres semanas en Abbotsford.

—¿Quiere decir el manicomio? —pregunté.

—No es ningún manicomio. Es una casa de reposo *muy* respetable especializada en padecimientos nerviosos —dijo con severidad.

—O sea, un manicomio.

—Creí que matizarías más —dijo tristemente el médico de la familia.

—Es un término muy amplio —dije—. ¿Es ese desangelado edificio gótico de Strawberry Hill que parece el castillo de Drácula —recién traído de Hollywood— según se va hacia Surbiton?

—Sí, ése es.

—Bueno, no creo que esté tan mal —dije juiciosamente—. Puedo escaparme a la ciudad a ver a mis amigos y el show de monstruosidades...

—No harás tal cosa —me interrumpió el médico con firmeza—. Lo que necesitas es reposo y tranquilidad absolutos.

—¿Podré hacer una fiesta de salida? —supliqué.

—¿Una fiesta de salida?

—Bueno, los jóvenes que se presentan en sociedad hacen una fiesta de entrada. ¿Por qué no voy a hacer yo una fiesta de salida? Sólo unos cuantos amigos escogidos para que me deseen buena suerte en mi camino hacia la cárcel de algodones.

El médico de la familia hizo una mueca y suspiró.

—Lo más seguro es que la hagas aunque te lo prohíba —dijo con aire de resignación—, así que hazla.

La fiesta fue de poca gente y tuvo lugar en un excelente restaurante indio del Soho. Fue en el transcurso de la velada cuando sentí que algo me chorreaba por la barbilla y cuando fui a secarme con la servilleta vi que se manchaba de sangre. Era evidente que me estaba sangrando la nariz. Afortunadamente tanto la luz como la decoración del restaurante se prestaban a ocultar aquella manifestación y me las pude

arreglar para detener la hemorragia sin ningún comentario adverso. No tuve tanta suerte al día siguiente.

Era la semana anterior a Navidad y por lo tanto tuve que desviarme de mi camino —cuando iba a Abbotsford— para pasarme por King's Road y entregar allí un osito de peluche casi de tamaño natural que estaba regiamente sentado dentro de un papel de celofán y que no llevaba puesta más que una corbata marrón.

Salí del taxi, abrazando al osito por su gorda tripa, llamé a la puerta de delante, y me empezó a sangrar copiosamente la nariz. Era poco menos que imposible, según comprobé, sujetar el osito con una mano y detener la hemorragia con la otra, así que me puse el osito entre las piernas para dejar las manos libres.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó mi mujer desde el taxi.

—Be está volviendo a sangrar la dariz —dije a través del sanguinolento pañuelo.

Con el osito entre las piernas y la sangre chorreándome por la cara ofrecía un aspecto francamente sospechoso incluso según los cánones de King's Road. Se formó una gran multitud.

—Dales el oso a los de la bombonería de al lado y pídeles por favor que se lo entreguen a Peter —me dijo mi mujer en voz baja—. No puedes quedarte ahí con esa pinta.

La multitud había estado silenciosa hasta entonces, digiriendo aquel espectáculo un poco macabro. Y entonces se les unió una mujer que se quedó boquiabierta ante el misterio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, refiriéndose al mundo en general.

—Le ha mordido su osito de peluche —dijo un hombre y la multitud le rió el chiste estrepitosamente.

Me refugié en la bombonería, entregué el osito de peluche y salí corriendo jadeante hacia el taxi.

—No deberías correr así —dijo mi mujer mientras el taxi proseguía su camino—. Tienes que tomártelo con calma.

—¿Cobo quieres que be lo tobe con calba —pregunté agraviado—, cuando bi baldita dariz está sangrando y dengo adebás que sujedar un inbenso osito de beluche?

—Túmbate y relájate —dijo mi mujer tranquilizadora.

Relajo, pensé, sí, era eso, relajo. Tendría tres magníficas semanas para relajarme, atendido por amables enfermeras, teniendo que tomar sólo decisiones momentáneas como qué quería para comer o cuál debía ser la temperatura exacta de mi baño. Era eso, relajo. Paz y tranquilidad absolutas. Así pues, con este firme pensamiento, entré en Abbotsford.

Me dio poco tiempo a ver nada (excepto que los muebles y la decoración de mi cuarto eran estilo casa de huéspedes al borde del mar de los años veinte, y que las enfermeras eran notablemente guapas) antes de que me envolvieran en un dorado capullo de drogas, de tal modo que me quedé dormido rebulléndome en aquella deliciosa hibernación durante veinticuatro horas. Luego me desperté despejado y

enérgico como una ardilla y me puse a investigar mi nuevo mundo. Mi primera impresión de las enfermeras no había sido errónea. Todas ellas eran a su manera muy atractivas. Era como estar atendido por las participantes del concurso de Miss Mundo.

En la plantilla de día estaba Lorraine, la rubia sueca, cuyos ojos cambiaban de color como un fiordo a la luz del sol; Zena, medio alemana medio inglesa, que tenía el pelo naranja y ojos azules absolutamente redondos y perpetuamente asombrados; y Nelly, una seductora de Basutolandia, como esculpida en chocolate con leche y con una naricita redonda como una pequeña seta marrón. Por la noche estaba Breeda, bajita, rubia como la miel y maternal, y, la más atractiva de todas sin lugar a dudas, Pimmie (mote que Dios sabe de dónde habría salido), que era alta y delgada y parecía un duende con enormes ojos marrón verdoso del color de un río de truchas en primavera. Eran jóvenes y cariñosas y se tomaban su trabajo con toda la alegría y la ilusión con que cuidarían de una camada de cachorros. Sus actividades estaban bajo el control de dos hermanas, las dos francesas, cuyos acentos coordinados, habrían hecho que Maurice Chevalier pareciera haber sido educado en Oxford y haber trabajado en la BBC durante muchos años. Eran las hermanas Louise y Renée y su contundente sentido práctico francés, en acción, un placer para la vista y el oído.

Fue al segundo día cuando, en parte por necesidad y en parte para cambiar de escenario, me dirigí por el pasillo hacia el retrete. Me senté allí, embargado por profundos pensamientos, cuando de repente una gran mancha de sangre en el suelo atrajo mi atención. Vaya, pensé para mis adentros, con la rápida percepción del semidrogado, alguien se ha cortado..., y ha estado sangrando. Al afeitarse, no hay duda. ¿Pero afeitarse aquí? ¿En el retrete? Imposible. En ese instante otra mancha de sangre fue a unirse a la primera y me di cuenta de repente de que me estaba sangrando la nariz otra vez. Cuando me percaté de esto, mi nariz estaba ya sangrando a chorros. Apretándome varios metros de papel de retrete contra la nariz, corrí a mi habitación y llamé al timbre frenéticamente. La nariz, a estas alturas, me sangraba tan de prisa que un pañuelo de papel se empapaba casi al instante quedando por completo inutilizable.

Como respuesta a mi *cri de coeur*^[24] la puerta se abrió y dio paso a Nelly, la de color chocolate, que, enfundada en un abrigo, estaba evidentemente a punto de abandonar su turno.

—Dios mío, señor —dijo Nelly, mirando con ojos desorbitados la sangrienta aparición—. Dios mío, está usted sangrando.

—Yo he llegado a la misma conclusión —dije—. ¿Podría pararme la hemorragia, Nelly querida?

—Espere un momento, no se mueva —ordenó Nelly.

Y salió corriendo por el pasillo. Poco después reapareció visiblemente agobiada.

—No las encuentro, no las encuentro —dijo, casi retorciéndose las manos de desesperación.

—¿Qué es lo que no encuentra?

—Las llaves, las llaves —gimió Nelly.

Se trataba probablemente de las llaves de algún armario que contenía medicamentos para la rápida coagulación de la sangre, pensé,

—No importa —dije tranquilizándola—, ¿no podemos usar otra cosa?

—No, no —dijo Nelly—, lo mejor es deslizarle unas llaves por la espalda.

Mis esperanzas acerca del futuro de la medicina europea en África sufrieron un duro golpe ante este comentario.

Lorraine y Zena, atraídas por el ruido, aparecieron en el umbral de la puerta.

—Está sangrando —dijo asombrada Zena.

—Sí —dije.

—No encuentro las llaves, Zena. ¿Las has visto tú, Lorraine?

—¿Llaves? No —dijo Lorraine—. No he visto ningunas llaves. ¿Qué llaves?

—Para deslizárselas por la espalda —dijo Nelly.

—¿Y por qué no le quemas plumas bajo la nariz? —preguntó Lorraine.

—No, no, eso es para los desmayos —dijo Nelly, la experta en medicina moderna.

—¿Y por qué no sacrificar un gallo negro en un círculo de tiza? —dije yo, empezando a divertirme con la situación.

—Eso no lo verá nunca en la Sanidad Nacional —dijo Zena juiciosamente y con absoluta seriedad.

En aquel momento llegaron Breedá y Pimmie para hacerse cargo del turno de noche. Pimmie se hizo cargo de la situación con una mirada como de reflector que surgió de sus enormes ojos húmedos.

—Tumbese en la cama —me dijo—. Tumbese en la cama y póngase lo más plano que pueda.

—Pero... —empecé a protestar.

—Deje la charla y tumbese. Breedá, vete a por un poco de gasa de una pulgada y algo de adrenalina. Date prisa.

Me tumbé obedientemente y descubrí al instante que la sangre que me había estado saliendo por la nariz ahora me corría por la garganta y amenazaba con asfixiarme. Me senté corriendo.

—Le he dicho que se tumbe —dijo Pimmie amenazadora.



—Pimmie, querida, no puedo. Me voy a ahogar con mi propia sangre —expliqué. Pimmie deslizó un par de almohadones bajo mi cabeza con gran destreza.

—Ahí tiene. ¿Está ya mejor? —preguntó.

—Sí —dije.

Breeda había vuelto ya trayendo en un plato las cosas que le había pedido Pimmie. La cama estaba ahora cubierta de pañuelos de papel sanguinolentos y cinco enfermeras se apiñaban en torno a mi cuerpo yacente.

—Bésame, Fosforito —imploré, tratando de abrazar a Pimmie.

—Deje de delirar —dijo con severidad— y déjeme que le ponga esto en la nariz.

Con gran destreza procedió a taponarme el agujero derecho de la nariz con casi un metro de gasa empapada de adrenalina tan pulcra e impersonalmente como si estuviera relleno un pollo. Luego, con el índice y el pulgar, me pellizcó fuertemente el puente de la nariz mientras me aplicaba hielo en las sienes. Chorrillos de agua y de sangre me goteaban sobre el pijama, pero pronto la sangre atravesó el vendaje y empezó a caer en grandes goterones sobre las sábanas y las almohadas.

Pimmie me cambió la gasa. El aspecto que ofrecían ahora la cama y la habitación era una mezcla entre un matadero y el salón principal del Marqués de Sade después de una velada. Después de varios vendajes nuevos, la sangre seguía fluyendo alegremente. Todas las enfermeras, excepto Breeda y Pimmie, se habían marchado ya.

—Esto no me gusta nada —dijo Pimmie frunciendo el ceño con ferocidad—. Tendré que decírselo al doctor. Quédese inmóvil. Breeda, ocúpate de que se quede inmóvil.

Abandonó la habitación.

—Espero que no haya ido a buscar al doctor Grubbins —dije intranquilo—. Aunque es encantador, no confío en él como médico.

—Espero por su bien que no haya ido a buscarlo —dijo Breeda con placidez.

—¿Por qué? —pregunté alarmado.

—Bueno —dijo Breeda—, no es un médico nada bueno. Sinceramente, si yo tuviera un paciente que se encontrara *tan mal*, jamás iría a buscarlo. Seguro que lo mataría.

—Ésa es la impresión que me había dado a mí —admití—. Tiene un no sé qué que me hizo suponer que no había pasado del estadio de verter brea hirviendo sobre los muñones.

—Es un ignorante —dijo Breeda con pesimismo—. Se cree que la pasteurización es algo que se les hace a los pastos de vacas.

—¿Y que Lister^[25] es lo que le pasa a un barco mal cargado? —dije entrando en el espíritu del juego—. ¿O cree simplemente que fue un compositor famoso?

—Las dos cosas probablemente —dijo Breeda—, y cree que Harvey^[26] es el que inventó el jerez.

—¿Y que angina es un nombre de chica?

—Sí, y prueba con belladona —dijo Breeda.

—¿Te refieres a esa señora tan guapa?

—A la misma. Pues un día...

Pero nunca sabré qué es lo que Breeda estaba a punto de decir, porque en aquel momento Pimmie volvió a la habitación.

—Levántese —me dijo—. El doctor Grubbins dice que tiene que ir al Hospital Waterloo a que le cautericen la nariz.

—Dios mío —dije—. Lo que me temía. Un hierro al rojo vivo entrando en mi nariz.

—No sea tonto —dijo Pimmie, alcanzándome el abrigo—, utilizan una barra cauterizadora.

—¿Una barra? ¿Un maldito hierro de marcar? Creía que me había venido aquí en busca de paz y silencio.

—No tendrá paz ni silencio hasta que no deje de sangrarle la nariz —dijo Pimmie con gran sentido práctico—. Póngase el abrigo, venga. Yo iré con usted. Son

instrucciones del doctor.

—Y las únicas sensatas que ha dado desde que dejó la facultad —dije con entusiasmo—. ¿Cómo vamos a ir hasta allí?

—Taxi —dijo parcamente Pimmie—. Está esperando.

El conductor, lo descubrimos enseguida, era irlandés. Era un hombre menudo y verrugoso que parecía una nuez con patas.

—¿Adónde van? —preguntó,

—Hospital Waterloo —dijo con claridad Pimmie.

—Waterloo..., Waterloo... —musitó el taxista—. ¿Y por dónde está eso?

—Puente de Westminster —dijo Pimmie.

—Claro, claro —dijo el taxista golpeándose la frente—. Les dejaré allí en dos segundos

Nos metimos en el coche y nos envolvimos en una manta porque hacía una noche muy cruda. Estuvimos un rato en silencio.

—Y yo que iba a lavarme la cabeza esta noche —dijo Pimmie de repente con voz de reproche.

—Lo siento muchísimo —dije acongojado.

—Bah, no le dé importancia —dijo Pimmie, añadiendo misteriosamente—. Me puedo sentar sobre él.

—¿Sí? —pregunté, imaginando que se trataba de algún método reciente para lavarse el pelo.

—Sí —dijo orgullosa Pimmie—. Es así de largo. Me ofrecieron hace poco setenta libras por él.

—Pero calva no estarías ni la mitad de atractiva —señalé.

—Eso es lo que pensé yo —dijo Pimmie.

Y volvimos de nuevo al silencio.



El taxi se paró en un semáforo y el taxista volvió la cabeza para contemplar a sus pasajeros. Las luces azules y blancas de la calle le daban a mi cara ensangrentada una extraña palidez.

—¿Va usted bien ahí detrás? —preguntó angustiado el taxista—. Le chorrea a usted bastante sangre. ¿No quiere que paremos para que se tumbe?

Miré hacia el pavimento helado y reluciente de lluvia.

—No, muchas gracias —dije.

—¿Ha probado a ponerse algo contra la nariz? —preguntó el conductor, súbitamente asaltado por tan sagaz pensamiento.

Le expliqué que el agujero derecho de mi nariz estaba tan abarrotado que parecía un cubo de basura municipal. Le expliqué que en el hospital me lo iban a cauterizar.

—Eso es lo que solían hacer antaño, ¿no? —preguntó el taxista con gran interés.

—¿Qué quiere decir? —pregunté turbado.

—Bueno, te cuelgan, te hacen sangrar y luego te cauterizan, ¿no es así?

—No, no. Eso era otra cosa —dije. Y añadí—: Espero.

—Llegamos al hospital después de subir una rampa que tenía un letrero que yo habría jurado que decía: «Protestantes no», pero que luego resultó decir «Pederastas

no». Atribuí este error a mi íntima asociación de aquella noche con los irlandeses.

Entramos en el hospital y lo encontramos libre de hippies drogadictos, alcohólicos sin remedio y niños con el orinal atorado en la cabeza. En realidad la sala de espera estaba desierta excepto por la presencia de la enfermera de guardia. Fue ella la que nos condujo a una especie de tabernáculo y me tumbó con ternura en una especie de mesa de operaciones.

—El doctor estará con ustedes en un minuto —dijo con tal reverencia en su voz que parecía que estaba anunciando la llegada de Jesucristo el día del Juicio Final.

Poco después apareció alguien vestido de blanco con aspecto de chico de catorce años.

—Buenas noches, señor. Buenas noches —dijo cordialmente, frotándose las manos, practicando evidentemente para Harley Street^[27]—. Entiendo que tiene usted una hemorragia nasal, señor.

Teniendo en cuenta que mi barba y bigote estaban tiesos de sangre coagulada y que ésta todavía me chorreaba de la nariz y que mi ropa tenía innumerables manchas secas, no me pareció que fuese aquél un diagnóstico particularmente perceptivo y brillante.

—Sí —dije.

—Muy bien —dijo el doctor, sacando dos pares de tenacillas—, le echaremos un vistazo a la herida, ¿de acuerdo, señor?

Me abrió la nariz con una de las tenacillas tanto como la de un bosquimano y con la otra procedió a sacar varios metros de gasa empapada de sangre.

—Ah, sí —dijo inteligentemente, escudriñando en la sangrienta cavidad que me había producido—, parece que ahí arriba tiene usted algo más.

—Me han metido ahí arriba todo lo que han podido encontrar —dije—. No me sorprendería que se encontrara una plantilla entera de enfermeras y una o dos matronas repanchingadas en los laberínticos pasajes de mis senos.

El doctor se rió nerviosamente y me sacó un bloque de algodón de la nariz.

—Ajá —dijo, iluminando la cavidad con una linterna—. Ya veo. He encontrado el foco de sangre. En realidad, señor, tiene usted ahí una o dos venas importantes, que más valdría vigilar.

—Gracias —dije.

Me pregunté cómo se podría vigilar una vena que se escondía en los oscuros recovecos de la nariz.

—Y ahora —dijo el doctor—, un poquito de cocaína, sabe, para matarlo, como quien dice.

Sacó algo que parecía un esenciero y me pulverizó cocaína dentro de la nariz.

—Ya está —prosiguió charlatán—. Y ahora, enfermera, ¿puede darme el cauterizador? Eso es. Esto no le dolerá, señor.

Sorprendentemente, no me dolió.

—Ya está —dijo de nuevo el doctor, echándose hacia atrás con el aire de un mago

que acaba de realizar un truco particularmente complicado.

—¿Quiere decir que eso es todo? —pregunté asombrado.

—Sí —dijo el doctor, iluminándome la nariz con la linterna—, eso es todo. Ya no le molestará más, señor.

—No sabe lo agradecido que le estoy —dije, abandonando la mesa de operaciones con presteza.

Pimmie y yo volvimos a donde nos esperaba el taxi.

—Caramba, qué rapidez —dijo, admirado, el taxista—. Creí que iban a estarse ahí una hora o dos por lo menos.

—Pues no, me han hecho un trabajo muy rápido —dije, aspirando por la nariz profundas, desenfrenadas y alegres bocanadas de aire.

El taxi bajó la cuesta y llegó a la calle.

—¡Virgen santa, madre de Dios! —dijo Pimmie, de repente, con considerable vehemencia.

—¿Qué pasa? —preguntamos el taxista y yo al unísono, asombrados.

—Nos hemos equivocado de hospital —dijo Pimmie con voz desmayada.

—¿Que nos hemos equivocado? ¿Qué quieres decir? —pregunté.

—No nos hemos equivocado, ése era el hospital que usted me dijo —dijo agraviado el taxista.

—No lo era —dijo Pimmie—. Ponía San Thomas en el costado. Y teníamos que ir al Waterloo.

—Pero está al lado del río. Usted dijo al *lado del río* —puntualizó el taxista—. Mire, *ahí* está el río.

Daba la impresión de que la vida ya era lo bastante complicada como para que encima alguien anduviese cambiando de sitio los hospitales de Londres.

—Me da igual donde esté —dijo Pimmie—, no era el hospital que buscábamos. No era el Waterloo.

—¿Importa mucho? —pregunté—. Después de todo, me han curado.

—Sí, pero yo había avisado al Waterloo —explicó Pimmie—. La plantilla del turno de noche nos estaba esperando.

—Piénselo —dijo pensativo el taxista—. Waterloo suena un poco parecido a San Thomas, especialmente si se va conduciendo, ¿me sigue?

No parecía existir una respuesta adecuada para aquello.

Regresamos a Abbotsford y mientras yo me bebía galones de té templado, Pimmie telefoneaba al Waterloo para explicarles la confusión.

—Les he dicho que fue culpa suya —dijo triunfante al volver—. Les he dicho que estaba usted un poco trastornado y que le pusimos en un taxi y le dio usted al taxista la dirección equivocada.

—Muchísimas gracias —dije.

Aquella noche y el día siguiente transcurrieron sin incidentes, excepto que un paciente se esforzó en venderme una mesa Luis XV falsa en la sala de estar y otro

insistió en practicar el morse sobre mi puerta. Pero eso eran molestias menores y mi nariz se comportaba maravillosamente.

Cuando Pimmie vino aquella noche a hacerse cargo de su turno me miró con ojos de basilisco.

—Bueno —preguntó—, ¿ha vuelto a tener problemas con la nariz?

—Ni uno —dije orgulloso, y apenas habían salido estas palabras de mi boca cuando me empezó a sangrar de nuevo.

—¡Vaya por Dios! ¿Por qué tiene que esperar a que yo venga? —preguntó Pimmie—. ¿No puede darles algo que hacer a las enfermeras de día?

—Es tu belleza, Pimmie —dije—. Me sube la tensión sanguínea y me hace sangrar la nariz.

—¿De qué parte de Irlanda me dijo que era usted? —preguntó Pimmie, mientras me introducía una gasa empapada de adrenalina en la nariz.

—De Gomorra, en la frontera con Sodoma —dije con rapidez.

—No le creo —dijo Pimmie—, aunque tiene usted labia suficiente para cinco irlandeses vulgares.

Pero sus manejos con la gasa fueron del todo inútiles. La nariz seguía goteando como un grifo con la zapatilla defectuosa. Entonces Pimmie abandonó, exhausta, y fue a llamar por teléfono al doctor Grubbins para que le diese instrucciones.

—El doctor Grubbins dice que vaya usted al Hospital Waterloo —dijo al volver—, y dice también que trate de no equivocarse de hospital esta vez.

—¿No vas a acompañarme? —pregunté.

—No —dijo Pimmie.

—¿Pero por qué no? —protesté.

—No tengo la menor idea —dijo Pimmie—. Pero va a ir usted en una ambulancia con un chófer.

El chófer estaba empeñado en alejar las penas de la mente de su pasajero.

—Mal asunto el de las hemorragias nasales —dijo charlatán—. Solían ser muy frecuentes cuando yo jugaba al rugby, pero ya me estoy volviendo demasiado viejo para eso.

—¿Demasiado viejo para las hemorragias? —pregunté.

—No, no. Quiero decir para el rugby —dijo el chófer—. ¿Usted juega, señor?

—No —dije—. Me desagradan todos los juegos de pelota organizados, excepto uno.

—¿Y cuál es ése, señor? —preguntó interesado el chófer.

Era evidente que se enrollaría de forma igualmente aburrida acerca de cualquier juego que hubiera podido inventarse. Tenía que callarlo a toda costa.

—El sexo —dije de manera brutal.

Y seguimos en silencio el resto del camino.

En el hospital, una agradable hermana del turno de noche me condujo a una sala que, a primera vista, parecía desierta. Entonces vi en una cama remota a un viejo que

tosía y temblaba como al borde de la tumba, y, en una mesa a unos metros de distancia al este de mi cama, a una familia compuesta de padre, madre, hijo e hija jugando al palé. Me puse a escuchar su conversación a trozos mientras me preparaba para meterme en la cama.

—¿Estás segura de que no me harán daño, mamá? —decía el chico, agitando los dados vigorosamente.

—Claro que no, cariño —dijo la madre—. Ya has oído al doctor.

—Claro que no —repitió el padre—. Son sólo las amígdalas y las vegetaciones. No es cosa de envergadura.

—Claro, es una operación de nada —dijo la madre—. No te enterarás siquiera.

—Quiero comprar Piccadilly —dijo la niña con voz chillona.

—Ya lo has visto en la tele, ¿no? —dijo el padre—. No se enteran de nada. Incluso aunque les saquen el corazón.

—¡Henry! —dijo la madre, tratando de reprimirle.

—Piccadilly, Piccadilly. Quiero Piccadilly —dijo la niña.

—Pero lo malo es *después* —dijo el niño—. Es después cuando me despierte. Entonces sí que me va a doler, creo.

—No —dijo su padre—. No, claro que no te dolerá. Te darán sedantes.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño.

—Drogas y esas cosas, cariño —dijo su madre con dulzura—. De verdad que no vas a enterarte de nada. Venga, te toca a ti.

Pobre chavalito, pensé. Con más miedo que vergüenza, y la visión de mi persona cubierta de sangre coagulada no creo que le subiera la moral. Bueno, ya tendría unas palabras con él cuando me limpiaran.

En aquel momento llegó la enfermera.

—Ahora viene el doctor a arreglarle la nariz —dijo, echando las cortinas que rodeaban la cama.

—Ah —dije alegremente—, ¿va a volver a cauterizármela?

—No lo creo —dijo la enfermera—. Al doctor Varaswami le gusta la obturación.

Obturación, pensé, qué palabra tan bonita. Resumía tan sucintamente todo el arte de la fontanería. Yo obturo, tú obturas, él obtura, pensé. Nosotros obturamos, vosotros obturáis, ellos obturan. Yo atasco, tú atascas, él atasca...

Pero mis pensamientos sobre los verbos se vieron interrumpidos por la llegada del doctor Veraswami, que tenía un oscuro color de cervato y vigilaba el mundo tras enormes gafas de china. Sus manos, según pude observar, eran tan finas como las de una mujer, y cada uno de sus largos dedos era poco más grueso que un cigarrillo corriente. Ese tipo de manos tan delicadas que te recuerdan a una mariposa. Delgadas, elegantes, ligeras e incapaces de hacer daño. Manos de curandero. El doctor Veraswami me examinó la nariz mientras emitía pequeños gruñidos con voz de falsete que querían indicar la alarma que sentía ante lo que estaba viendo.



—Tendremos que obturarle la nariz —dijo por fin, sonriéndome.

—Lo que usted diga —dije acogedor—. Cualquier cosa con tal de dejar de sangrar.

—Enfermera, sería tan amable de traerme las cosas —dijo el doctor— para que podamos empezar.

La enfermera salió trotando y el doctor se quedó de pie al borde de la cama,

esperando.

—¿De qué parte de la India es usted? —pregunté con desparpajo.

—No soy de la India. Soy de Ceilán —dijo el doctor.

Un punto negativo, pensé. Tengo que tener cuidado.

—Es un país muy hermoso, Ceilán —dije sinceramente.

—¿Lo conoce? —preguntó el doctor.

—Bueno, no exactamente. Una vez pasé una semana en Trincomalee. Pero yo no diría que eso es conocer Ceilán —dije—. Pero creo que es muy bonito.

Animado por esto, el doctor prosiguió como un folleto turístico.

—Muy bonito. En el litoral tenemos la costa con muchas palmeras, playas de arena y brisas marinas. Muchísima caza. Luego están las colinas, las plantaciones de plátanos y todas esas cosas. Es muy rico y muy verde. Con muchísima caza. Y luego están las montañas. Muy altas, muy verdes, muchas brisas frescas. Vistas para la imaginación más desatada. Y muchísima caza.

—Suenan muy bien —dije poco convencido.

Me ahorré más comentarios sobre Ceilán gracias a la reaparición de la enfermera que traía el instrumental necesario para la obturación de nariz.

—Y ahora, enfermera —dijo el doctor desplegando gran actividad—, sujétele fuertemente la cabeza al caballero. Eso es.

Agarró el extremo de lo que parecía una venda de tres millas de largo con unas tenacillas muy largas y afiladas. Luego se ató una luz a la cabeza con una correa y avanzó hacia mí. La presión de la enfermera sobre mi cráneo se intensificó perceptiblemente. Me pregunté por qué. Después de todo, Pimmie me había taponado la nariz con gasa y no me había dolido. El doctor hundió las tenacillas que sujetaban la venda en el agujero de mi nariz y los afilados extremos alcanzaron algún lugar de la base de mi cráneo, tras penetrar por mis senos, dejando tras de sí un rastro punzante de dolor. Tan intenso era que me paralizó las cuerdas vocales impidiéndome emitir una sola protesta. El doctor sacó las tenacillas y volvió a coger unos cuantos centímetros de venda que me introdujo por la nariz apisonándola allí con la misma dedicación con que un duelista revisaría la carga de su pistola. Mientras me llenaba de vendaje, su entusiasmo alcanzó la cumbre y las afiladas tenacillas excavaron un surco en la delicada piel del seno. Ahora me parecía que me estaban cargando la nariz de carbones al rojo vivo. Aunque mis cuerdas vocales habían vuelto a la normalidad, me guardé de emitir una protesta por otra razón. Los jugadores de Palé se habían callado por completo y estaban escuchando ávidamente los débiles sonidos que surgían de detrás de las cortinas de mi cama. Si, como me dictaba la razón, hubiera lanzado gritos de dolor, le hubiera dado al doctor Veraswami una patada en los cojones y hubiera salido huyendo por detrás de las cortinas dejando tras de mí metros de gasa en una salvaje tentativa de obtener la libertad, sólo habría logrado socavar la moral del chiquillo que estaba ahora esperando su propia operación nerviosamente. Tenía que soportarlo. La enfermera, con el fin de mantenerme la cabeza inmóvil, la

tenía asida con perversas garras. Tan firmemente la sujetaba que sus pulgares me dejaron dos señales circulares que tardaron varios días en borrarse.

Veraswami seguía metiendo centímetros y centímetros de gasa en mi agraviada nariz, aplicándose a su tarea con el mismo celo con que un mirlo busca gusanos en el césped por la mañana temprano. Cuando llegamos a lo que parecía la mitad del camino, le pedí con voz bastante ronca que cesara por unos instantes sus hostilidades.

—¿Le duele? —preguntó Veraswami con lo que podría haber sido una voz académica pero que más bien mostraba delectación.

—Sí —dije.

Todo el lado derecho del cráneo, cara y cuello me latían y me dolían como si me los hubiesen machacado con un mazo y sentía que si me hubiesen introducido un huevo en el seno se habría frito en el acto.

—Hay que ser cruel para ser amable —explicó Veraswami, evidentemente complacido de que su dominio del inglés le permitiese usar aquella máxima tan trillada.

El resto de la gasa (once pies según pude descubrir más tarde) fue introducido, y luego firmemente calzado en su sitio, por los pulgares de Veraswami que habían dejado de ser etéreos y con aspecto de mariposa. Había leído que las lágrimas podían brotar de los ojos de la gente por causa del dolor y la aflicción y siempre me había parecido una licencia poética. Ahora opinaba de otro modo. Bajo la acción de los pulgares de Veraswami lágrimas de dolor brotaban de mis ojos entornados como balas de ametralladora. Veraswami le dio un último empujón a la gasa para asegurarla y luego se echó hacia atrás con sonrisa satisfecha.

—Ya está —dijo—. Eso lo curará.

Levanté de la almohada la cabeza, que me dolía salvajemente, y miré a Veraswami.

—¿No le ha sugerido nunca nadie, doctor, que deje de intentar curar a los enfermos y se dedique a la taxidermia? —pregunté.

—No, nadie —dijo sorprendido Veraswami.

Me levanté de la cama y empecé a vestirme.

—Pues debería intentarlo —dije—. En la taxidermia los pacientes no se quejan.

Veraswami me había estado mirando vestirme con alarma creciente.

—¿Pero adónde va usted? —preguntó. No puede marcharse. Ahora no. En caso de que le vuelva a sangrar la nariz, me echarán a mí las culpas.

—Llévese sus tenacillas a un rincón tranquilo y siéntese sobre ellas —le advertí con cansancio—. Yo me vuelvo a Abbotsford.

Encontré un taxi y volví en él, lleno de malignos pensamientos contra la profesión médica en general y contra el doctor Veraswami en particular. Me acordé de que, ya en los años veinte, cuando se recibía en Francia un cursillo de medicina, no se te permitía practicar allí la profesión si en tus papeles decía: «Apto para el Oriente». Pensé que quizá se tratase de la venganza del Oriente.

Después recordé la historia, probablemente apócrifa, del indio que quería a toda costa obtener su licenciatura de ciencias. Se presentó a los exámenes año tras año y siempre suspendía. Al fin, desesperado, las autoridades le sugirieron que dejara de intentar sacarse un título y volcase su talento en alguna otra cosa. Así que se hizo consejero de cómo obtener una licenciatura de ciencias y para probar su valía se hizo imprimir unas tarjetas en las que ponía «Señor Ram Sing, licenciado en ciencias, (suspendido)». Pensé, acunando mi doliente cabeza, que era evidente que Veraswami (cuyo nombre de pila sería Chipati seguramente) era lo que se conocía en la profesión como Chipati Veraswami, Doctor en medicina (suspendido).

Volví a Abbotsford y Pimmie me lanzó una rápida mirada.

—¿Se lo han curado? —preguntó.

—No me toques —dije—. Me han hecho una carnicería y soy el extremo de un nervio gigante en carne viva. Ofréceme la eutanasia y seré tu amigo para siempre.

—Váyase a la cama —dijo Pimmie—. Volveré en seguida.

Con cansancio, me quité la ropa y me metí en la cama. Cualquier cosa, incluso la muerte, era preferible al dolor que me atenazaba. Recordé, con cierta ironía, que había ido a Abbotsford a buscar paz y silencio.

Pimmie entró en la habitación con una aguja hipodérmica.

—Póngame el trasero —ordenó—. Es morfina. Ordenes del doctor.

Me administró diestramente la droga y después me miró a la cara con gran seriedad. No ofrecía una visión muy agradable. Tenía el ojo derecho hinchado y medio cerrado, el hueco de la nariz abierto como el de un boxeador por la presión de la gasa, la barba y el bigote convertidos en una desagradable filigrana de sangre seca. Respiró hondo y frunció el ceño.

—Si los tuviera aquí delante les diría unas cuantas palabras, se lo aseguro —dijo con súbita furia.

—Es muy encantador que te preocupes así —dije adormilado—. No sabía que te preocuparas por mí.

Pimmie se puso alerta con rapidez.

—¿Preocuparme por usted? —dijo desdeñosa—. No estoy preocupada por usted. Lo que me preocupa es el trabajo extra que he tenido que hacer. Eso es lo que me preocupa. Y ahora duérmase y déjese de charla.

Se dirigió a la puerta.

—Volveré en seguida —dijo—, y no quiero encontrarle despierto.

Dulcemente reclinado en un almohadón de morfina, pensé: Chipati Veraswami, Doctor en Medicina (suspendido). Pimmie podría enseñarle una o dos cosas. Ella había aprobado.

5. ÚRSULA

Entre los dieciséis y los veintidós años un gran número de chicas atractivas entraron y salieron de mi vida y ninguna de ellas me dejó una huella muy profunda con la excepción de Úrsula Pendragon White. Apareció y desapareció de mi vida durante varios años con regularidad monótona, como el cuco de un reloj, y de todas las novias que tuve ella era la única que podía despertar en mí sentimientos que iban desde la depresión y el desconcierto hasta la jadeante admiración y el horror absoluto.

La primera vez que me fijé en Úrsula fue en el piso de arriba del autobús veintisiete que avanzaba majestuoso por las calles de Bournemouth, el más saludable de los lugares al borde del mar, donde yo vivía por aquel entonces. Yo ocupaba los asientos de atrás mientras que Úrsula y su acompañante iban en los de delante. Es posible que no me hubiese llamado la atención si no llega a ser porque su voz lo impregnaba todo y era melodiosa y penetrante como el canto de un canario. Al mirar en derredor para encontrar la fuente de tan dulces acentos distinguí el perfil de Úrsula y me quedé clavado en el sitio.

Tenía el pelo moreno, de rizos naturales, y lo llevaba corto formando una especie de oscuro halo que enmarcaba un rostro a la vez hermoso y singular. Sus ojos eran enormes y de ese azul oscuro, casi violeta, que tienen al sol los nomeolvides; estaban enmarcados por oscuras y largas pestañas y colocados bajo unas cejas negrísimas y permanentemente levantadas. La boca era de tal textura y calidad que no debería, bajo ninguna circunstancia, ser usada para comer arenques, ancas de rana o pudding negro, y los dientes eran blancos y uniformes.



Pero era su nariz lo que quitaba el aliento. Nunca había visto una semejante. Era larga, pero no demasiado, y combinaba tres estilos distintos. Empezaba siendo griega en el más estricto sentido del término, pero hacia el final le sucedía algo extraordinario. Se levantaba de repente, como la nariz de un pequinés muy elegante, y luego parecía que alguien le hubiese rebañado delicadamente la punta para volverla plana. Mal escrito como está puede que esto suene de lo menos atractivo pero puedo asegurarles que el efecto era encantador. Los jóvenes que veían la nariz de Úrsula por vez primera se enamoraban de ella profunda y ciegamente. Era una nariz tan única y encantadora que no eras capaz de esperar a entablar una relación más íntima con ella.

Tan en trance me había puesto su nariz que tardé unos minutos en volver en mí y empezar a escuchar su conversación. Fue entonces cuando descubrí otro de los encantos de Úrsula, y era su lucha resuelta, encarnizada e infatigable con el idioma inglés. Mientras que otras personas hablan su lengua materna sumisamente del modo en que se les ha enseñado, Úrsula adoptaba un enfoque más militante a lo reina Boadicea^[28]. Agarraba al idioma inglés por el cogote, lo sacudía de arriba abajo, lo volvía del revés, y forzaba a las palabras y frases a cumplir su voluntad haciéndolas decir cosas que nunca hasta entonces habían expresado. En aquel momento se

inclinaba hacia su acompañante y le decía, a propósito de algo que debían haber estado discutiendo cuando yo subí al autobús:

—Y papá dice que es una media docena de uno y una docena de otro, pero yo no lo creo así. Hay fuego sin humo y yo creo que alguien debería decírselo a ella. ¿No crees?

El joven, que parecía un sabueso dispéptico, parecía tan confundido ante esta afirmación como yo mismo.

—No sé —dijo—. Es una cuestión peliaguda, ¿no?

—No tiene nada de divertido, cariño. Es muy serio.

—Algunas personas —dijo el joven con el aire de un filósofo griego que se permite emitir una perla de sabiduría—, algunas personas nunca le dejan saber a su mano derecha lo que está haciendo su mano izquierda.

—¡Qué cosa! —dijo Úrsula sorprendida—. Yo no le dejaría saber a ninguna de mis dos manos lo que estoy haciendo, pero no se trata de eso. Lo que quiero decir es que... ¡Ooooooh! Aquí es donde nos tenemos que bajar, date prisa, querido.

La miré mientras se bajaban del autobús. Era alta, vestida con descuido, pero con elegancia, y tenía una de esas figuras esbeltas y juguetonas que encienden a los hombres de lascivia, además de unas piernas largas y bien torneadas. La vi descender a la acera hablando animadamente con su compañero y luego perderse en la multitud de compradores y turistas.

Suspiré. Era una chica tan preciosa que me parecía una crueldad del destino que me hubiera permitido tener una visión tentadora de su persona para luego alejarla de mi vida. Pero estaba equivocado, porque tres días después Úrsula había vuelto a entrar en mi vida donde permaneció, intermitentemente, durante los cinco años siguientes.

Me habían invitado a casa de un amigo para celebrar su cumpleaños, y cuando entraba en el salón oí la voz clara y aflautada de la chica del autobús.

—Soy una *voyeur* nata —estaba diciéndole muy seria a un joven alto—. Lo de viajar lo llevo en la sangre. Papá dice que soy el genuino musgo errante.

—Feliz cumpleaños —le dije a mi anfitrión—. Y a cambio de este regalo tan caro quiero que me presentes a la chica de la nariz extraordinaria.

—¿Quién, Úrsula? —preguntó sorprendido—. ¿De verdad quieres conocerla?

—Es lo que más deseo en esta vida —le aseguré.

—Bueno, allá tú con tu conciencia —dijo—. Si te coge por banda te volverá loco. El asilo local está todavía a rebosar con sus diversos novios.

Cruzamos la habitación hacia la chica de la nariz fascinante.

—Úrsula —dijo mi amigo tratando de alejar la sorpresa de su voz—, aquí hay alguien que quiere conocerte. Gerry Durrell... Úrsula Pendragon White.

Úrsula se dio la vuelta y me envolvió en una mirada de picante intensidad, y me ofreció una sonrisa encantadora. Su nariz, vista de frente, era aún más adorable que de perfil. Nada más mirarla me perdí.

—Hola —dijo—. ¿Así que eres el chico de los bichos?

—Preferiría ser conocido como el hombre elegante, guapo, ingenioso y temerario de la ciudad —dije con tristeza—. Pero si tu deseo es que sea el chico de los bichos, seré el chico de los bichos.

Lanzó una risa que sonó como un repicar de campanas.

—Lo siento —dijo—. He sido un poco brusca. ¿Pero es a ti a quien le gustan los animales, no?

—Sí —admití.

—Entonces eres precisamente la persona con quien quiero hablar. He estado discutiendo con Cedric sobre ello durante días. Es muy cabezota, pero yo sé que tengo razón. ¿Los perros pueden tener inhibiciones, verdad?

—Bueno —dije juiciosamente—, si se les pega siete veces a la semana...

—¡No, no, no! —dijo Úrsula como si le hablara a un niño lerdo—, *inhibiciones*. Que pueden ver fantasmas y saber cuándo te vas a morir y esas cosas, ¿entiendes?

—¿No querrás decir premoniciones? —sugerí con tiento.

—No, no quiero —dijo cortante Úrsula—. Quiero decir lo que digo.

Después de discutir las nobles cualidades de los perros y sus destrezas para predecir la fortuna, dirigí astutamente la conversación hacia el tema de la música. Había un concierto en el Pavilion para el que había conseguido dos entradas y pensé que sería un digno comienzo cultural para entablar amistad con Úrsula. Le pregunté que si le gustaba la música.

—La adoro —dijo, cerrando los ojos deleitada—. «Puesto que la música es el frutero del amor, seguid tocando^[29]».

Abrió los ojos y me sonrió con dulzura.

—¿No querrás decir...? —pregunté imprudentemente.

Los ojos de Úrsula pasaron de ser cálidos y borrosos como el amor en la neblina a tornarse agudos y enfadados como litorinas bajo el hielo.

—No empieces a decirme lo que quiero decir —dijo con rebeldía—. Todos mis novios lo hacen y me pone frenética. Me corrigen una y otra vez como si fuera un examen o algo parecido.

—No me has dejado terminar —dije suavemente—. Lo que iba a decir era: «¿no querrás decir que es tan grande tu amor por la música que aceptarías encantada una invitación al concierto del Pavilion mañana por la tarde?»

1. Cita de Shakespeare trastocada; la auténtica es: «Puesto que la música es el fruto del amor, seguid tocando».

—¡Oooooooh! —exclamó, con los ojos brillantes—. ¿Tienes entradas?

—Suele ser la forma normal de entrar en un concierto —señalé.

—Qué listo eres. Lo he intentado varias veces la semana pasada y no quedaban. ¡Me encantaría ir!

Cuando me marchaba, altamente satisfecho de mí mismo, mi anfitrión me preguntó que cómo me había ido con Úrsula.

—Maravillosamente —dije regocijado con mi éxito—. Hemos quedado mañana para comer e ir luego al concierto.

—¿Qué? —dijo horrorizado mi anfitrión.

—La envidia te carcome —dije—. Eres un chico muy majo a tu manera inculta y humilde, pero cuando se trata de chicas atractivas como Úrsula hace falta un poco de encanto, un poco del viejo ingenio chispeante, un toque de *je ne sais quoi*^[30]

—No puedo hacerlo —dijo mi anfitrión—. A pesar de tu detestable arrogancia, no puedo dejarte, a ti, un amigo mío, tirarte de cabeza a uno de los más negros pozos del infierno sin alargarte una mano para salvarte.

—¿De qué estás hablando? —dije sinceramente interesado, porque parecía muy serio.

—Escucha —dije gravemente—. Te lo aviso. Lo mejor para ti sería que la llamas esta noche por teléfono diciéndole que tienes gripe o que has cogido la rabia o algo así, pero sé que no lo harás. Estás entontecido. Pero, por amor de Dios, sigue mi consejo. Si la llevas a comer, *mantenla alejada de la carta*, a menos que alguien acabe de morir y te haya dejado unos cientos de libras. Tiene un apetito como el de una serpiente pitón particularmente voraz, y ningún sentido del dinero. Y en lo que respecta al concierto... Pues bien, ¿no sabes, querido amigo, que las autoridades del Pavilion empalidecen y tiemblan con la mera mención de su nombre? Llevan años tratando de encontrar una forma legal de impedirle que vaya a los conciertos.

—Pero me ha dicho que le encantaba la música —dije inquieto.

—Así es, y le hace un efecto horripilante. Pero no tan horripilante como el que ella le hace a la música. He visto al director de orquesta bañado en lágrimas, atragantándose de saliva como un niño tomando el biberón, después de una interpretación de la Flauta Mágica. Y se rumorea, creo que acertadamente, que el pelo del director se volvió blanco de la noche a la mañana después de que ella asistiese a un concierto de la *Consagración de la Primavera* de Stravinsky. ¿No sabes que cuando Eileen Joyce dio allí un recital y fue Úrsula tuvo sobre la desafortunada pianista un efecto tan perjudicial que se olvidó de cambiarse de vestido entre uno y otro acto?

—Pudo ser un descuido —dije.

—Un descuido, ¿un descuido? Dime ¿has visto alguna vez que a Eileen Joyce se le acaben los vestidos?

Debo admitir que ahí me dejó callado.

Me empujó hacia la puerta con la suavidad de un verdugo amable.

—No te olvides —dijo en voz baja, estrechándome el brazo con compasión— de que soy tu amigo, si me necesitas, telefonéame. A cualquier hora del día o de la noche. Estaré aquí.

Me cerró la puerta en las narices, dejándome camino de casa, extrañamente inquieto.

Pero a la mañana siguiente me había revivido el ánimo. Después de todo, pensé,

Úrsula era una chica excepcionalmente encantadora y estaba seguro de que alguien tan atractivo como ella no podía comportarse de la manera grosera que mi amigo había descrito. Probablemente habría intentado ligársela y ella, tan lista como hermosa, le habría dado calabazas. Sintíendome confortado con este pensamiento, me vestí con especial cuidado y bajé a la estación para encontrarme con ella. Me había explicado que vivía en Lyndhurst en el Bosque Nuevo y que tenía que venir a Bournemouth en tren porque «a papá siempre se le ocurre usar el Rolls cuando yo lo necesito». Esperé su tren paseando por el andén ansiosamente. Mientras me arreglaba la corbata por veinteava vez, fui abordado por una señora mayor, un pilar de la iglesia local, que era, inexplicablemente, amiga de mi madre. Me quedé allí parado, haciendo oscilar nerviosamente de un pie a otro el peso de mi cuerpo y deseando que se fuera aquella vieja bruja, porque lo último que uno desea cuando se ha citado con una chica nueva es una audiencia beata y critica. Pero se me pegó como una sanguijuela y todavía me estaba hablando de su última venta benéfica de objetos usados cuando el tren entró lentamente en la estación resoplando mugriento. Le estaba prestando escasa atención al relato de lo que dijo el vicario porque estaba demasiado ocupado en mirar las puertas abiertas de los vagones para tratar de localizar a Úrsula.

—Y dijo el vicario: «Yo mismo, señora Darlinghurst, le hablaré al obispo de su desinteresada dedicación a los fondos del órgano». No tenía necesidad de decirlo, por supuesto, pero me pareció que era más cristiano por su parte, ¿no cree?

—Oh, sí..., sí..., muy agudo por su parte.

—Eso es lo que yo pensé. Así que le dije «Vicario, no soy más que una humilde viuda...».

Nunca llegué a saber qué otros secretos de su vida privada le había desvelado al vicario, porque me llegó por la espalda un estridente grito de reconocimiento.

—¡Cariño!, cariño, estoy aquí —dijo la voz de Úrsula.

Me di la vuelta y tuve el tiempo justo para que Úrsula se precipitara en mis brazos y apresase su boca contra la mía con la avidez de un abejorro al divisar el primer trébol florido de la estación. Cuando por fin me las arreglé para liberarme del abrazo de pulpo de Úrsula, miré alrededor buscando a la señor Darlinghurst y pude verla retroceder por el andén, caminando hacia atrás, con la mirada de quien, habiendo llevado una vida recluida, se enfrenta de repente con los aspectos más desagradables de una orgía romana. Le sonreí débilmente, le dije adiós con la mano y después, cogiendo a Úrsula firmemente por el brazo, la saqué de la estación mientras me esforzaba en quitarme de la boca lo que parecían varios kilos de lápiz de labios. Úrsula iba vestida con un conjunto azul de muy buen gusto que hacía resaltar sus ojos desmesuradamente enormes, y llevaba también elegantes guantes de encaje blanco. Colgada del brazo llevaba una curiosa cesta como una especie de canasto en miniatura de asa ancha que probablemente contendría cosméticos suficientes para hacer frente a un sitio de varios años.

—Querido —dijo mirándome a la cara fijamente y con arrobo—. ¡Qué bien lo voy a pasar! ¡Qué día tan encantador! Comer sola contigo y luego el concierto... Uuuuummm. ¡La gloria!

Algunos hombres que estaban en el despacho de billetes, al oírla pronunciar la palabra gloria con aquella especie de gemido de lascivia, que había que oírlo para creerlo, miraron envidiosamente hacia mí, y empecé a sentirme mejor.

—He reservado una mesa... —empecé a decir.

—Cariño —me interrumpió Úrsula—. Yo lo que necesito es ir al retrete. En el tren no había. Cómprame un periódico para que pueda ir.

Algunas personas se pararon y nos miraron.

—Calla —le dije apresuradamente—. No hables tan alto. ¿Para qué quieres un periódico? Hay papel en los retretes.

—Ya, pero es tan fino, cariño. Me gusta una capa bien espesa sobre el asiento —explicó con una voz clara que resonó como un tañido de campanas en noche de escarcha.

—¿En el asiento? —pregunté.

—Sí. Nunca me siento sobre la tapa —dijo—. Una vez conocí a una chica que se sentó en la tapa de un retrete y cogió acné.

—Querrás decir acné —dije confuso.

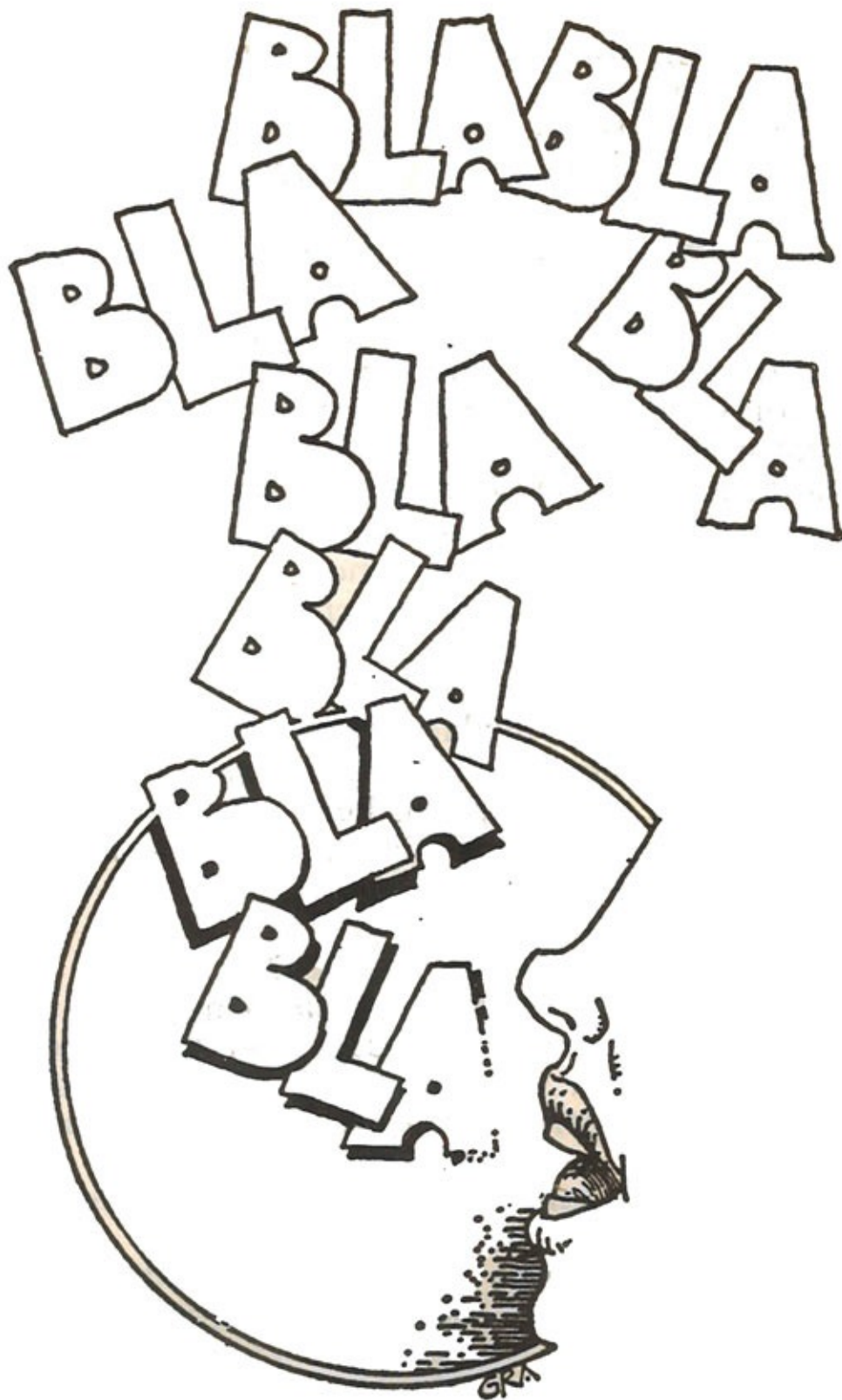
—No, no —dijo impacientemente—. Acné. Te salen por todas partes unos granos rojos espantosos. Date prisa y compra el periódico, anda, te digo que me estoy muriendo.

Así que le compré el periódico y la vi desaparecer en el tocador de señoras, blandiéndolo como una defensa contra las bacterias, y me pregunté si alguno de sus novios la habría descrito alguna vez como el «acné^[31]» de la perfección.

Salió, algunos minutos más tarde. Sonriendo y al parecer libre de bacterias, la metí sin contemplaciones dentro de un taxi y la conduje al restaurante donde tenía reservada mesa. Cuando llegamos al restaurante y nos acomodamos, el camarero desplegó dos enormes menús delante de nosotros. Acordándome de las advertencias de mi amigo, le quité a Úrsula su menú hábilmente de las manos.

—Déjame escoger por ti —dije—. Soy un gourmet.

—¿De verdad? —dijo Úrsula—. Pero no serás indio, ¿o lo eres?



—¿Pero eso qué tiene que ver? —pregunté.

—Bueno, yo creía que venían de la India.

—¿Qué? ¿Los gourmets?

—Sí —dijo—. ¿No son esa gente que se pasa el día mirándose la tripa?

—No, no. Estás hablando de algo muy diferente —dije—. De todas maneras,

cállate y déjame elegir.

Pedí una comida sencilla pero sustanciosa y una botella de vino para acompañarla. Úrsula charloteó incesantemente. Tenía una variedad infinita de amigos, a todos los cuales esperaba que uno conociera, y cada uno de cuyos problemas le era de mucho interés. De las historias que contaba se deducía obviamente que se pasaba gran parte de su vida tratando de arreglarle la vida a sus amigos, tanto si querían como si no. Barboteaba como un arroyo y yo la escuchaba embobado.

—Estoy muy preocupada por Toby —me confesó después del cóctel de gambas—. Me preocupa mucho, de verdad. Creo que ha cogido una pasión secreta por alguien, que le está reconcomiendo poco a poco. Pero papá no está de acuerdo conmigo. Papá dice que está totalmente en camino de ser un incoherente.

—¿Un incoherente?

—Sí. Bebe demasiado, ¿sabes?

Tan rica es la lengua inglesa, pensé, que efectivamente esta palabra podría con toda propiedad ser aplicada para describir a un borracho.

—Podría hacerse miembro de los Incoherentes Anónimos^[32] —dije sin darme cuenta.

—¿Quiénes son? —preguntó Úrsula con los ojos muy abiertos.

—Bueno, son una especie de sociedad secreta de..., de..., um..., incoherentes, que tratan de ayudarse unos a otros para..., bueno, para dejarlo y hacerse..., um..., hacerse...

—¡Hacerse coherentes! —dijo Úrsula con un chillido de gozo.

Debo confesar que ese resultado final no se me había ocurrido.

Luego, mientras comía su «filet mignon» me miró fijamente con su intensa y descarada mirada azul.

—¿Sabes lo de Susan? —siseó. Su siseo se podía oír aún más claramente que su voz normal.

—Mmm..., pues no —confesé.

—Bueno, se quedó embarazada. Iba a tener un niño *iletrado*.

Consideré su noticia.

—Con los nuevos métodos de instrucción... —empecé a decir.

—¡No seas tonto! —silbó Úrsula—. Ella no usaba *nada*. Ahí está la tontería, y su padre, como es natural, dijo que no iba a tener un montón de iletrados manchando su hogar.

—Claro —dije—. No se iba a convertir aquello en una especie de casa de putas.

—Justamente. Así que su padre dijo que le convenía hacer una ablución^[33].

—¿Para limpiarse del pecado? —pregunté.

—No, tonto. Para sacudirse el niño.

—¿Y la hizo? —pregunté.

—Sí. La mandaron a Londres, les costó un montón de pasta y la pobrecilla volvió

estropeadísima. Yo creo que su padre fue injusto.

A todas éstas la mayoría de los clientes del restaurante retenían el aliento, totalmente pendientes de nuestra conversación.

Al llegar al café, Úrsula me estaba contando una larga e intrincada historia acerca de un amigo suyo que pasaba por un horrible trance y al cual ella quería ayudar. Estaba escuchando bastante distraído hasta que de pronto le oí decir:

—Bueno, yo no podía hacer nada por él entonces, porque mamá estaba en cama con un resfriado y papá me había pedido que le hiciera temprano el almuerzo porque tenía que llevar al toro al veterinario para que lo castigara^[34]... Así que...

—¿Que tu padre tenía que hacer qué? —pregunté.

—Llevar el toro al veterinario para que lo castigara. Se estaba volviendo terriblemente fiero y peligroso.

¿Cómo es posible, me pregunté, fascinado ante la idea, que alguien castigue a un toro fiero y peligroso? Pero fui lo bastante listo como para no preguntar nada a Úrsula.

—Venga, date prisa y termina el café —le dije—. Si no, llegaremos tarde al concierto.

—Oh, sí —dijo—. No hay que llegar tarde.

Apuré de un trago su café, pagué la cuenta y la acompañé a la puerta del restaurante. Caminamos a través de lo que irónicamente se llama los Deleitosos Jardines de Bournemouth, entre los marchitos rododendros y el estanque para remar y por fin llegamos al Pavilion.

Según íbamos andando hacia los asientos, Úrsula insistió en conservar con ella su diminuto cestito.

—¿Por qué no lo dejas en el guardarropa? —le pregunté, porque se trataba de un objeto más bien voluminoso.

—No me fío de los guardarropas —dijo ella frunciendo el ceño—. Hacen cosas raras en los guardarropas.

Para evitar confusiones no le pregunté qué clase de cosas raras se hacían en los guardarropas, llegamos a nuestros asientos y pusimos el cesto entre nuestras piernas.

Poco a poco el Pavilion se fue llenando con la acostumbrada multitud de fervorosos aficionados a la música que asisten a los conciertos. Cuando apareció el director de orquesta, Úrsula se unió a los que aplaudían con entusiasmo. Se inclinó hacia mí y me dijo:

—Me parece que es un director bastante guapo, ¿no te parece a ti?

No me pareció el momento adecuado para contradecirla. Ahora el director había llegado y otra vez Úrsula se entregó con frenético entusiasmo al aplauso y se arrellanó con un profundo suspiro. Me lanzó una mirada y una sonrisa seductora.

—¡Qué bien lo voy a pasar, cariño! —dijo.

El concierto era un potpourri de Mozart, compositor al que soy muy aficionado. Pronto descubrí lo que quería decir mi amigo con lo del penoso efecto de Úrsula

sobre la música. A la menor pausa que hubiera, durante un breve segundo, ya estaba Úrsula levantando las manos y aplaudiendo. Pronto, después de que la gente nos silbase y nos chistase, me volví bastante diestro en detener sus manos justo en el momento en que se levantaban para aplaudir en mitad de una pieza. Todas las veces volvía hacia mí unos ojos muy angustiados y me decía:

—Cariño, lo siento. Creí que había terminado.

Creo que fue al final de la cuarta pieza cuando sentí que la cesta se movía. Al principio creí que estaba en un error pero apreté la pierna contra ella y, con toda seguridad, estaba vibrando. Miré a Úrsula que tenía los ojos cerrados y agitaba el dedo índice en el aire siguiendo el ritmo de la música.

—¡Úrsula! —susurré.

—Sí, cariño —dijo sin abrir los ojos.

—¿Qué tienes en la cesta? —pregunté.

Abrió los ojos asombrada y me miró.

—¿Qué quieres decir? —dijo a la defensiva.

—Hay algo que se mueve en tu cesta —dije.

—¡Silencio! —llegó un coro de voces a nuestro alrededor.

—Pero no puede ser —dijo—, a menos que se le haya pasado el efecto de la píldora.

—¿Qué llevas en la cesta? —pregunté.

—Oh, no es nada. Un regalo para una persona —dijo.

Se agachó, buscó a tientas el cierre de la cesta, la abrió, y entonces sacó un diminuto pequinés blanco como la nieve, con enormes ojos negros.

Decir que me quedé asombrado sería suavizar lo que sentí. Hay que tener en cuenta que los asistentes a los conciertos en Bournemouth se tomaban la música muy en serio, y lo último que habrían deseado, o en realidad, lo último que habrían permitido, era un perro en el recinto sagrado del Pavilion.

—¡Maldita sea! —dijo Úrsula, mirando la encantadora nariz chata del pequinés—. Se le ha pasado el efecto de la píldora.

—¡Mételo en la cesta inmediatamente!, ¿me oyes? —chillé.

—¡Shhh! —gritaron todos a nuestro alrededor.

Úrsula se agachó para volver a meter el perrito en la cesta. Éste bostezó voluptuosamente en su cara, y luego hizo un rápido e inesperado movimiento. Se le escapó de las manos.

—¡Ooooooh! —chillé—. ¡Se me ha escapado! ¡Se me ha escapado!

—¡Cállate! —dije.

—¡Shhh! —dijeron todos los que nos rodeaban.

Me incliné para tratar de rescatar al perrito pero, evidentemente eufórico por haber sido liberado de su prisión, había salido trotando por la fila entre el bosque de piernas.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Úrsula.

—Mira, tú cállate y déjame a mí —dije.

—¡Shhh! —gritaron alrededor nuestro.

Nos callamos un minuto mientras yo pensaba a toda prisa. ¿Cómo podría encontrar un pequinés por entre todos aquellos asientos sin desorganizar completamente el concierto?

—Tenemos que dejarlo —dije—. Ya lo buscaré cuando se haya marchado todo el mundo, después del concierto.

—¡No puedes hacer eso! —dijo Úrsula—. No puedes abandonarle así, pobrecito chiquitín. Pueden pisarle y hacerle daño.

—Bueno, ¿y cómo esperas que lo encuentre? —dije.

—¡Silencio! —dijeron todos.

—Está perdido por entre las piernas y los asientos —dije.

—Pero, cariño, tienes que encontrarlo. Me sentiré horriblemente sola —dijo.

Debía haber unas setecientas personas en la sala.

—De acuerdo —dije—. Diré que voy al servicio.

—¡Qué buena idea! —dijo Úrsula sonriente—. Creo que se ha ido por ahí.

Me puse de pie y desafié el peligro de aquellas caras furibundas que murmuraban blasfemias mientras me abría camino por la fila hacia el pasillo. Al llegar allí vi al pequinés, justo enfrente de mí, que estaba agachado como hacen los cachorritos cuando todavía no han aprendido a levantar la pata y que se dedicaba a decorar la alfombra roja con una firma propia. Fui cautelosamente hacia él y traté de agarrarlo. Lo conseguí coger pero mientras lo levantaba en el aire emitió un sonido alto y penetrante que era perfectamente audible incluso por encima de la pieza de música tan eufórica que estaba tocando la orquesta. Se oyó un gran murmullo cuando la gente se volvió para mirar hacia donde yo estaba. El cachorrito seguía chillando. Me lo metí sin miramientos bajo la chaqueta, y, casi corriendo, abandoné la sala.

Fui al guardarropa donde, afortunadamente, conocía a la empleada.

—Hola —dijo—. ¿Se marcha ya? ¿No le gusta el concierto?

—No..., es..., es una cuestión de fuerza mayor.

Saqué al perrito de la chaqueta y se lo puse delante a la chica.

—¿Podrá cuidarme esto? —pregunté.

—¡Ay, qué monada! —dijo—. ¿Pero no lo tendría usted ahí dentro? No se permiten perros, ¿no sabe?

—Sí, lo sé —dije—. Ha entrado por error. Pertenece a una amiga mía. ¿Podrá cuidar de él hasta que acabe el concierto?

Le entregué el perrito a sus tiernos cuidados, volví dentro y esperé silencioso de pie en las sombras hasta que la orquesta terminó la pieza. Luego volví al lado de Úrsula.

—¿Lo tienes, cariño? —preguntó.

—No, no lo tengo —dije—. Se lo he dejado a la chica del guardarropa. Es amiga mía.

—¿Seguro que estará bien? —dijo, embargada evidentemente por oscuros pensamientos acerca de lo que le harían a los cachorritos de pequinés en los guardarropas.

—Estará perfectamente —dije—. Será querido y mimado hasta después del concierto. No me explico qué es lo que te indujo a traer un perro al concierto.

—Pero, cariño —dijo—. Es un regalo para una amiga mía. Intenté decírtelo pero hablabas tanto que no me dejaste meter baza. Quiero llevárselo después del concierto.

—Bueno, pues, por el amor de Dios, no lo hagas más —dije—. El Pavilion no es un sitio para perros. Y ahora vamos a relajarnos y a disfrutar de lo que queda de concierto, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, cariño —dijo ella.

Cuando terminó el concierto y Úrsula se había puesto ronca de aplaudir, como ella dijo, rescatamos al cachorrito del guardarropa, lo volvimos a poner en la cesta y nos abrimos paso entre la muchedumbre de melómanos que discutían ávidamente las proezas de la Orquesta Sinfónica de Bournemouth.

—Cariño, qué bien lo he pasado —dijo Úrsula—. Son esos archipiélagos, que me dan escalofríos. ¿No hay nada como Beethoven, verdad? —preguntó en voz clara y alta, colgándose de mi brazo como una frágil solterona, mirándome muy seria a los ojos y agarrando con una mano el programa que llevaba impreso en grandes letras de molde: *Un concierto de Mozart*.

—Absolutamente nada —asentí—. ¿Y ahora qué vamos a hacer con el cachorrito?

—Bueno —dijo ella—, pues se lo quiero llevar a una amiga mía que vive en las afueras de Poole. Se llama mistress Golightly.

—No es que me sorprenda —dije—, ¿pero por qué quieres llevarle el cachorrito a mistress Golightly?

—Lo necesita —dijo Úrsula—. Lo necesita desesperadamente. Acaba de perder su guau-guau, ¿sabes?

—¿Que ha perdido qué? —pregunté.

—Su guau-guau —dijo Úrsula.

—¿Quieres decir su perro? —dije.

—Sí —dijo Úrsula—. Así se llamaba, Guau-guau.

—¿Y necesita otro? —dije.

—Claro —dijo Úrsula—. No es que quiera otro, es que lo necesita.

—¿Y tú le vas a dar ese cachorro porque crees que lo necesita? —pregunté.

—¡Pero, claro! Cualquiera con ojos en la cara se puede dar cuenta de que necesita uno —dijo Úrsula.

—Me asombra —dije— que gastes la mayor parte de tu tiempo en interferir en los asuntos de tus amigos sin que ellos quieran realmente.

—Claro que quieren —dijo muy seria Úrsula—. Quieren pero no se dan cuenta de que quieren.

Abandoné.

—De acuerdo. Vamos a Poole.

Allí fuimos. Cuando llegamos a Poole, Úrsula se internó inmediatamente por las calles de atrás y llegó por fin a una de esas casitas diminutas que se miran unas a otras fríamente a ambos lados de la calle. Ésta tenía un picaporte de latón reluciente y me di cuenta de que el escalón estaba hermosamente blanco, resultado evidente del arduo frotar de alguien. Úrsula golpeó vigorosamente con el llamador y la puerta fue abierta al instante por una pequeña mujer, vieja, gris y quebradiza.

—¡Caramba, Úrsula! —dijo—. ¡Señorita Úrsula, es usted!

—¡Emma, querida! —dijo Úrsula, envolviendo a aquel frágil vestigio de persona en un amplio abrazo.

—Hemos venido a visitarla —dijo innecesariamente—. Este es Gerry.

—¡Oh...! Pasad, pasad —dijo la viejecita—, pero me habría gustado que me avisarais. Estoy hecha una facha y tengo la casa toda revuelta.

Nos condujo a un salón lleno de los muebles más feos que he visto en mi vida, y que relucían de brillo y amor. Indicaban el más impecable mal gusto. Era una habitación en la que las cosas se cuidaban como se cuidan las cosas en los museos. Nada estaba fuera de su sitio; todo brillaba y resplandecía y en el aire flotaba un leve olor a cera y antiséptico. Cuidadosamente colocadas en el piano vertical, que parecía no haber sido usado nunca, había una serie de fotografías, dos de ellas de un caballero con espeso bigote, rígidamente en pie, y las demás de un lanoso perro callejero en diversas actitudes. La mayoría de ellas estaban borrosas y desenfocadas, pero era obvio que el caballero del bigote ocupaba un segundo lugar después del perro; el cual, sospeché, debía haber sido Guau-guau.



—Sentaos, sentaos —decía la viejecita—. Voy a haceros un té. Tengo un poco de bizcocho. Afortunadamente hice bizcocho precisamente el otro día. ¿Queréis un trocito con una taza de té?

Mi único deseo en aquel preciso momento era el de varios dobles de cerveza, pero dije que me encantaría tomar té.

Mientras tomábamos el té y un pedazo de bizcocho que era tan ligero y espumoso como un kilo de plomo, Úrsula charlaba sin parar. Resultaba evidente que Emma Golightly había pertenecido, tiempo atrás, a la servidumbre de su padre por quien claramente sentía un gran afecto. Era extraordinario contemplar el efecto de euforia que Úrsula producía sobre Emma. Cuando nos había abierto la puerta tenía la cara gris y desvaída, ahora estaba encendida y sonriente, evidentemente inyectada con un poco del entusiasmo de Úrsula.

—¡Sí, sí! —decía—, ¿y se acuerda de cuando...?

—¡Claro que sí! —dijo Úrsula.

—¿Y se acuerda de aquella otra vez en que...?

Y así proseguían interminablemente.

Después, con admirable destreza, Úrsula sacó el tema de Guau-guau.

—Esto..., Gerry no sabe nada de Guau-guau —dijo, mirando a Emma con miserativamente—. Cuéntaselo.

Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas.

—Era un perro maravilloso —dijo—. Un perro maravilloso. En realidad casi podía hablar, ¿sabe...? Casi podía hablar, así es. Hasta que un día le dejé salir y pasó por aquí un tipo con un coche y lo atropelló. Ni siquiera se paró..., ni siquiera se paró. Lo llevé al veterinario..., todo cubierto de sangre. Lo llevé al veterinario, y le dije..., pagaría cualquier cosa, cualquier cosa para que viviera. Porque, sabe, era lo único que tenía después que murió mi marido. Y era un perro adorable, de verdad que lo era. Lo habría querido usted también si lo hubiera conocido. Y estaba todo cubierto de sangre y no parecía estar sufriendo mucho, pero me dijeron que no podían hacer nada. Dijeron que lo mejor era liberarlo de su miseria. Había sido mi compañero desde que murió mi marido. Durante..., durante años. Lo tuve..., lo tuve durante casi doce años. Así que se puede imaginar el shock que fue para mí. Así que cuando dijeron que era lo único que podían hacer, dije: «De acuerdo, adelante, háganlo.» Y terminaron con él.

Hizo una breve pausa y se sonó vigorosamente la nariz.

—Debió ser un gran shock para usted —dijo.

—Sí que lo fue. Un shock tremendo. Era como si me arrancaran parte de mi vida, porque, como ya le he dicho, desde que murió mi marido él había sido mi único compañero.

No estaba muy seguro de cómo proseguir aquella conversación porque era evidente que si Emma continuaba hablando de Guau-guau se derrumbaría y yo no sabía cómo íbamos a afrontar una situación semejante. Pero en aquel momento Úrsula, por decirlo así, desveló sus armas.

—Querida Emma —dijo—. Por la forma en que tratabas a Guau-guau..., por la manera que tenías de cuidarlo y darle una vida tan feliz..., por esa razón es por la que quiero..., por la que quiero pedirte un favor muy grande. Ahora puedes decir que no, pero me gustaría que lo reconsiderases.

—¿Un favor, señorita Úrsula? —dijo Emma—. Por supuesto que le haré un favor. ¿Qué quiere?

—Bueno —dijo Úrsula, tergiversando las cosas enloquecida—, este amigo mío tiene este cachorrito. Por desgracia, debido a enfermedades en su familia —su esposa está gravemente enferma, gravemente enferma— no puede prestarle la atención que se merece, así que —sólo por una semana o dos— quiere que alguien se lo cuide. Alguien que pueda darle el amor y el afecto que necesita. E inmediatamente me acordé de ti.

—¡Oh! —dijo Emma—, ¿un cachorrito? Bueno, no sé... Quiero decir que después de Guau-guau..., sabes, no me parece que pueda querer a otro perro.

—Pero éste es sólo un cachorrito —dijo Úrsula con los ojos rebosantes—. Un cachorrito muy muy chiquitín. Y sólo por una o dos semanas. Y estoy segura de que lo cuidarías tan *maravillosamente*.

—Bueno, no sé, señorita Úrsula —dijo Emma—. No me gustaría tener otro perro.

—No te estoy pidiendo que lo tengas —dijo Úrsula—. Sólo te estoy pidiendo que se lo cuides a este pobre hombre que tiene a su mujer terriblemente, terriblemente enferma. Está dividido entre su mujer y su perro.

—Ah —dijo Emma—. Igual que yo cuando Bill estaba enfermo. Ahora lo recuerdo. A veces no sabía si sacar a Guau-guau a dar un paseo o quedarme con Bill, que estaba enfermo. ¿Y qué clase de perro es, señorita Úrsula?

—Te lo enseñaré —dijo Úrsula.

Se inclinó y abrió la cesta. El pequinés estaba enroscado, agotado por su velada cultural en el Pavilion, profundamente dormido. Lo agarró sin contemplaciones por la parte de atrás del cuello y lo puso ante los atónitos ojos de Emma.

—Míralo —dijo Úrsula—. Pobre cosita.

—¡Oh! —dijo Emma—. ¡Oh!, pobre cosita —repitió inconscientemente.

Úrsula intentaba mecer al cachorro en sus brazos, quien, con gran satisfacción por mi parte, le dio un buen mordisco en el dedo índice.

—Míralo —dijo con la voz temblorosa, mientras el perro se debatía en sus brazos—. Un pobre animalito mudo que realmente no sabe si va o si viene. Ha sido arrancado de la vida familiar a la que estaba acostumbrado. ¿No te vas a apiadar de él, Emma?

Empezó a parecerme que la escena estaba tomando ciertos tintes a lo *Jane Eyre*, pero estaba, a pesar de todo, tan fascinado por las técnicas de Úrsula que la dejé seguir adelante.

—Este pobre huerfanito —dijo, extrayendo el dedo con dificultad de entre sus mordisqueantes quijadas—, este pobre huerfanito lo único que pide es un poquito de compañía, un poquito de ayuda en sus momentos difíciles... Igual que mi amigo, claro.

—Bueno, reconozco que es muy mono, monísimo —dijo Emma, obviamente conmovida.

—Oh, sí que lo es —dijo Úrsula amordazándole el hocico fuertemente con la mano para que no la pudiera volver a morder—. Es absolutamente encantador y creo, no estoy segura, pero creo, que está muy bien enseñado... Sólo una semana, querida Emma. ¿Sería posible que vieras la manera de tenerlo..., de tenerlo en tu casa, como fuera, pagándote los gastos del hospedaje o algo parecido?

—Bueno, no haría esto por cualquiera —dijo Emma fijando sus ojos hipnotizados en la movediza barriga gordezuela y sonrosada del cachorrito, en sus blancas lanas y en sus ojos negros y saltones—. Pero en vista de que parece un perrito tan mono y ya que es usted quien me lo pide..., estoy..., estoy dispuesta a tenerlo por una semana.

—Querida —dijo Úrsula—. Que Dios te bendiga.

Metió otra vez al perrito rápidamente dentro de su cesto porque estaba empezando a desmandarse. Corrió hacia Emma, la rodeó con sus brazos y la besó en ambas mejillas.

—Lo sabía —dijo, envolviendo a Emma en aquella brillante mirada azul, como la luz de un reflector, que yo sabía que podía tener tan devastadores efectos—. Sabía que tú, menos que nadie, podías rechazar a este perrito desvalido en un trance tan crítico.

Lo más curioso es que dijo aquello con tal convicción que yo mismo casi estuve a punto de sacar mi pañuelo y sollozar en él.

Y por fin, después de haber rehusado otra taza de té y otro trozo de indigesto bizcocho, nos despedimos. Cuando íbamos calle abajo hacia la estación, Úrsula me pasó el brazo por la espalda y me estrechó fuertemente.

—Mil gracias, cariño —dijo—. Me has servido de gran ayuda.

—¿Qué quieres decir con «gran ayuda»? —pregunté—. Yo no he hecho nada.

—No, pero estabas allí. Era como una especie..., una especie de fuerza, de presencia, ¿entiendes?

—Dime —le dije muy interesado—, ¿por qué te empeñas en hacer cargar a esa pobre mujer con ese perrito rencoroso, cuando es evidente que no necesita ninguno?

—Oh, pero tú no sabes lo de Emma —dijo Úrsula.

Lo cual era muy verdad, porque no lo sabía.

—Cuéntame —dije.

—Bueno —empezó—, al principio su marido se puso enfermo y entonces trajeron a Guau-guau, y la atención de ella empezó a estar dividida entre Guau-guau y su marido, y cuando su marido se murió ella concentró todo su afán de restablecimiento, o como quieras llamarlo, en Guau-guau. Y desde que a Guau-guau lo atropellaron ella viene empeorando progresivamente. Lo puedes ver con tus propios ojos, cariño. Cada vez que he venido a visitarla he podido ver cómo se va volviendo más y más..., bueno, ¿sabes?, como más vieja y más agriada.

—¿Y por qué crees que el perrito la va a ayudar? —pregunté.

—Claro que la va a ayudar. Es el cachorro más feroz de la camada. Es seguro que morderá al cartero, al verdulero o a cualquiera que venga por la puerta, y para pequinés tiene el pelo muy largo, lo va a ir perdiendo por todas partes, y no está bien enseñado, le va a hacer pis y caca encima de todo, querido.

—Un momento —la interrumpí—. ¿Y te parece un regalo acertado para una viejecita frágil que acaba de perder a su favorito Guau-guau?

—Pero, claro, cariño, es el único regalo posible —dijo Úrsula.

Se detuvo oportunamente debajo de un farol y levantó sus ojos hacia mí.

—Guau-guau era exactamente igual. Dejaba pelo por todas partes y cuando no lo dejaba salir se hacía pis en el vestíbulo, y ella se pasaba el día quejándose... Le daba algo que hacer. En fin, que cuando murieron su marido y Guau-guau se quedó absolutamente sin nada que hacer, así que se iba metiendo en una especie de..., en

una especie de gris deterioro. Ahora, con este perro que la morderá y morderá a todo el mundo, seguramente se verá en juicios, el perrito perderá el pelo, se hará pis en la alfombra, y ella tan contenta.

Miré a Úrsula y por primera vez la vi tal como era en realidad.

—¿Sabes? —le dije, rodeándola con mis brazos y besándola—. Creo que eres bastante encantadora.

—No se trata de encanto —dijo Úrsula, separándose de mis brazos como si se quitara un abrigo—. No es cuestión de encanto. Es una viejecita encantadora y lo que quiero es que se entretenga en lo que le quede de vida. Este perrito la divertirá muchísimo.

—Pues fíjate, a mí nunca se me hubiera ocurrido —dije.

—Seguro que se te hubiera ocurrido, cariño —dijo, dedicándome una brillante sonrisa—. Eres tan inteligente.

—A veces —le dije, al tiempo que la cogía del brazo y caminábamos calle abajo—, a veces empiezo a preguntarme si en realidad lo soy.

Los meses siguientes me proporcionaron días idílicos. Úrsula poseía una especie de ignorante pureza que imponía respeto. Pronto comprendí que para evitar situaciones embarazosas lo mejor era llevarla al campo en vez de confinarla en un restaurante o locales por el estilo. Por lo menos en el campo los cuclillos, alondras y erizos la aceptarían como lo que era, una persona muy sencilla y encantadora. Si se quedara encerrada en la sociedad de Bournemouth empezaría a dejar caer ladrillos al mismo ritmo que un tosco peón de albañil poniendo los cimientos de un edificio.

Pero llevar a Úrsula al campo también tenía sus riesgos. Le enseñé un trocito de bosque que había descubierto y que tenía, por entonces, más nidos de pájaro por pulgada que ningún otro lugar de los que yo conocía. Úrsula se excitó salvajemente ante aquellos nidos rebosantes de pajaritos gordos con la boca abierta y de montones de huevecillos azules y pardos, y los miraba emitiendo deleitosas exclamaciones. Lo único que hubiera logrado satisfacerla era que yo hubiera visitado el sitio todos los días y la hubiera telefoneado con un largo informe acerca de los progresos de los diferentes nidos. Pocas semanas más tarde la volví a llevar a aquel sitio y descubrimos, horrorizados, que había sido encontrado, probablemente por un grupo de escolares, que habían pateado toda la zona y destruido todos los nidos. Los pajaritos yacían muertos por el suelo y los huevos habían sido robados. La angustia de Úrsula fue muy intensa. Sollozaba incontroladamente con una mezcla de rabia y de dolor y tardé mucho en poderla consolar.

Aún estaba sacudida por intermitentes y entrecortados sollozos cuando la acompañé al bar de Square and Compás, con el suelo lleno de serrín y saliva, una de tus tabernas favoritas del barrio. Allí, en aquella minúscula taberna, se reunían por las tardes todos los viejos del barrio, hombres grandotes y curtidos como caballos, de rostros arrugados como nueces, con bigotes lacios y tiesos, tan crujientes y blancos como hierba escarchada. Eran hombres maravillosos y me pareció que encontrarse

con ellos podía distraer a Úrsula de la idea de los nidos destruidos. También estaba interesado en ver qué clase de reacción provocaría la presencia de ella.

Al principio, se quedaron sentados silenciosos, desconfiados y tiesos, amparando cuidadosamente con sus manos el vaso de cerveza, mirando fijamente hacia nosotros sin expresión alguna. Ellos ya me conocían, pero ahora había introducido en su local diminuto y borroso por el humo, un cuerpo extraño y, además, un cuerpo femenino y muy atractivo. La ley implícita era que ninguna mujer entrase en el local. Úrsula era completamente ignorante de aquello y, si no lo era, lo afrontaba sin miedo. Se empolvó la nariz, apuró un gran vaso de ginebra en el tiempo mínimo, y volvió sus brillantes y provocativos ojos azules hacia los viejos. A los pocos minutos ya los había amansado y de vez en cuando soltaban risitas medio avergonzados. Fue entonces cuando ella descubrió la pizarra negra en una esquina.

—¡Ooooh! —chilló gozosamente—. ¡El juego de las chapas^[35]!

Los viejos cambiaron miradas de susto. Luego miraron al miembro de más edad del grupo, un patriarca de ochenta años que era, según supe, el campeón local de aquelpreciado juego.

—No, señorita —dijo con firmeza—, se llama «empuja el medio penique».

—Enséñeme a jugar —dijo Úrsula, mirándole de forma tan adorable que su rostro moreno se puso del color de un tomate maduro.

—Venga, George, enseña a la señorita —dijeron a coro los otros viejos, encantados de que George se estuviera ruborizando y confundiendo como un escolar.

A regañadientes, se acercó arrastrando los pies y él y Úrsula se encaminaron a la mesa presidida ceremoniosamente por la pizarra.

Según le observaba cuando la estaba enseñando pude comprobar, y no por vez primera, la tortuosidad de las mujeres en general y de Úrsula en participar. Era absolutamente evidente no sólo que ya sabía jugar a «empuja el medio penique», sino que seguramente habría podido ganar a George. Pero sus torpes intenciones por aprender de él y los suspiros de él cuando le daba palmadas en el hombro con su mano enorme y membranosa tan delicadamente como si estuviera acariciando a una muñeca, era algo delicioso de mirar. Úrsula perdió con elegancia y luego insistió en pagar una ronda de bebidas, que me tocó pagar a mí porque ella no llevaba dinero.

Para entonces los viejos, arrebolados y entusiasmados, se empujaban literalmente por jugar con ella la próxima partida. Úrsula, provista del consabido periódico de la tarde, desapareció fugazmente en el retrete de señoras antes de volver para desafiar a todos sus contrincantes.

George, limpiándose la espuma de su magnífico bigote, se apoyó a mi lado sobre el mostrador de roble y aceptó un cigarrillo.

—Una joven admirable, señor —dijo—, una joven muy admirable, aunque sea extranjera.

Lo curioso era que no usaba el término extranjera del mismo modo que lo usarían en la mayoría de los pueblos de Inglaterra para describir a alguien que no ha nacido

en el lugar. Estaba firmemente convencido por la marca particular del inglés de Úrsula de que debía provenir del continente o de algún lugar salvaje semejante. No quise desilusionarle.

Hacía ya un año que conocía a Úrsula cuando un día me telefoneó para dejarme caer una noticia como una bomba.

—¡Gerry!

La voz era tan penetrante que tuve que alejar el auricular de mi oído. Sólo podía ser Úrsula.

—Sí —dije con resignación.

—Cariño, soy yo, Úrsula.

—Jamás habría podido adivinarlo —dije—. Estás mucho más serena, mucho más dulce. Con esa voz suave como el arrullo de una paloma chupadora...

—No seas tonto, cariño. Te he llamado porque tengo una noticia maravillosa y quería que tú fueras el primero en saberlo —dijo sin aliento.

¿Qué pasaría ahora?, me pregunté. ¿Cuál de sus innumerables amigos habría alcanzado un éxito aplastante gracias a sus maquiavélicos manejos?

—Cuéntamelo todo —dije, resignándome a pasar por lo menos media hora al teléfono.

—Cariño, estoy comprometida —dijo Úrsula.

Confieso que mi corazón sintió una súbita punzada y que me embargó un sentimiento de soledad. No es que estuviese enamorado de Úrsula; no es que quisiera casarme con ella —¡Dios no lo permita!— pero me di cuenta de repente de que se me estaba privando de alguien que siempre podría iluminar mis tinieblas, y que me había dado tantas horas de placer. Y ahora estaba comprometida, indudablemente con algún pesado idiota, y con ello nuestra encantadora amistad cambiaría.

—¿Cariño? —dijo Úrsula—. ¿Cariño? ¿Sigues ahí?

—Sí —dije—. Sigo aquí.

—Pero, cariño, pareces tan abatido. ¿Te pasa algo? ¡Pensé que te alegraría!

Su voz sonaba dolorida, desconcertada.

—Me alegra —dije, tratando de alejar de mí el egoísmo, tratando de alejar el recuerdo de Úrsula cuando me contaba que una amiga suya había ido a Venecia y tenía un gondolero todas las noches—. Realmente, cariño, estoy encantado. ¿Quién es el desdichado?

—Toby —dijo—, ¿conoces a Toby?

—Pero creí que era un incoherente —dije.

—No, no, tonto. No es ese Toby, es otro completamente distinto.

—Me alegro de que así sea. Pensé que si era incoherente habría tenido dificultades al hacerte proposiciones.

—Cariño, no pareces tú en absoluto —dijo con la voz preocupada y suavizada—. ¿Estás enfadado conmigo porque me he comprometido?

—En absoluto —dije ácidamente—. Me alegra saber que has encontrado a

alguien capaz de interrumpirte el tiempo suficiente para hacerte proposiciones. Yo jamás habría podido.

—¡Ooooh! —dijo Úrsula—. ¡Estás celoso! ¡Qué maravilla, cariño! Nunca supe que querías hacerme proposiciones. ¿Cuándo fue?

—Con frecuencia —dije lacónicamente—, pero afortunadamente me las arreglé para reprimir el deseo.

—Oh, cariño, cuánto lo siento. ¿Vas a seguir encenagado, reservado y silencioso?

—No tengo la menor intención de convertirme en una ciénaga por tu causa —dije con cierta aspereza.

—Oh, cariño, no seas tan tonto. Creí que te alegrarías. En realidad estaba pensando en que nos viéramos... —su voz se desvaneció.

Qué canalla estaba siendo, reflexioné. Qué monstruoso e inhumano canalla. Allí estaba aquella chica pidiéndome prácticamente que sellase sus nupcias y allí estaba yo comportándome como un quinceañero. Me sentí arrepentido.

—Claro que podemos vernos, preciosa —dije—. Siento haber estado tan brusco. Es que no puedo acostumbrarme a la idea de que te hayas comprometido. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—Cariño, así está mejor. ¿Por qué no vamos a bailar esta tarde? Vamos al Tropicana... ¡Vamos, cariño!

Ir a bailar hasta las diez, pensé para mis adentros. El Tropicana era una sala de fiestas particularmente bulliciosa de esas que surgen de repente como cuezcacos de lobo, tienen un breve momento de contribución a la miseria humana y luego se sumen misericordiosamente en la oscuridad. De todos los lugares que podría haber sugerido Úrsula no podía haber elegido uno que me desagradase más.

—De acuerdo —dije con entusiasmo—, ¿pero podemos cenar primero?

—Sí, cariño. ¿Dónde?

—¿Qué te parece el Grill Room? Reservaré una mesa.

—¡Cariño! —suspiró Úrsula—. El primer sitio a que fuimos a comer. Qué romántico eres, cariño.

—No en especial. Es el único sitio en que se come bien —dije con austeridad.

—Cariño, te quiero. Aunque seas absorbente. Buena comida y luego a bailar. Nos veremos en el Grill a las ocho, cariño, no sabes lo que me alegra el que a ti te alegre. Te quiero y te querré siempre.

Colgué el teléfono y me di cuenta de lo que acababa de perder.

Cuando nos vimos, todavía me pareció haber perdido más porque llevó a su novio con ella. Era un joven guapo, evidentemente entontecido por Úrsula, con un vocabulario muy limitado. Pero parecía bastante majo. El Grill Room, como había imaginado, estaba de bote en bote, así que nos tuvimos que sentar incómodamente los tres en una mesa para dos. Toby no tenía mucho que decir por sí mismo, pero eso no importaba porque Úrsula hablaba sobradamente por los dos. Cuando terminamos de cenar fuimos al Tropicana donde la orquesta atronaba. Allí, Toby y yo nos

turnábamos solemnemente en impulsar a Úrsula, que charlaba enloquecida, a dar vueltas y más vueltas por la pista. Fue una velada absolutamente desdichada desde mi punto de vista. Después de aquello no volví a ver a Úrsula durante mucho tiempo. Me enteré de que poco después se había casado y había tenido un niño. Me pareció que ahora que estaba segura y cómodamente instalada en su cama de bodas desaparecería de mi vida para siempre. Pero una vez más me equivoqué. Un día llamaron al teléfono y era Úrsula.

—¡Cariño! ¡Soy yo, Úrsula! —dijo.

—¡Bendito sea Dios! —dije sorprendido—. ¿Dónde has estado estos años?

—Me casé, cariño —dijo—. He tenido un niño.

—Eso había oído —dije—. Enhorabuena.

—Cariño, he estado recluida en el campo tanto tiempo. Hoy he tenido que venir a Bournemouth a hacer unas compras. ¿Dónde podemos vemos?



—¿Tu marido viene contigo? —pregunté cauteloso.

—No, cariño. He venido por mi cuenta —dijo.

—Bueno, en ese caso vamos a vernos sea como sea. Te invitaré a comer. Pero primero vamos a vernos en el Cadena para tomar café.

—Maravilloso, cariño. Estaré allí a las once en punto —dijo.

A las once apareció por la puerta del Cadena y pude ver que estaba esperando

evidentemente su segundo hijo. Aparte de la protuberancia de su estómago tenía un aire resplandeciente, como pétalo de rosa a la luz del sol.

—¡Cariño! ¡Cariño! —gritó—. ¡Cariño!

Me envolvió con sus brazos y me dio un prolongado beso de esos que suelen cortar de las películas francesas los censores ingleses. Al besarme emitía unos zumbidos como los de una colmena de abejas enloquecidas de sexo. Apretó su cuerpo contra el mío para extraer todo el sabor del abrazo y para demostrarme que le importaba de verdad, sinceramente. Varias señoras mayores, y lo que parecía un brigadier conservado como una ciruela en alcohol, nos contemplaban con fascinada repulsión. Podía deducirse de sus expresiones que esperaban que le rasgase las ropas y la violase allí mismo, sobre el sagrado suelo del Cadena. Me liberé de ella con esfuerzo.

—Creí que estabas casada —dije.

—Lo estoy, cariño —dijo—. ¿No crees que han mejorado mis besos?

—Sí —dije—. Siéntate y tómate un café.

—¿Puedo pedir un helado? —preguntó.

—De acuerdo —dije.

Pedí un café y un helado.

—Bueno, tengo que admitir que estás resplandeciente —dije.

—¿Eso crees?

—Creo que estás maravillosa. Veo que vas a tener otro.

Se metió en la boca una gran cucharada de helado y habló a través de ella confusamente.

—Losh niñosh shon absolutamente maravilloshosh.

—Yo también lo creo —dije.

Se tragó la cucharada de helado, se inclinó hacia mí y me golpeó con la cucharilla mojada para atraer completamente mi atención.

—¿Sabes lo que dicen? —preguntó con su voz penetrante.

Todas las mesas del restaurante detuvieron su actividad y esperaron anhelantes. Pensé que de llevarme el diablo que me llevase en coche.

—No —dije—. ¿Qué es lo que dicen?

—Bueno —dijo, agitando alegremente la cuchara—, que la anticoncepción es un trabajo de mujeres.

Tomamos café y luego acompañé a Úrsula de compras, y más tarde fuimos a comer.

—¿Me echas de menos, cariño? —preguntó bebiéndose el vino.

—Claro que te echo de menos —dije—. Siempre fuiste una de mis novias favoritas.

—¿No es una pena que una no pueda tener novios y estar casada? —dijo.

—Siempre se puede intentar —sugerí.

—No, no podría hacer algo así —dijo—. Pero eres un encanto.

—No digas esas cosas —respondí.

—De todos modos, no creo que te gustara ahora —dijo con tristeza—. Me he reformado. Me he vuelto muy aburrida.

—¿Eso crees? —pregunté, pensando en lo vital y encantadora que era todavía.

—Sí —dijo mirándome solemnemente con sus grandes ojos azules—. Me temo que ahora soy eso que llaman un *beaujolais* mediocre.

—Sí, pero de una cosecha célebre —dije levantando el vaso.



Hijo de un ingeniero británico destinado en la India, nació en la ciudad de Jamshedpur, el siete de enero de 1925. En 1928 la familia Durrell regresó a Inglaterra, y después de residir en diferentes lugares de Europa, se instaló en la isla griega de Corfú, en la que permanecería hasta 1939. Allí, el pequeño Gerry recibió educación privada y desarrolló la pasión que habría de dominar su vida: los animales. Después de regresar a Inglaterra y desempeñar algún curioso trabajo relacionado con animales, como el que se narra en el segundo cuento del presente volumen, ingresó en la plantilla de cuidadores del zoo londinense de Whipsnade. En 1947 financió, organizó y dirigió la primera de una serie de expediciones destinadas a la captura de animales salvajes, actividad ésta que también queda reflejada en el tercer cuento de este libro. A lo largo de veinte años siguió dedicado a viajar por países como Camerún, Guayana, Paraguay, Nueva Zelanda, Australia, Malasia, Sierra Leona y Méjico, destinando los animales capturados a los principales parques zoológicos de Europa. En 1958 fundó el Jersey Zoological Park, convertido desde 1964 en cuartel general del Jersey Wildlife Preservation Trust, entidad cuyo propósito es el de preservar especies en peligro de extinción mediante aportaciones privadas. Se casó en 1951, el mismo año que inició su carrera literaria con artículos periodísticos. Su primera obra, *The Overloaded Ark*, se publicó en 1952. Tanto este libro como todos los que le siguieron están basados en la vida de los animales, contada con sencillez e ingenio, y perfectamente accesible a cualquier tipo de lector. El éxito de su primer libro se repitió con sus otras novelas: *Three Singles to Adventure* (1953), *The Bafut Beagles* (1954), *The Drunken Forest* (1956), *My Family and Other Animals* (1956),

Encounters with Animals (1958), *A Zoo in My luggage* (1960), *The Whispering Land* (1961), *Menagerie Manor* (1964), *Two in the Bush* (1966), *Rosy is My Relative* (1968), *Birds, Beasts and Relatives* (1969), *Fillets of Plaice* (1971) y *Catch Me a Columbus* (1972). Ha escrito también dos libros para niños: *Beasts in My Belfry* (1973) y *The Talking Parcel* (1974), y ha colaborado en documentales de la BBC sobre algunas de sus expediciones.

Notas

[1] En inglés el título del libro de Larry es «Spirit of Place», y el título que Larry le sugiere a su hermano es «Fillets of Plaice», jugando así con el idéntico sonido que «placer» y «plaice» tienen en inglés. Es obvio que este juego fonético se pierde en castellano. (N. del T.) <<

[2] En el original, Spiro, por ser griego, habla siempre con un particular defecto de pronunciación, que debe ser común a los griegos que intenten hablar inglés. Dado que el griego tiene una fonética prácticamente idéntica a la del castellano, es de suponer que un griego al hablar nuestra lengua no incurriría en ningún error fonético específico. Por ello, encuentro tan imposible como irrelevante hallar una correspondencia fonética en castellano a la particular forma de hablar de Spiro. (N. del T.). <<

[3] En el texto original dice: «Hoovers», que en inglés es una marca de aspiradoras que ha llegado a convertirse en nombre común. <<

[4] Ouzo = bebida griega. <<

[5] Poema de Edward Lear, escritor y humorista nacido en Londres en 1812 que escribió numerosos poemas-disparate, con palabras inexistentes que sonaban a inglés. Me he tomado la libertad de traducir el poema para dar más fluidez al texto. Aquí transcribo, sin embargo, la versión original:

«Twas brillig, and the slithy toves
Did gyre and gimble in the wabe:
All mimsy were the borogoves.
And the mome raths outgrabe». (N, del T.). <<

[6] Nombre despectivo empleado por los colonos británicos para aludir a los nativos de la India, con marcado desdén racista. (N. del T.) <<

[7] La canción de navegación de Eton. (N. del T.) Entonces el pescador paró el motor y el barco, por impulso propio, se dirigió hacia nosotros. <<

[8] «Mollies» → nombre común que engloba en inglés cualquier clase de pez tropical, no he encontrado un equivalente castellano. <<

[9] Planta monocotiledónea de agua, perteneciente a la familia de las Hydrocharitales.
(N. del T.). <<

[10] Inglés famoso por sus mejoras en jardinería. (N. del T.). <<

[11] «Soy una atareada abejita». <<

[12] Pez de colores de agua dulce: «Lebistes reticulatus». Muy frecuente en los acuarios. (N. del T.) <<

[13] En francés en el original. (N. del T.) <<

[14] Grito del cazador de zorras. (N. del T.). <<

[15] Oficial del distrito. (N. del T.). <<

[16] En francés en el original. Grito de corazón. (N. del T.). <<

[17] Pueblo del noroeste de Nigeria. Tienen una compleja cultura. (N. del T.) <<

[18] Comisario del distrito. <<

[19] Tribu del sureste de Nigeria. (N. del T.). <<

[20] Planta maloliente. (N. del T.) <<

[21] Pious quiere decir *pío*. (N. del T.) <<

[22] He traducido lo mejor posible la referencia al lenguaje vulgar de Martin. (N. del T.). <<

[23] Serpiente muy venenosa de la familia de las cobras. (N. del T.). <<

[24] En francés en el original. Grito de corazón. (N. del T.). <<

[25] E Se juega aquí con el sonido análogo de Lister con list = escorar, y Listz, el compositor. (N. del T.). <<

[26] *Harvy's* es la marca de jerez más famosa de Inglaterra. (N. del T.). <<

[27] Famosa calle de Londres donde residen los médicos de renombre. (N. del T.). <<

[28] Reina inglesa, de la Antigüedad. Casi legendaria. (N. del T.). <<

[29] Cita de Shakespeare trastocada; la auténtica es: «Puesto que la música es el *fruto* del amor, seguid tocando». (N. del T.). <<

[30] Un no sé qué. En francés en el original. (N. del T.). <<

[31] Aquí hay un juego de palabras intraducible, porque «acme» significa en inglés el colmo o «summun» de algo. (N. del T.). <<

[32] En U. S. A. existe una sociedad que se llama «Alcoholics Anonymous» donde se discuten los medios para dejar de beber. (N. del T.). <<

[33] Hay aquí un juego de palabras entre las palabras inglesas «ablution», que es la que emplea equivocadamente Úrsula y «abortion», que significa aborto. <<

[34] Nuevo juego de palabras entre la palabra «castígate», empleada por Úrsula y que significa castigar y la palabra «cástrate», castrar, que es la que tendría que haber usado. (N. del T.). <<

[35] En el original dice «Tiddleewinks». Se trata de un juego que consiste en ir impulsando con la uña una serie de chapas para procurar que acierten a caer dentro de una copa. (N. del T.). <<